



HOMENAJE A LUÍS DíEZ DEL CORRAL

REAL ACADEMIA DE
CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

HOMENAJE A LUÍS DÍEZ DEL CORRAL

SALUSTIANO DEL CAMPO
(Coordinador)

MADRID, 2012

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
Plaza de la Villa, 2-3
28005 Madrid

Mayo 2012

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN:978-84-7296-341-2
Depósito legal: M-11749-2012

ÍNDICE

Presentación	11
SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO, <i>Luís Díez del Corral: Su tiempo y su obra</i>	15
MIGUEL HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, <i>El liberalismo conservador de Luís Díez del Corral</i>	25
LUÍS GONZÁLEZ SEARA, <i>Sociología del arte y sentimiento estético en la obra de Luís Díez del Corral</i>	37
DALMACIO NEGRO PAVÓN, <i>La concepción de la cultura europea</i>	49
JOAQUÍN ABELLÁN, <i>Díez del Corral y los hermanos Humboldt</i>	61
BENIGNO PENDÁS, <i>El rapto de Europa. Perspectivas desde el siglo XXI</i>	75
EDUARDO NOLLA, <i>Luís Díez del Corral, cautivo de Tocqueville</i>	93
ANTONIO ELORZA, <i>Recuerdos personales</i>	105
VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO, <i>Recuerdo de Díez del Corral</i>	117
CARMEN IGLESIAS CANO, <i>Un gran intelectual y un maestro universitario</i>	135
LOS AUTORES	147

PRESENTACIÓN

En 2011 se cumplió el primer centenario del nacimiento de Luís Díez del Corral, que fue Catedrático desde 1947 de Historia de las ideas y de las formas políticas de la Universidad de Madrid (luego Complutense), Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas desde 1984 hasta 1990 y Presidente de Honor de la misma desde esa fecha hasta su fallecimiento en 1998.

El año pasado esta Real Academia acordó rendirle un homenaje por sus muchos méritos y en especial por su desvelo y gran éxito en el desarrollo de su gestión presidencial. A este fin encargó al Académico Salustiano del Campo Urbano la organización de dicho Homenaje que se celebró los días 17 y 24 de octubre de 2011 en el Salón de Actos de la Academia. El resultado es, hablando con propiedad, una obra sobre el pensamiento de Luís Díez del Corral expuesto e interpretado por sus discípulos más próximos. Tanto es así que, correspondiendo con gran afecto a la personalidad del maestro, en la mayor parte de los artículos se antepone el Don al nombre de Luís Díez del Corral. En un principio estuve tentado de suprimirlo, pero luego pensé que era tanta la frecuencia y naturalidad con la que este tratamiento se usaba por los miembros de su escuela que era preferible dejarlo tal cual, salvo en el título de la obra y en algunos otros lugares.

Por mi parte, solamente me queda agradecer el honor que me ha hecho la Academia requiriéndome para esta tarea, así como mi satisfacción por poder contarme entre los discípulos de este gran maestro y mi deseo de que este libro contribuya a recuperar sus principales enseñanzas.

Madrid, 6 de febrero de 2012.

Salustiano del Campo

LUÍS DÍEZ DEL CORRAL:
SU TIEMPO Y SU OBRA

Salustiano del Campo Urbano

Luís Díez del Corral, que nació en 1911 como su compañero de Cátedra y gran amigo José Antonio Maravall Casesnoves, recibe hoy un singular homenaje con motivo de su primer centenario. Al decir singular me refiero a que consiste mucho más en la consideración de su circunstancia personal y de su obra intelectual que en un mero recordatorio ritual, por sentido que éste sea. Simboliza más que otra cosa lo que fue su magisterio en una Universidad pretendidamente sin maestros. Y no es que esta descripción no cuadre al menos parcialmente a España en la época de Franco, sino que al transitar por la vida y la obra de las personas es exigible interpretar adecuadamente la manera como en ellas influye el entorno y viceversa.

Perteneció a la generación joven que en los años treinta protagonizó el advenimiento de la Segunda República y el estallido de la Guerra Civil. De hecho accedió a la categoría de Letrado de Consejo de Estado a los veinticinco años en una oposición de 1936 y estuvo más tarde en la guerra civil, pero no es este el mejor momento para profundizar en la gigantesca alteración que este desastre histórico produjo en España. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, fue discípulo predilecto de José Ortega y Gasset con el que consolidó su afición por la historia de las ideas políticas y sociales. Siempre nos refirió, por ejemplo, que Ortega recomendaba a sus discípulos estudiar a fondo un gran autor para que su pensamiento enmarcara su necesaria visión total y mencionaba en este contexto a Hume.

En 1947 ganó por oposición la cátedra de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas de la nueva Facultad de Ciencias Políticas y Económicas que, fundada en 1944, no es un brote inesperado en el panorama universitario español. Por el contra-

rio, los escasos catedráticos y demás especialistas de las Ciencias Políticas, Económicas y Sociales españolas habían considerado ya en la década de los treinta la creación de un centro universitario dedicado a ellas, que hasta entonces habían estado insertas en la Facultad de Derecho como simples asignaturas. Antes, sin embargo, se creó el Instituto de Estudios Políticos cuya dirección se encomendó primero a Alfonso García Valdecasas y más tarde a Fernando María Castiella. Con ambos tomó cuerpo el intento de introducir ampliamente en España las enseñanzas que en sus respectivos países impartieron la London School of Economics and Political Science y el Instituto Francés de Ciencias Políticas.

En 1944, como dije, la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas abrió sus puertas a un cuerpo estudiantil ilusionado y a la vez confuso. Atrajo a muchos estudiantes de Derecho, y no por casualidad dado esta Facultad estaba en el piso superior de la antigua Universidad Central de la calle de San Bernardo, mientras que la nueva Facultad ocupó su planta baja. Confuso, diría yo, porque en los primeros años cuarenta cabía sospechar que tras la fachada de una institución universitaria innovadora en estos campos del saber bien podía ocultarse un centro de indoctrinación política. Pero las cosas afortunadamente no discurrieron por ese camino, porque varios profesores tenían mayor preparación y mejor disposición científica hacia el estudio de la Política y de la Economía, que el que algunos suponían. Había, eso sí, una clara mayoría con sinceras convicciones religiosas, pero prevalecía la aproximación científica a las Ciencias Sociales y así varios profesores se constituyeron pronto en baluartes del saber y del rigor en estas materias. Muy característicos fueron entre ellos José Castañeda para los economistas y Luís Díez del Corral para los alumnos de Ciencias Políticas.

Pero quedaba muchísimo por hacer. Aún me parece hoy vivir aquellos martes en los que al final de la mañana unos cuantos profesores y alumnos acompañábamos a D. Luís a seleccionar los libros que debía adquirir la Biblioteca. Me acuerdo muy bien

en este punto de Truyol y de José Antonio Piera Labra; y en esta reunión semanal aprendíamos los jóvenes escuchando a nuestros mejores profesores emitir juicios sobre los libros importantes de los autores contemporáneos, con un lenguaje asequible y didáctico. Esto sucedía a principios de los años cincuenta y más tarde, sin este objetivo naturalmente, se constituyó en el Instituto de Estudios Políticos una reunión semanal de profesores jóvenes y alumnos escogidos en la que comentábamos obras que se nos habían facilitado previamente, recomendadas sobre todo por Díez del Corral y Maravall que asistían a ella. Era esta una vertiente más del aprendizaje junto a D. Luís del cual se nos va a hablar en estas sesiones.

Si en la Facultad estábamos separados por carreras, esto es divididos en las secciones de Ciencias Políticas y Economía, en el Instituto de Estudios Políticos que empezó sus cursos regulares en 1948 convivíamos los de una y otra rama en las clases de profesores como Julián Marías, Manuel García Pelayo, Carlos Olle-ro, Gómez Arboleya, Nicolás Ramiro Rico y otros más. El alumnado era ideológicamente heterogéneo pero todos coincidíamos en un proyecto común: la convivencia de todos los españoles bajo un régimen político de libertades.

De mí puedo decir que tuve la fortuna de ingresar al mismo tiempo en la Facultad de Derecho, en la de Ciencias Políticas y en el Instituto de Estudios Políticos. Todo en unos comienzos que quizá no estaban tan estructurados como se podía desear en un medio académico, pero que por lo mismo sumaba encanto al estudio y plenitud a la curiosidad. Como profesor novicio junto a Díez del Corral primero, a Javier Conde después y en tercer lugar a Enrique Gómez Arboleya, creo hoy que disfruté del mejor magisterio en Ciencias Sociales que podía impartirse en nuestras aulas universitarias en aquel momento. Y no digo de España solo.

El Instituto de Estudios Políticos, pese a su formal adscripción a la Secretaría General del Movimiento, era un centro liberal de estudios de las Ciencias Sociales con la ambición de estar

rigurosamente al día y sin la pretensión de albergar asignaturas formalizadas y aprisionadas en el ritualismo. Allí aparecían también revistas, como la propia de *Estudios Políticos*, cuyas secciones de recensiones de libros y reseñas de artículos de revista nos acercaban al pensamiento más actual y nos permitía colaborar. Aquel no era aún el tiempo de la masificación universitaria y del profesorado con mala preparación. El reglamento vigente de oposiciones a Cátedra era el firmado por D. Niceto Alcalá Zamora, que sobrevivió hasta la malhadada ley General de Educación de 1970.

En este ambiente nació y empezó entre nosotros a ganar peso la nueva aproximación al estudio científico de la política, de la sociedad y de la economía. La pobreza institucional la he mencionado ya, pero los alumnos buscábamos medios para sortearla. Recuerdo que el *Manifiesto Comunista* lo leí en el Ateneo, porque la Universidad ponía dificultades para acceder a ese y a otros libros. *El contrato social* de Rousseau, que estaba con un tejuelo rojo en un armario de la escasísima biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas lo leí gracias a una carta que escribió D. Nicolás Pérez Serrano a la bibliotecaria, pidiéndole que me lo prestara.

En mi incipiente dedicación a la historia de las ideas políticas contó mucho la seducción que sobre mi ejerció dentro del panorama general de la Revolución Francesa el Abate Sieyès que con su *¿Qué es el tercer estado?* identificó la dirección burguesa de la nueva sociedad. Como tantas veces sucede, un escrito corto genera un enorme interés y más todavía si aparece acompañado de una de las críticas más deslumbrantes que se haya hecho jamás sobre un orden social concreto, como el que se contiene en su *Ensayo sobre los privilegios*. Desgraciadamente no pude avanzar demasiado en mi propósito, pero mi interés por la Revolución Francesa sigue vivo, aunque desde otras vertientes.

Pero volvamos al Profesor Luís Díez del Corral. Su obra, que comprende más de veinte libros, ha sido recopilada por nuestra

compañera Carmen Iglesias y en este homenaje se van a comentar algunas que le han colocado a la cabeza de los españoles interesados por el pensamiento liberal y en general cultivadas de las Ciencias Sociales. Entre ellas sobresalen *El liberalismo doctrinario* (1945), que fue su tesis doctoral, *La monarquía de España en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt* (1976), *Velázquez, la monarquía e Italia* (1979) y *Del nuevo al viejo mundo* (1963), *La función del mito clásico en la literatura contemporánea* y *Ensayos de arte y sociedad*, amén de *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo* (1954) y *El pensamiento político de Tocqueville* (1989). Todos o casi todos los mencionados han sido traducidos a diferentes idiomas y curiosamente su visión del pasado intelectual nos impulsa todavía más a identificar su vigencia en la cultura actual.

A pesar de mi acomodación en la Facultad de Ciencias Políticas y en el Instituto de Estudios Políticos la vocación por la sociología que me infundió Javier Conde, consiguió afirmarse cuando obtuve una beca para cursar estudios de postgrado en sociología en el Departamento correspondiente de la Universidad de Chicago. La fama de este departamento y el prestigio de sus profesores correspondieron con amplitud a mis expectativas. Allí transcurrieron los dos mejores años en sentido científico y también humano de mi formación universitaria. Aunque alejado físicamente de Madrid y por tanto de Díez del Corral mantuve con él una correspondencia regular en la que trataba múltiples asuntos científicos y personales. Me maravillaba que me prestara tanta atención y a tan larga distancia pero este mismo hecho confirmaba su gran categoría de profesor universitario. El alumno era para él un embrión de colega universitario al que desde muy pronto trató como tal. A mi regreso a España oposité y gané la cátedra de sociología de la Universidad de Barcelona donde pasé casi cinco años.

De vuelta definitivamente a Madrid reanudé mi relación con la Cátedra de D. Luís, muy renovada ya. En mis tiempos de Ayudan-

te trabajaba conjuntamente con Juan Ignacio Tena Ibarra, un diplomático muy distinguido y culto y con Rodrigo Fernández Carvajal, que más tarde sería catedrático de derecho político y académico. Obviamente, con una cátedra propia que tenía que organizar y cuyo equipo de trabajo debía crear, poquísima fue la ayuda que en esta área pude prestar a D. Luís. Sin embargo, sí lo hice en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas donde él fue Presidente desde 1984 a 1992 mientras yo ejercía la Secretaría. Su generosidad conmigo fue siempre tan grande que había patrocinado mi candidatura a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la que seguíamos manteniendo nuestra amistad y relación intelectual.

Como ya dije, fue elegido Presidente en 1984 pero antes y de modo inesperado sucedió algo que me ha impresionado gratamente en mi vida. Un día me llamó a casa y me pidió que le acompañara a la de otro académico ilustre, José María de Areilza, al que en esta visita le propuso que asumiera la presidencia de la Academia, aunque el ambiente era muy favorable a la candidatura de Díez del Corral. Areilza con la finura y el empaque que le caracterizaban pidió a Díez del Corral que la asumiera él mismo. Es evidente que me habría gustado tener entonces algún aparato reproductor de sonido para poder recordar fielmente esa conversación, que discurrió desde luego por derroteros bien alejados de las escenas de intriga que tanto abundan en ocasiones semejantes. Díez del Corral fue elegido y reelegido más tarde con un gran apoyo y su obra presidencial dejó una marca notable en la historia de la institución. Renovó con pocos medios el edificio de la Torre de los Lujanes y cuando dejó la presidencia había conseguido y estaba en caja el dinero que se empleó en la restauración de la Plaza de la Villa número dos a fin de unirla a nuestra tradicional sede académica. Su preocupación por el rigor científico y su aspiración de mantener nuestra academia alineada con la homóloga francesa se revela en la revigorización de la vida científica de la Academia, en la calidad de las intervenciones de los académicos y en el orden y tranquilidad con los que se desarrolló durante sus dos mandatos el funcionamiento de la institución.

Recuerdo en estos momentos que en la primera mitad de los años ochenta una oleada de incomprensión por parte del Gobierno de la época dio lugar a una histórica sesión en el Instituto de España, de la cual no queda ningún relato fidedigno que yo sepa. Viví el suceso como un académico ingresado pocos años antes en el que pronto se depositó la responsabilidad de la secretaría de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, así como su representación en la Mesa del Instituto de España. Arreciaba en aquel tiempo un vendaval político-cultural difícil de interpretar, que miraba sañudamente a las academias cuestionándose su razón de ser. Se pretendía cambiar profundamente ciertos rasgos tradicionales de la vida académica, estableciendo una edad de jubilación para los académicos y, sobre todo, modificando la forma de elección, de tal manera que en un cincuenta por ciento de las vacantes la decisión correspondiera al Consejo de Ministros.

El 12 de marzo de 1985 se celebró en la sede del Instituto de España un almuerzo, que congregó a los Presidentes y Secretarios del Instituto y de cada una de las Reales Academias integradas en él. Copresidían Fernando Chueca Goytia por el Instituto de España y Pedro Laín Entralgo por la Real Academia Española, de la que a la sazón era Director. Tras una exposición del estado de la cuestión y la consiguiente deliberación, los presentes decidieron unánimemente que dimitirían, e invitarían a hacerlo al resto de los académicos si el Gobierno proseguía con sus planes.

Los Presidentes y Secretarios reunidos fueron, además de los citados, Fernando Chueca Goytia y Pedro Laín Entralgo, los siguientes: Joaquín Calvo-Sotelo, por el Instituto de España; Alonso Zamora Vicente por la R.A. Española; Diego Angulo Iñiguez y Dalmiro de la Válgoma por la R.A. de la Historia; Luís Blanco Soler y Enrique Pardo Canalís por la R.A. de Bellas Artes de San Fernando; Manuel Lora-Tamayo y José M^a Torroja Menéndez por la R.A. de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; Luís Díez del Corral y Salustiano del Campo por la R.A. de Ciencias Morales y Políticas; Benigno Lorenzo Velásquez y Valentín Matilla Gómez por la R.A.

Nacional de Medicina; Antonio Hernández Gil y Juan Vallet de Goytisolo por la R.A. de Jurisprudencia y Legislación; y Ángel Santos Ruiz y Manuel Ortega Mata por la R.A. Nacional de Farmacia.

Espero algún día explicar con detalle mis emociones y reacciones de aquella ocasión. Como resultado de la comida a la que me refiero el Gobierno desistió de sus planes y dejó en paz a las Academias, aunque siempre mal atendidas y peor aprovechadas. Pero la historia y vicisitudes del Instituto de España no son el objeto de mi presentación y por tanto dejaré aquí mi modesto retrato de la personalidad y entereza de Díez del Corral, que esta sí es hoy mi tarea.

EL LIBERALISMO CONSERVADOR
DE LUÍS DíEZ DEL CORRAL*

Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón

Permítanseme unas palabras sobre mi relación con el ilustre homenajeado. Yo no fui alumno de Díez del Corral. Me había deleitado, como estudiante, en algunas de sus grandes obras y le admiraba "in distans". Pero le conocí personalmente como miembro del Tribunal de oposiciones al Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado. Creo que su criterio y voto fue decisivo en mi calificación final. Al tomar posesión de mi plaza le pedí consejo sobre la sección que podía elegir como destino. Fue contundente en su respuesta: "Si quieres aprender buena dogmática ve a la 2ª de la que es Mayor Jaime Guasp. Conmigo habla cuanto quieras por los pasillos y en el Salón de Letrados". Así lo hice y me nutrí durante diez años, hasta mi entrada en política, de la directa irradiación intelectual de dos grandes maestros.

Profundicé en la obra de mi egregio compañero de cuerpo. Yo me interesaba entonces por influencia orteguiana en los elementos irracionales de la teoría política y Díez del Corral fue generoso guía en el hirsuto camino que va de Pascal a Marcuse. Me admitió en su intimidad, en ocasiones familiar, y paseamos una y otra vez por Toledo y El Pardo. Tuve ocasión de asistir a la gestación de su gran libro sobre *La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt*¹. La amable dedicatoria que estampo en mi ejemplar, animándome a investigar los fundamentos históricos de nuestras autonomías sirvió de título al ensayo que sobre esta cuestión publicaría en

* En este breve ensayo me limito a transitar por la obra publicada de Díez del Corral (*Obras Completas*, Madrid (CEC), 1998, IV), confiando en que investigaciones definitivas sobre los numerosos textos inéditos del autor lleguen a confirmar mis hipótesis.

¹ OCCC III, pág. 20049 y ss.

París en 1984². Seguí su criterio y no publique un largo trabajo, aun inédito, sobre *Idea de nacionalismo*. Me hizo el honor de citarme en su *Perspectivas de una Europa Raptada*³, y en su último prólogo al *Rapto de Europa*⁴ y de su mano ingresé en esta Academia poco antes de cesar como Presidente. Si me permiten la indiscreción, me han contado que, al cerrar la sesión anterior a la de la votación, dijo: recuerden que el próximo martes es la votación de la medalla de Miguel. Comprenderán fácilmente la emoción con que participo en esta sesión conmemorativa y porque no me resisto a la tentación de repetir las frases de *El Espectador* con que Díez del Corral encabeza su homenaje a Ortega: "un alma necesita respirar almas afines y quien ama sobre todo la verdad necesita respirar aire de almas veraces"⁵.

Y pasemos ahora al tema de mi intervención fijando el sentido riguroso de los términos en torno a dos tipos ideales. No es mal homenaje al maestro pulir las categorías cuando, como se expondrá al final de esta breve disertación, fue un historiador capaz no solo de analizar personas y cosas sino, sobre todo, de acuñar categorías.

¿Qué es ser liberal? A mi juicio creer en la autonomía de la voluntad como generadora y señora de las estipulaciones (relaciones jurídicas inorgánicas cuyo paradigma es el negocio jurídico). ¿Qué es ser conservador? A mi entender, creer que la voluntad se engendra en las instituciones, las nutre y es condicionada por ellas (formalización mediante relaciones jurídicas orgánicas y ordenadas a un fin, de un orden concreto, esto es comunidad de valores). ¿En que consiste el liberalismo conservador? En dar prioridad a las instituciones sobre las estipulaciones porque estas solo son viables en el seno de aquellas y las primeras consolidan,

² OCCC IV, pág. 3631 y ss.

³ OCCC II, pág. 1920.

⁴ OCCC I, pág. 661.

⁵ OCCC I, pág. 1029.

acumulan y capitalizan las creaciones de la autonomía de la voluntad. Dan permanencia, solidez y eficacia a la voluntad, por autonomía, abocada a la volatilidad.

Este es a mi juicio el planteamiento que subyace a la ingente obra de Díez del Corral. Una obra que por historiográfica —con todo lo que ello supone de distanciamiento, asepsia y rigor— no es por ello menos política *De Historia y Política*⁶ se titula una bella recopilación de interesantes estudios y ello responde a la mejor tradición historiográfica, desde Mommsen a Menéndez Pidal pasando por Taine o Tröeltch. Nuestro ilustre compañero dejó abundante testimonio escrito de su visión de las relaciones entre historia, historiografía y política, tanto como ciencia cuanto como actividad. Personalmente se abrazó a la Razón de Estado, un Estado al que sirvió leal y eficazmente como Letrado y Letrado Mayor del Consejo y, prudentemente, desconfió de la Pasión de Estado siempre en trance de convertirse en pasión devoradora sobre el Estado mismo⁷.

Díez del Corral fue sin duda un liberal. Así resulta de su obra, de las diferentes orientaciones de sus discípulos, de sus relaciones nacionales e internacionales, de su talante en fin. Pero fue liberal en virtud de una muy personal opción. Porque si en las Facultades madrileñas de Filosofía y Derecho se respiraba un ambiente liberal “more hispánico”, la Alemania en que completo su formación era profundamente antiliberal y así lo demuestran los primeros trabajos publicados por Corral a comienzo de los años 40⁸.

Pero el orteguiano fiel que era nuestro homenajeado⁹ supo que la Razón Vital consistía, no en dar cuanta de las condiciones

⁶ OCCC II, pág. 1013 y ss.

⁷ OCCC II, pág. 1159 y ss.

⁸ OCCC IV pág. 3017. Es significativo el artículo “Reforma de los estudios jurídicos en Alemania” *Revista de Derecho Privado*, n° 260 (1935), pág. 145 y ss, no incluido en sus *Obras Completas*.

⁹ Ortega es, sin duda, el referente principal de la obra de Díez del Corral. Un elocuente testimonio de su “devotio” en OCCC II, pág. 1015 y ss.

de posibilidad de las cosas, sino en saber como habérselas con ellas y la circunstancia en que como español se hallaba a mediados de aquella década, era la misma que se planteó a los doctrinarios franceses: superar el autoritarismo del Imperio y la reacción legitimista de la Restauración sin romper con su legado. De ahí surgió un libro ya clásico *El Liberalismo Doctrinario*¹⁰ que, a mi juicio, tiene tanto de historia como de catecismo político. Desdichadamente en la España a que iba dirigido predominó más el talante de Polignac y aun el de Vitrolles que el de Guizot. A mi entender el liberalismo de Díez del Corral proviene de esta analogía de circunstancias que produce una empatía y compenetración con el objeto historiado, algo muy importante para entender el pasado y que no siempre esta hoy de moda entre los historiadores.

El liberalismo de Díez del Corral se resume de manera muy plástica en su bello ensayo *Reflexiones sobre el Castillo hispano*¹¹. A partir de la idea orteguiana del ingrediente liberal del feudalismo, vigoroso obstáculo al poder real sin perjuicio de reconocerse el feudatario vasallo del Rey, Corral considera que el castillo ibérico y, especialmente castellano, más antiguo que medieval, muestra la no feudalización de la meseta, antecedente del escaso liberalismo español. El liberalismo de Corral se concreta en la limitación del poder que no son capaces de realizar los individuos y que solo se consigue mediante la dispersión del poder mismo y el equilibrio de las instituciones. De ahí su simpatía por Montesquieu, especialmente por Tocqueville y aun por Bertrand de Jouvenel. Por ello, pese a la fascinación estética que sobre Corral ejerce la antigüedad clásica y que tan abundante rastro ha dejado en su obra, la desmitifica junto con sus queridos doctrinarios, y, de la mano de Montesquieu prefiere el caos de privilegios e instituciones propio de la Edad Media, cuya heredera es, a su juicio, la esponjosa Nación moderna, a la solidez de la Ciudad Antigua¹². Paestum no acoge, sobrecoge, le oí decir un día.

¹⁰ OCCC I, pág. 121.

¹¹ OCCC II, pág. 1057.

¹² Cf OCCC II, pág. 1831; sobre la impresión de Paestum cf. OCCC I, pág. 927.

El liberalismo de Díez del Corral es eminentemente institucional, por eso es un liberalismo conservador, porque ve en las instituciones la condición de posibilidad de las libertades. Explicitemos esta tesis

Es institucional porque contempla la dispersión del poder a través de las instituciones. Su magno —y no se olvide entusiasta— ya citado estudio sobre *La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo*, continuado en su brillante análisis del “Salón de Reinos” y su comparación con los otros grandes Estados europeos, especialmente con Francia es prueba de ello. Se analizan los rasgos se conocen los defectos, pero se ponderan aun más las virtudes de lo que John Elliott¹³ ha categorizado como “monarquía compuesta”, capaz de aunar sin diluir, de vincular sin dominar, de irradiar sin dejar de limitar. Se trata del Imperio “horizontal”, gestado en la propia idea de Monarquía propia de la edad media española, envidiada y temida por toda Europa, como señalara Díez del Corral en su citado estudio y ha confirmado recientemente Ion Arrieta al analizar una serie importante de pensadores ingleses¹⁴.

Es institucional porque cuando la historia vuelve una página y las estructuras policráticas del Antiguo Régimen pierden viabilidad, Corral se aferra a la figura gigantesca de Tocqueville —el gran teórico de la autonomía territorial como precursor de la “*Näder Demokratje*” nórdica, moderna versión al decir de Vedel de la separación de poderes— de cuya obra se convierte en el máximo especialista internacionalmente reconocido¹⁵.

¹³ “Una Europa de Monarquías compuestas” ahora en *España, Europa y el Mundo de Ultramar*, Madrid, 2009, pág. 34 y ss. Sobre el “salon de Reinos”, la referencia en nota 17. Cf. OCCC III, pág. 2481.

¹⁴ Cf. Arrieta “Forms of Union: Britain and Spain, a Comparative Analysis” en Arrieta & Elliott (eds.) *Forms of Union: The British and Spanish Monarchies in the Seventeenth and Eighteenth Centuries RIEV Cuadernos* 5, (2009), especialmente pág. 26 y ss.

¹⁵ OCCC III, pág. 2685 y ss.

Y es institucional porque opta en lo económico por las tesis de Röpcke¹⁶, de lo que late tras él, la Escuela de Friburgo, y de lo que tras él viene, el grupo de "Ordo", que no solo insisten en el imprescindible marco institucional del mercado sino en que las cosas de veras importantes se encuentran *Más allá de la oferta y la demanda*¹⁷.

Esto es lo relevante del conservadurismo de Díez del Corral, su vinculación de derechos y libetades con instituciones. No su gusto, en ocasiones nostálgico, por el pasado que tanto recuerda a Tocqueville, por otra parte el teórico clásico de lo que, en su día, era la democracia más moderna.

Ahora bien, es la fundamentación filosófica, más o menos expresa, más o menos tácita, la que permite comprender desde su raíz el método y las tesis de un autor y el nuestro no es una excepción. Por eso interesa esclarecer cuales son los planteamientos filosóficos de Díez del Corral. Los fundamentos de su pensamiento. A mi juicio el historicismo que cimenta el más autentico conservadurismo.

En la *Memoria de Cátedra* y en sus dos estudios sobre Meinecke¹⁸, sin confesarse historicista, nuestro personaje toma posición ante el historicismo, tanto caracterizándolo como distanciándose de sus carencias. Las categorías fundamentales del historicismo en la obra de Meinecke son la "individualidad" y la "evolución" y, yo me permitiría añadir, a la luz del legado de la Escuela Histórica —baste mencionar el testimonio epigonal de Bachofen—, la "afectividad". Pues bien estas son las categorías que articulan la obra de Corral.

¹⁶ OCCC II, pág. 1183 y ss.

¹⁷ La crítica muy positiva de Díez del Corral a la obra de Röpcke *Sobre la crisis social de nuestro tiempo*, tan influida por *La Rebelión de las Masas* podría continuarse en la reseñada en el texto, trad. esp. Madrid, 1979.

¹⁸ OCCC I, pág. 495 y IV, pág. 3117 y ss; y pág. 3131 y ss.

Como buen historicista nuestro autor estudia singularidades, fundamentalmente autores, obras e instituciones, insistiendo en su peculiar identidad sin perjuicio de encuadrarlas en un contexto del que reciben y al que dan sentido. La obra ya citada sobre la Monarquía Hispánica, analizada a lo largo de una serie de autores, es, a mi juicio, el máximo ejemplo de ello. Pero en el mismo sentido podrían citarse, entre otros muchos, la última monografía dedicada a Tocqueville o los estudios recogidos bajo el título *Velazquez, la monarquía e Italia*¹⁹.

A ello se accede desde un punto de vista eminentemente afectivo. El historiador empatiza con lo historiado. Por un lado, los materiales utilizados son tanto los textos como la producción artística y bien sabido es lo transida de afectividad que está no solo el arte sino la propia estética, disciplina consustancial a la obra y a la vida de Díez del Corral. Si la casa y los viajes familiares forman parte de la intimidad que ésta sesión académica debe respetar, su temprana traducción de Hölderlin o el premiado libro sobre *Mallorca* son testimonio sobrado de ello. Por otro lado y ello es aun más importante, la contemplación aparentemente serena de Corral esta devorada por una intensa pasión hispánica, ya se trate de interpretar una forma política o un monumento arquitectónico. Corral era un apasionado patriota. Los relatos ensayísticos recogidos bajo el título *Del nuevo al viejo mundo* lo demuestran²⁰.

Y todo visto en una dimensión temporal y evolutiva cuyas discontinuidades, por ejemplo en la historia de España, alarman al autor, a la vez que su inherente relativismo infunde temor a su vocación trascendental²¹, porque, no lo olvidemos, Luis Díez del Corral fue un hombre profundamente cristiano y su obra está, toda ella, transida de religiosa transcendencia.

¹⁹ OOCC III, pág. 2495 y ss.

²⁰ OOCC II, pág. 1353 y ss.

²¹ Cf. OOCC I; pág. 495 y ss; y IV, pág. 3121.

Pero el problema es epistemológico antes que ético y, por ello, en la *Memoria de Cátedra* el autor trata de escapar del relativismo historicista acogiendo a una autolimitación de estirpe husserliana, paréntesis metodológico podríamos decir²² y en la madurez de su obra se enraíza en el raciovitalismo orteguiano extremo fundamental para esclarecer el tema que nos ocupa.

Es bien conocida la crítica de Hegel a la Escuela Histórica — su falta de fundamentación filosófica— y la contracrítica orteguiana frente al propio Hegel —la improcedencia de deducir lógicamente, como a la filosofía clásica corresponde, la facticidad vital, de suyo ilógica—²³, para llegar a una doble conclusión.

Por una parte, que una historia merecedora de la calificación de ciencia ha de ser, como es propio de la ciencia, constructiva, esto es generadora de categorías y que la experiencia histórica es el instrumento de dicha construcción. De ahí aquí que Ortega propugne “categorías históricas”. Pues bien, Díez del Corral a lo largo de toda su obra no cesa de construir tales categorías, desde “la ciudad campesina” al “rapto” cultural, pasando por el “hombre gótico” la “supranación” y tantas más.

Pero, de otro lado y aquí la ética sustituye a la epistemología, la Razón Vital, al tomar conciencia de ésta facticidad y de su devenir temporal, es Razón Histórica y que, a la inversa, la auténtica Razón Histórica, no la que tematizó Dilthey, sino la que propugnó Ortega, es Razón Vital. Así lo ha mostrado con claridad que excede muy mucho a los propios textos orteguianos nuestro ilustre compañero Pedro Cerezo en un ensayo magistral²⁴. Por eso, tal Razón, aun sin olvidarla, no atiende solo a la obscura placenta del pasado donde esta implantada la vida, sino que se afe-

²² OCCC I, pág. 499.

²³ Cf. Ortega, *La Filosofía de la Historia de Hegel y la Historiología* en *Obras Completas* (ed. 2006) V, pág. 233.

²⁴ “De la Razón Vital a la Razón Histórica” en *José Ortega y Gasset y la Razón Práctica*, Madrid, 2001, pág. 179 y ss.

rra a la vida cuya temporalidad es edad, dira Dilthey, pero que, por definición, es presente abierto al futuro. De ahí que la tarea del historiador autentico, Corral pondrá el ejemplo del propio Meinecke "no es sumirse en el ayer, tener la mirada vuelta hacia las lontananzas del pasado; significa, en primer lugar y decisivamente, clavar los pies en la vida de su propio tiempo, sentir sus impulsos y sus tendencias y aguantar sus tormentas"²⁵. Toda historiografía, se dirá, es siempre historia contemporánea.

Ciertamente Díez del Corral, ya lo he señalado, no dejara de mirar al pasado y no faltan toques de nostalgia a lo largo de su obra. Pero, para repetir las categorías de Nietzsche no lo hace ni como "anticuario", ni como "crítico" ni como artífice de monumentos, sino como clínico que diagnostica su propia época y se preocupa por su futuro. *El Rapto de Europa* y, más aun, el subsiguiente ensayo sobre *Perspectivas de una Europa Raptada* son la mejor prueba de ello. En eso consiste el más autentico conservadurismo. No en recuperar el pasado sino en proyectar el futuro sobre la base de la experiencia acumulada en las instituciones. Al pensamiento político liberal-conservador, como el de Corral, corresponder diagnosticar. Al político liberal-conservador, algo que Corral nunca fue, corresponde, enterarse primero del diagnostico y prescribir y aplicar el remedio.

²⁵ OCCC IV, pág. 3132.

SOCIOLOGÍA DEL ARTE Y SENTIMIENTO ESTÉTICO
EN LA OBRA DE DON LUÍS DíEZ DEL CORRAL

Luís González Seara

Es para mí muy honroso y muy satisfactorio poder participar en el homenaje que le tributa la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas a uno de sus más emblemáticos Presidentes, profesor a su vez de múltiples alumnos que dan fe de su excelencia universitaria y de sus muchos saberes.

Esa circunstancia no abunda en nuestros días, donde se suele perseguir un igualitarismo miope y ramplón, que constituye una verdadera desgracia, presente y futura. Dice George Steiner, en su bello libro *Lecciones de los maestros*, que "los buenos profesores, los que prenden fuego en las almas nacientes de sus alumnos, son tal vez más escasos que los artistas virtuosos o los sabios. Y añade que, en un proceso de interacción, de "ósmosis," el maestro aprende también de su discípulo, cuando le sabe enseñar".

A esa minoría escogida de maestros pertenecía don Luís Díez del Corral, llamado siempre Don Luís, sin más, para todos sus alumnos. Igualmente se reconoce su labor como escritor, dentro y fuera de España, como puede verse en la magnífica "Semblanza intelectual" que su discípula doña Carmen Iglesias ha puesto al frente de su edición de las *Obras Completas*, que da cumplida cuenta de la ingente labor como investigador y publicista, llevada a cabo por Díez del Corral en los múltiples campos de la ciencia política, la historia, el derecho, la filosofía, el arte, la literatura, en toda su complejidad intelectual y su riqueza literaria, que vienen definidos por una clara voluntad de estilo, capaz de integrar a las formas artísticas en las formas políticas, y viceversa.

Aparece así, una preocupación por lo estético y por lo que él llamó una "sociología de las formas históricas". Este sentimien-

to estético y su plasmación social es lo que voy a señalar como una referencia para penetrar en el binomio arte-sociedad.

Entre los múltiples aspectos de la creación científica y cultural de Díez del Corral, destaca la atención que siempre ha prestado a la sociología del arte y sus funciones.

En un horizonte de fruición estética y voluntad artística, se fija en la obra de arte contemplada desde las categorías de la política, la religión o el poder, proyectando su mirada sobre una encrucijada donde se descubre la función social de la pintura. Esta actitud sociológica ante el arte se agudiza en el caso del arte español, profundizando en su estilo innovador, que puede observarse en la serie dinástica de los retratos velazqueños y en el prestigio político de los pintores. La mirada de Díez del Corral también se proyecta sobre la enajenación del arte y su situación en la cultura moderna europea, que le lleva a profundizar en los supuestos pictóricos del cine italiano o a señalar los supuestos del humanismo frente al naturalismo de la pintura española.

Díez del Corral se plantea la enajenación del arte como una expresión de la voluntad artística, donde dicha voluntad, según la mirada de Dilthey, nos muestre el camino más directo para penetrar en el corazón de una nueva cultura. En esa dirección se manifiestan también los escritos de Heidegger, cuyo ensayo *Origen de la obra de arte*, considera la belleza como un modo de la verdad estética, que ya había sido instigada por Nietzsche como el gran estimulante de la vida y su voluntad de poder, expresada en el arte como gran vanguardia de los tiempos modernos. Alguien puede pensar que estos textos son excesivamente filosóficos, pero corresponden al gran debate que la Modernidad mantuvo hasta muy avanzado el siglo veinte y en el que participó Díez del Corral de un modo brillante con su gran libro *El rapto de Europa*.

En ese debate, los artistas supieron responder, poniendo al servicio de su importante misión una conciencia acendrada de

genialidad. Beaudelaire, gran patriarca del arte contemporáneo, es un espoleador de los horizontes universales de sus colegas. A medida que se van desvinculando del yugo de los estilos, los artistas y sus perspectivas históricas se van dilatando y enriqueciendo hasta la gran explosión del romanticismo, donde el arte se convierte en un instrumento libre que cada cual puede manejar convenientemente.

Según muestra Díez del Corral, se plantearon problemas especiales para la creación artística, que obligaban a tomar partido en un proceso creador. Tal vez lo más ingrato para el artista contemporáneo es tener que fabricarse una manera propia buscando incitaciones en el pasado, continuamente renovadas. El mismo Picasso tuvo épocas griegas, goticistas, prerafaelistas, negroides. Por grande que sea la personalidad de un artista moderno se encuentra con la realidad de un arte universal, que a su vez significa grandeza y servidumbre.

En su temprano libro sobre *Ensayos de arte y sociedad*, Díez del Corral estima que "la sociología es, en efecto, cada vez más imprescindible para una profunda comprensión de los fenómenos artísticos y los problemas y los problemas generales de la Historia del Arte. Ahí desarrolló una sociología del arte en la Ciudad eterna, ante la vieja Roma, donde el arte no es algo extraordinario, sino algo que se encuentra a cada paso, siendo imposible escapar a su encanto y fascinación en la vida cotidiana. Por eso, Roma es un lugar privilegiado para meditar sobre los problemas de la sociología del arte. Pero Roma no tiene sólo importancia excepcional para la sociología del arte, donde la masa de impresiones artísticas deja desdibujado el perfil de algunas experiencias singulares; Roma es ella misma una obra de arte de primerísimo orden, sobre cuyo suelo se ofrecen los monumentos levantados a lo largo de los siglos y donde las épocas y los estilos han llegado a una especie de equilibrio y de conciencia bien avenida, incluso de integración, según comenta el sociólogo George Simmel, en un estudio sobre Roma. La urbe romana se presenta como una ingente cantera de sociología del arte, dice Díez

del Corral, no solo pasivamente, en cuanto ofrece materiales abundantes, sino porque los ofrece ya desbastados en el sentido que será luego perfilado por los sociólogos. Además de todo ello, Roma procuró gratuitamente algo más radical, en orden al planteamiento sociológico de los problemas que tanto interesaban a George Simmel: la ardilla filosófica, según la había caracterizado Don José Ortega y Gasset, gran editor de muchas obras de Simmel.

Díez del Corral se plantea el arte desde la sociedad, de modo que la sociología del arte se entienda y practique como una "objetividad sociológica", de rigor formalista, a ser posible a resguardo de los encantos de la fruición estética. De este modo la barca de la sociología navega con un rumbo abstracto, lleno de peligros y de sirenas seductoras, que pueden llevar a la catástrofe del barco y sus emociones. Aquí conviene recordar que toda emoción artística envuelve una dimensión social, como repetía en los años treinta M. Guyan, un autor que publicó *El arte desde el punto de vista sociológico*, ciertamente insuficiente en todos los sentidos, pero que dice cosas estimables sobre el arte, el sociólogo y el artista. Frente a una extremada implicación de lo social y lo esotérico, se dio una tendencia predominante que refleja la *Historia del arte*, de Arnold Hauser, que presta gran atención a los supuestos económicos de la actividad artística.

Por otra parte, es obvio que "no sólo cabe estudiar el condicionamiento del arte por la sociedad, sino también el condicionamiento de la sociedad por el arte, que puede llevar la sociología del arte a extremismos que suelen verse arrinconados por la excelencia de un tratamiento nacido de la Filosofía de la Historia", como ocurre con el gran libro de Jacobo Burckhardt sobre *La cultura del Renacimiento en Italia*, que concebía el Estado renacentista como una obra de arte, cuyas excelencias culturales y políticas han sido convenientemente señaladas por Díez del Corral.

Nacida la sociología en el seno de la Filosofía de la Historia, no es de extrañar que estuviera implicada en la obra de un gran

historiador, que sí bien tenía toda clase de prevenciones contra la filosofía de la Historia, reivindicara también la Historia de la Cultura. El sociólogo H. Freyer sostenía que la mejor sociología de la vida histórica la han hecho, no los sociólogos de profesión, sino los grandes historiadores, y lo mismo cabe afirmar respecto de la Historia del Arte si se examinan a fondo las obras de sus grandes figuras, desde Burckhardt hasta Dvorák. Es preciso consolidar el creacionismo artístico y es necesario abrir un proceso de despolitización para que pueda tratarse al Estado como obra de arte, especialmente concentrado en las dimensiones políticas y religiosas del Renacimiento italiano, amén de las económicas, fríamente especulativas en medio del sentimiento estético.

Una auténtica sociología del arte debe hacerse cargo de múltiples problemas y debe considerar el arte como algo integrado en la vida de la colectividad, siendo la función concreta que desempeña, sin preeminencias de signo esteticista pero sabiendo que para gozar de la plenitud estética de la obra de arte es preciso descender a sus supuestos sociales. En palabras de Ortega y Gasset, citado por Díez del Corral, "del organismo completo de un cuadro sólo hay en el lienzo una mínima parte... Todo cuadro es pintado partiendo de una serie de convenciones y supuestos que se dan por sabidos. El pintor no transmite al lienzo todo lo que dentro de él contribuyó a su producción. Por el contrario, elimina de él los datos más fundamentales, que son las ideas, preferencias, convicciones estéticas y cósmicas en que se funda genéricamente lo individual de aquel cuadro. Con el pincel hace constar lo que no es "cosa sabida" para sus contemporáneos. Lo demás lo suprime o, por lo menos, lo apunta sin insistencia". Díez del Corral le advierte a su maestro Ortega que hay más insistencias de las que parece, porque toda obra de arte tiene dos caras: una da hacia los puros valores estéticos que se esfuerza por servir desprendiéndose en la mayor medida posible del condicionamiento histórico y social; la otra es una cara que lleva la impronta de ese condicionamiento con sus supuestos del orden más elemental. Ambas caras, estética y social, suelen estar en dramática tensión, como corresponde a las exigencias prácticas y a los

intereses ideológicos que suelen utilizar el arte con fines extraartísticos. Pero también ocurre que el artista verdadero sabe darle la vuelta a los más exigentes supuestos sociológicos sobre los que descansa su obra y utilizarlos para dar paso a una libre creación artística. Creación que se mueve dentro de los condicionamientos de los estilos, como ocurrió con Roma y sus contrapuntos, con la Edad Media y su gótico escolástico, con la plenitud del Renacimiento o con el esplendor del barroco.

Una aguda concepción del tiempo histórico le permite a Díez del Corral abordar con éxito el salto del vacío medieval a la plenitud del Renacimiento. El hiato enorme de un milenio entre el arte cristiano antiguo y el de la Europa moderna, el vacío del arte medieval de Occidente, en su época más creadora, apenas se siente en su desarrollo hacia las formas arquitectónicas góticas del arte cirtenciense, en buen maridaje con el arte gótico de la escolástica de Tomás de Aquino.

Erwin Panofsky, el gran historiador del arte, nos ha descubierto las estrechas relaciones entre la escolástica y el arte gótico, mostrando de paso como el arte de Roma apenas existe en la vieja ciudad imperial como capital de la cristiandad. Díez del Corral indica las conexiones entre la primitiva basílica romana y el Papado, de modo que hasta el destierro de Aviñón no se levanta el más importante palacio gótico papal de la Edad Media, mientras por toda Europa se extiende una extraordinaria floración de las catedrales góticas. Este contraste pone de relieve la paradoja de una eclosión creadora que se produce en toda la cristiandad medieval, mientras la única ciudad atrasada y fuera del nivel del tiempo vendría a ser la cabeza del mundo católico, heredera del viejo imperio Romano, cuyas formas artísticas habían perdido su vigencia. Por ello cuando el Papa Julio II decide remozar la cara de su ciudad, comprende que es necesario un gran margen de libertad para que los artistas florentinos se lancen a la empresa de "rehacer la ciudad eterna" e inventarle un lenguaje artístico a su medida.

Bramante, Rafael, Miguel Ángel y demás artistas de Florencia y la Umbría, se esfuerzan en la empresa que dio alas al genio y que en algunos casos, como el de Miguel Ángel, revelan un alma gigantesca, que alcanza las formas del clasicismo renacentista para cabalgar ya sobre el Barroco romano. El arte imperial romano había sido un arte eminentemente político y el Coliseo fue tal vez el mejor símbolo del Imperio romano durante la Edad Media. Pero la época medieval europea presenta un arte presidido por el dinamismo religioso, y al final, el conflicto se resuelve en gran medida por el genio sintético e innovador de Miguel Ángel.

“En otras palabras —escribe Díez del Corral— el genio de Miguel Ángel se alzó muy alto porque sus pies estaban sólidamente asentados en la historia artística antigua y medieval para producir una criatura nueva: el primer arte moderno de Occidente. Hay, sin duda, una enseñanza decisiva sobre la dialéctica de la historia occidental... así como sobre la implicación de la creación individual en lo colectivo e histórico, en el hecho de que el artista más completo y genial acaso del Occidente, mensajero rotundo de modernidad, de haya acercado más que ningún otro a la entraña más íntima y fecunda del arte antiguo y del arte medieval”. Y como muestra del criterio avanzado de don Luís, he aquí lo que escribe tal vez el mejor conocedor y crítico actual de Miguel Ángel.

“En la antigüedad —dice Charles de Tolnay— Miguel Ángel descubre la sustancia del cuerpo del edificio en el Medievo” y toma posiciones para integrar el arte romano en la nueva concepción estética con voluntad de dominio. La conciencia del derecho como forma ordenada de vida y el sentimiento del poder como forma organizadora se armonizan íntimamente en la vida de Roma, traducándose en una historia eminentemente política a la que se subordina el pensamiento, el goce estético y la vida íntima o religiosa. “La idea del dominio —escribe Ihering— es el prisma a través del cual el Derecho romano contemplaba todas las relaciones en que se desenvolvía la vida del individuo. Pero ¿qué sentido estético podía tener un arte hecho desde el ángulo escueto de la voluntad? No podemos entraren

ese problema, pero después de grandes debates se llegó a una consideración del primer arte imperial como distinto del verdaderamente clásico, y lo más característico de tal arte es que responde al sentido voluntarista de toda la cultura de Roma, pero además se producirá la consideración de una mirada moderna frente a la pasada mirada clásica y antigua.

Díez del Corral se ocupa ampliamente de analizar el sentido de la mirada en el arte, como uno de los enfoques más sugestivos para abordar los problemas artísticos, desde la antigüedad griega o egipcia hasta nuestros días. La mirada es uno de los registros más sensibles para ver las inflexiones que sufre la valoración del hombre a lo largo de la historia del arte. En el tratamiento de la mirada se manifiestan con especial claridad las tendencias más radicales del arte en sus distintos períodos, anunciando anticipadamente los cambios de orientación: impresionismo, expresionismo, naturalismo, transcendentalismo, realismo, idealismo, surrealismo, simbolismo, cubismo y tantos otros, que procuran indicar incluso cómo se abren y distienden los párpados, cómo se nubla o profundiza la pupila, cómo resalta el globo ocular o cómo se hunde en el rostro. El problema de la mirada también debe abordarse desde el punto de vista de la sociología del arte, y más en tiempo de criterios individuales. Los ojos son el reflejo del alma y la mirada es como una ventana hacia el exterior de la intimidad, un dominio ampliamente reservado para los psicólogos, antropólogos y sociólogos, con todas sus tendencias y escuelas, pero que coincidieron en dar una importancia extraordinaria al retrato, y en él, a la mirada. Debe recordarse que la mirada antigua estuvo presidida por la Invidencia clásica, ya sea en Egipto, ya en Grecia. La concreción de la mirada en una estatua egipcia no implicaba individualidad humana, sino plasticidad de la mirada del halcón, del lobo o del león, que mantuvo el culto a los animales durante toda la historia egipcia. Frente a ello se produjo la explosión de la mirada moderna, tras la humanización del arte gótico y la secularización renacentista, aunque Miguel Angel nos ofrece aún diversos modos de representar la mirada, utilizando genialmente diversas modalidades del lenguaje visual.

Tal vez haya sido Rembrandt el supremo pintor de la mirada. "Los retratados por Rembrandt, —dice Díez del Corral—, no miran hacia el infinito, como tantas figuras medievales e incluso renacentista, sino hacia un punto, pero rebasándolo en un sentido que no se puede precisar". El sociólogo George Simmel, en un gran libro sobre Rembrandt, ha calificado la mirada de Rembrandt de *mirada inespacial*. Por eso muchos cuadros de Rembrandt parecen como anegados de mirada hasta el punto de que el conducto ocular quede obstruido, invisible. Las figuras de Rembrandt, sigue diciendo Díez del Corral, no miran meramente con los ojos sino con las frentes, con los labios, con las manos. Todo es en ella mirada, expresión de la intimidad que el pintor holandés expuso en más de un centenar de autorretratos, donde nos contó su biografía espiritual con la peculiar amplitud que en los autorretratos tiene la visión, al chocar en el espejo, expandirse sobre él y volverse hacia el pintor, identificándose la mirada con la cara exterior y la interior con la mirada. "Y así los autorretratos de Rembrandt, más que pintura parecen música y meditación". Aquí habría que examinar el genio universal de Velázquez, que a medida que avanza en su vida, va acentuando el carácter visual y fenoménico de su pintura, donde el gran artista pinta la inseguridad irrepetible del instante.

José Antonio Maravall, gran historiador y compañero de Díez del Corral, entiende que "Velázquez no pinta *lo que ve*, como se había dicho, sino que pinta *que ve*, es decir, su propia visión", sostiene Maravall en su libro *Velázquez y el espíritu de la modernidad*. La cosa es más compleja para Díez del Corral, que nos dice que esa supuesta visión instantánea se tropezaba con el mundo maravillosamente compuesto que contemplamos en *Las Lanzas*, *Las Meninas* o *Las Hilanderas*, que nos hace pensar en lo que significó para la obra del gran pintor su viaje a Italia. Para ello resulta imprescindible su libro *Velázquez, la Monarquía e Italia*, que es una síntesis espléndida de sus muchos saberes, donde convergen especialmente la política y el arte.

LA CONCEPCIÓN DE LA CULTURA EUROPEA

Dalmacio Negro Pavón

A don Luís Díez del Corral se le consideraba en su tiempo uno de los pares de la cultura europea. Su bagaje cultural era inmenso. Pero en él, el pensamiento como teoría, la contemplación de la realidad, dominaba siempre a la erudición, de la que se servía para iluminar la "experiencia de la vida". Y uno de sus rasgos más singulares es que la ordenaba siempre desde la perspectiva española con una óptica europea. Lo europeo informaba, daba la forma a su concepción de la cultura. No por un eurocentrismo politizado sino como una exigencia de la razón histórica, que le obligaba asimismo a aceptar que Europa no dirigía ya la historia universal y estaba perdiendo su condición central, adquirida en el siglo XVI y consolidada en el XIX.

Johannes Huizinga, uno de sus historiadores preferidos, había especulado brillantemente sobre la situación de la Europa de entreguerras en el famoso libro titulado *Entre las sombras del mañana*. Una situación históricamente inquietante agudizada tras la primera guerra verdaderamente mundial de 1939-1945, cuyo resultado fue la definitiva unificación del mundo formando una sola constelación política, en la que confluían las historias particulares de las diversas culturas y civilizaciones. En la perspectiva europea, la situación histórica había devenido, más que inquietante sumamente problemática. Para los europeos, perdida irrevocablemente su hegemonía política, la gran cuestión consistía ahora en qué podría aportar Europa a la Historia Universal y su papel dentro de ella.

* * *

Decía Heidegger que la pregunta incluye la respuesta, y la respuesta de don Luís fue *El rapto de Europa* (1954), la obra en

torno a la cual cabe decir que, en una consideración de conjunto, se concentra su pensamiento. Ahora bien, como el historiador no profetiza, su respuesta no fue una solución del problema, sino el examen riguroso de lo que hace tan problemática para los europeos la nueva situación histórica. En *El rapto* planteó la aporía crucial del presente europeo.

Cincuenta y cinco años después de la aparición de *El rapto*, en un momento todavía más crítico, en el que puede estar decidiéndose el destino de Europa como una civilización, ceñiré mi exposición a los grandes rasgos de su visión de la cultura europea en esa obra señera tan actual, omitiendo, por razones obvias, la alusión a sus dos importantes complementos directos: *Del nuevo al viejo mundo* (1963), otra obra maestra, y *Perspectivas de una Europa raptada* (1974), donde, da por hecho, veinte años después, que el rapto se ha consumado.

* * *

El subtítulo de *El rapto de Europa*, "*Una interpretación de la historia universal*", sugiere de suyo que, temáticamente, el libro es una Filosofía de la Historia.

La Filosofía de la Historia está desacreditada tanto por el imperio de la visión cuantitativa de la cultura, como por los errores y, sobre todo, la desmesura de las filosofías de la historia dominantes con sus pretensiones de ser interpretaciones dogmáticas. Sin embargo, la Filosofía de la Historia es posible desde un punto de vista cualitativo y como "*Una interpretación*". Su problema es, dicho apresuradamente, de método. Y justamente por su método, *El rapto de Europa* ha sido de hecho la última Filosofía de la Historia de gran estilo y, al mismo tiempo, innovadora de esa disciplina.

Don Luís comienza prestando atención a la filosofía de la historia hegeliana, de raigambre luterana, y a su contrapunto, la comteana, de raigambre cientificista. Ambas son, en su trasfondo,

teologías de la historia secularizadas. La primera en el sentido que da don Luís al concepto "secularización" como contrapuesto a "profanización", y más radicalmente, en tanto ateológica, profanizada, la segunda. En contraste con ellas, *El rapto de Europa* no es una teología de la historia y mucho menos una filosofía de la historia unilateral, dogmática, un "sistema cerrado", que, en tanto determina o pretende determinar el futuro encajonándolo como una proyección inexorable del pasado, renuncia a nuevas posibilidades históricas, un concepto zubiriano clave en la obra de don Luís. Las filosofías de la historia convencionales, empeñadas en eliminar el azar en el acontecer humano, se oponen así, paradójicamente, al progreso indefinido que propugnan, sobre todo en el caso de Comte.

El rapto responde en cambio a la Historiología que pedía Ortega, el maestro de don Luis *ex auditu, ex lectione y ex devotione* sin beatería. Le oí comentar más de una vez, la necesidad de desmitificar el pensamiento de este gran "despertador" de la cultura española, como le caracterizó Karl Vossler. Pues, dicho sea de paso, don Luís era un pensador desmitificador: baste citar al respecto *La función del mito clásico en la literatura contemporánea* publicado en 1957, tres años después de *El rapto*.

Para Ortega la única posibilidad de una auténtica historia universal consistía en configurarla historiológicamente, sin pretensiones deterministas, abierta a la *variedad de las formas de vida históricas* en tanto posibilidades de vida realizadas pero, por pertenecer a un tiempo pasado, desrealizadas. Es decir, como una síntesis de las formas de la vida humana más que de las culturas, que son en sí mismas la respuesta espiritual de aquellas a la vida puramente biológica, inserta servilmente en la Naturaleza. Por eso la historia, al considerar realidades desrealizadas es en último análisis interpretación; como dirían Ranke y su discípulo Jacobo Burckhardt, una obra de arte. En este sentido, en tanto "una interpretación de la historia universal", *El rapto de Europa* es, una filosofía de la historia de las formas de vida asentada en la concepción antropológica tradicional de la naturaleza

humana como algo fijo, permanente y universal: la historia universal, afirmaba rotundamente don Luis, «no es una sinfonía, sino una serie de sinfonías, pero no aisladas unas de otras, sino atraídas por *leitmotive* comunes que emergen aquí o allá».

En efecto, la única manera en que puede ser legítima una filosofía de la historia es distinguiendo los hechos de los acontecimientos como sugería Ranke, maestro *ex lectione* de don Luís, y preconizaba en su tiempo Carl Schmitt. Apegado a la realidad, *El rapto de Europa* pliega, por decirlo así, así la razón histórica a la razón vital, distinguiendo entre el hecho —los ejemplos concretos a los que apela continuamente—, como indicador expresivo de las ideas que mueven la acción humana, y el acontecimiento que conmueve la sensibilidad colectiva. Pues los acontecimientos alteran la percepción táctil de la realidad —como decía don Luís de Tocqueville—, al cerrar una posibilidad histórica y abrir un nuevo horizonte preñado de nuevas posibilidades. Los hechos son la materia de las formas de vida y los acontecimientos lo que les da su figura encuadrándolos.

La innovación que introduce *El rapto de Europa* en la filosofía de la historia consiste, pues, en que, si por una parte cerró el ciclo de las filosofías de la historia habituales, por otra abrió en cambio el de las filosofías historiológicas, si se puede decir así, de la historia universal, tomando como hilo conductor la intensa historicidad de la cultura europea en contraposición a la más bien escasa de las demás culturas, con las que el autor la compara continuamente. En efecto, la tesis rectora de *El rapto de Europa* es la evidencia, sustentada en finos análisis comparativos, de que la cultura europea «se distingue de la de otros pueblos y culturas... por haber sido más historia que las demás; por haber descubierto dimensiones inéditas en la historicidad humana».

Debido a su carácter sintético, la Filosofía de la Historia tiene que contar inevitablemente, aunque sólo hasta cierto punto y en cierto modo, con la Filosofía de la Cultura, y don Luís parte críticamente de las dos filosofías de la historia entonces en boga,

las de Spengler y Toynbee, que, como es sabido, reducen las grandes culturas históricas a ocho y veintiuna respectivamente. La diferencia esencial, aunque no la única, consiste en que don Luis desmitifica las pretensiones deterministas más o menos subliminales de esas dos grandes filosofías históricas al centrarse en las formas de vida en que se asientan las culturas. Acepta, no obstante, su método comparativo, fructífero para entender y explicar la inserción de la cultura europea en la historia universal.

* * *

La perspectiva historiológica de *El rapto de Europa* enmarca la obra entre dos grandes acontecimientos mediados por el de la Encarnación, aunque sería quizá preferible decir, *cum grano salis*, "separados", para evitar confusiones con el método dialéctico de raíz hegeliana imperante entonces, potenciado y mistificado por el auge de la filosofía de la historia de origen marxista, mucho más "*terriblement simplificatrice*" hubiera dicho Burckhardt, que las de Hegel, Comte, Spengler y Toynbee.

El gran acontecimiento remoto es lo que llamaba Karl Jaspers el tiempo-eje de la historia de la humanidad. Según Jaspers, la historia universal habría empezado a incoarse en torno a los siglos VIII-II antes de Cristo, cuando se asentaron en el ecumene conocido —Oriente, Europa, África— las nuevas formas de vida que, sustancialmente, llegan hasta hoy. En ese lapso de tiempo tuvo lugar una primera y relativa unificación cultural del mundo, al consolidarse las grandes culturas. Don Luís completaría más tarde, en cierto modo, la tesis jaspersiana en *Del nuevo al viejo mundo* con su visión del mundo hispanoamericano, que el filósofo alemán no pudo tener en cuenta dado el estado de los estudios precolombinos.

El gran acontecimiento inmediato es la definitiva unificación del mundo tras la segunda guerra mundial, concluida apenas nueve años antes de que viera la luz *El rapto de Europa*: «ya no es posible, que se presente al Occidente la historia universal

compartimentada en capítulos con sujetos heterogéneos, sino, afirma don Luís, como un gigantesco espectáculo unitario, con aislamientos temporales, cortes y divisiones tajantes, sin duda, pero dentro siempre de un marco histórico común».

* * *

La toma de las formas de vida como punto de partida, obliga a entender la historia —el tiempo— desde la geografía —el espacio—, puesto que el solar de las formas de vida es la Naturaleza, de la que son tributarias. De ahí que, para entender con realismo el lugar de la cultura europea en la historia universal, sean fundamentales, por un lado, la centralidad planetaria de Europa, y, por otro, su rica complejidad geográfica. La centralidad de esta península de Asia es tan obvia que basta mirar cualquier mapamundi elemental; su complejidad puede contemplarse asimismo en otro más detallado de su tierra y su mar, de sus islas, penínsulas y tierras compactas, de sus llanuras y montañas, ríos de distintas capacidades, desigualdades climáticas,. Su complejidad ha dado lugar a culturas particulares —la causa de las naciones—, o incluso, dice, a “países intravertidos y extravertidos”, distinción que, comenta de pasada, permite hablar de dos diferentes tipos de política: la intravertida frente a la extravertida. Concluye don Luís su enumeración, afirmando que la diversidad geográfica de Europa dentro de su unidad espacial como una península asiática, ha sido una de las causas materiales de su éxito en la historia universal.

Lo determinante de Europa es empero su racionalidad. Racionalidad que, por una parte, es políticamente «el supuesto y la causa de su triunfo planetario» y, por otra, al unificar la variedad geográfica, da a la vida europea una forma tan singular, que su cultura se diferencia radicalmente de las demás. Hasta el punto, sostiene don Luís citando a Hans Freyer, que «la actual organización social del Occidente no es generalmente necesaria, sino que es una categoría histórica».

Ahora bien, el monopolio unilateral de esta categoría ha sido posible gracias al tercer gran acontecimiento mediador entre el tiempo-eje jaspersiano y la última guerra mundial. «Procede sustancialmente, escribe don Luís, del elemento más entrañable y sutil de su vida histórica»: el cristianismo occidental, más intensamente histórico que el oriental, más apofático o contemplativo. «Que la razón sea capaz, si no de contemplar a Dios, al menos de pensarlo, es, recordaba en *El rapto de Europa*, una tesis absolutamente occidental, y todo el posterior desarrollo de la ciencia europea será posible por el impulso que recibiera de tan sublime pretensión».

Así pues, la singularización de la forma de vida europea y la diferenciación de su cultura de las demás comenzó a dibujarse en la Edad Media, época que no han tenido todas ellas, y que, en el caso de Europa, ha hecho que la suya sea sustancialmente de origen campesino, un rasgo peculiar y fundamental al que dedica don Luís un sustancioso capítulo basado en la distinción entre ciudades campesinas y ciudades anticampesinas. En efecto, la cultura europea nació materialmente en los monasterios, radicados en el campo, a los que se unieron más tarde los castillos, al mismo tiempo que, espiritualmente, las particulares formas de vida europeas se regían u ordenaban por la *omnipotentia iuris*, la omnipotencia del Derecho, que, entendido como las reglas racionales del orden natural por creación —como se decía o sobreentendía hasta Kant—, estaba presente en todas partes. Precisamente esta omnipresencia del Derecho contribuyó sobre manera, observa don Luís, a que sea consustancial a la cultura europea un amplio margen de crítica; actitud a la que se debe por ejemplo, compara el autor de *El rapto*, que el mundo europeo no sea un conjunto «compacto, homogéneo, como el del islam o el indio».

La causa última consiste en que la cultura europea es «esencialmente de una cultura secularizada» a consecuencia de la desmitificación o desdivinización de la Naturaleza que lleva a cabo el cristianismo. Por eso pudo conocer revoluciones agrarias, en

definitiva técnicas, inéditas en otras culturas. «Europa, escribe don Luís, realizó una colosal revolución agraria en los siglos centrales del Medioevo, que se puede parangonar en sus efectos con la revolución industrial que vivirá medio milenio después». Sin embargo, lo determinante fue, que, de esa revolución «salió la textura bien trabada y uniforme de una sociedad y una civilización campesinas con calidades que la diferencian decisivamente de otras grandes civilizaciones agrarias».

Efectivamente, en el seno de la compleja textura geográfica campesina se fueron configurando las naciones como partes de un todo. Mas no como un producto nacido espontáneamente de la tierra, sino como algo tejido mediante la transcripción a cada una de ellas del universalismo inherente al Imperio carolingio, transcripción ciertamente del romano pero con un nuevo espíritu en tanto Imperio cristiano. Constituida de este modo la Nación como la forma de vida política de los pueblos europeos, «es una obra que conjuga esfuerzos, que se integra sin imposición ahogadora». Una importante consecuencia es que «la cohesión libre de sus miembros engendrará la interna solidez que distingue al Estado nacional europeo», por ser en sí mismo de raíz democrática. Las naciones europeas no son, pues, artificios, sino concretas formas de vida colectiva dentro de un gran cuerpo común

En fin, la singularidad de la cultura europea, determinada por su racionalidad, se manifiesta en todos sus ámbitos pragmáticos: en el arte, cuya historicidad, señalaba don Luís, es una nota exclusiva del europeo, en la imprenta, en las especializaciones, en la burocracia, en la organización estamental, en el Estado, en la economía, en las diversas formaciones históricas producidas por Occidente.

Esta cultura, que por su carácter fáustico «ha sido en el fondo, más acción que sabiduría», no sólo «ha acertado a crear un tipo de civilización objetiva, generalizable, generosa, humana», sino que ha acelerado la historia y, con todo, «la gran cultura de occidente» «es dueña de una u otra manera del planeta».

La causa eficiente del dinamismo europeo la ve don Luís, lector estudioso de San Agustín, en la esperanza cristiana, que rompe «el círculo vicioso de la concepción cíclica de la historia» característica de las demás culturas por su dependencia de la Naturaleza: «la realización de la promesa mesiánica introduce un factor nuevo que acrece el carácter de historicidad. En la cultura europea, el más allá como horizonte absoluto, no sólo condiciona la historia desde su principio y desde su fin, sino que irrumpe en el centro de ella de la manera más concreta y decisiva en la figura del Hijo del Hombre, que nació, padeció y murió en un determinado tiempo, en un determinado lugar». La misma idea de progreso, «típica y exclusivamente occidental», tiene ahí su origen, no menos que la «imaginación creadora», movida por «la bienaventuranza cristiana»: «Si la técnica europea se ha mostrado desde antiguo insatisfecha con lo realizado, con el nivel de bienestar logrado, sentido pronto como angosto, ha sido porque se le aplicaban como medidas criterios infinitos de bienaventuranza mundanizada». La esperanza impulsó desde el plano profundo de las ideas creencia los inventos técnicos, y, alentada por las creencias bíblicas, la ciencia, dispuesta a dominar la Naturaleza desdivinizada. Los hechos prueban, afirmaba don Luís, que «el ímpetu de la trascendencia es condición imprescindible para un reobrar enérgico sobre el mundo». De ahí que el mito de Fausto, incluida su rebelión, sea el mito propiamente europeo: sustituye al de Prometeo, incapaz de inventar nada.

En este momento de «tiempos revueltos», para resumir la situación con ese concepto de Toynbee, la conclusión de don Luís es muy significativa: la ciencia y la técnica europeas, escribe, han abierto «la posibilidad de concebir el nivel histórico homogéneo producido por ellas como un nuevo tiempo-eje». Esta frase, resultado de muchos estudios y meditaciones, es sin duda la clave de la obra y de la actitud del autor ante el presente. Una frase que a nosotros puede parecernos profética, aunque el maestro no haya querido profetizar.

DÍEZ DEL CORRAL
Y LOS HERMANOS VON HUMBOLDT

Joaquín Abellán

La relación de Don Luís con la obra de los hermanos von Humboldt fue de distinta intensidad y tuvo desiguales efectos sobre su quehacer académico. Mientras que la obra de Alejandro la conoció más en detalle y sus observaciones sobre la monarquía y el mundo hispánico constituyen un capítulo de *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo: de Maquiavelo a Humboldt*¹, su relación con la obra de Guillermo fue, sin embargo, menor en cuanto al número de escritos trabajados, pero probablemente de mayor intensidad y proximidad hasta el punto de convertirlo en un auténtico interlocutor en sus tareas historiográficas.

De Alejandro von Humboldt, Don Luís no sólo lee cuestiones relativas a la monarquía hispánica sino todo un conjunto de impresiones y reflexiones culturales sobre el mundo hispánico, que Alejandro transmitía regularmente a sus amigos europeos. De esta naturaleza son algunas de las observaciones sobre nuestros arquetipos literarios y su relación con la realidad española, como la que, por ejemplo, le escribe a su gran amigo Goethe: "El que no ha visto a un arriero español con su odre sobre un asno, no puede hacerse más que una idea incompleta de Sancho Panza; y Don Quijote, tan solo resulta comprensible para el que ha tratado con personas de las clases que describe Cervantes"².

Don Luís destaca la imagen tan positiva que el geógrafo y naturalista alemán tenía sobre España y el mundo hispánico y la

¹ Luís Díez del Corral, *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo: de Maquiavelo a Humboldt*, Madrid, Revista de Occidente, 1975, cap. IV, págs. 503-531.

² Op. cit., pág. 506.

contrapone a la imagen negativa que otros famosos intelectuales del siglo XIX habían proyectado de España, como el filósofo Georg Friedrich Wilhelm Hegel o su apreciado Alexis de Tocqueville. En las obras y cartas de Alejandro von Humboldt encuentra Don Luís la base del positivo juicio de Alejandro. Uno de sus pilares es la admiración de éste último por la organización político-administrativa del vasto Imperio indiano, en la que destacaba como algo realmente notable el servicio regular de correos desde el Río de la Plata hasta la costa noroeste de Norteamérica, o la capacidad de la propia administración para reprimir los delitos de los súbditos incluso en las zonas más apartadas, que de otra manera quedarían impunes. El otro de los pilares de su positiva imagen es la existencia ante sus ojos de una misma "cultura nacional", a pesar de la enorme extensión del territorio, con las naturales variantes regionales que el viajero alemán describe como si se tratara del colorido matizado de un vastísimo mosaico.

Esta imagen tan positiva del mundo hispánico ofrecía a los europeos de la primera mitad del siglo XIX significaba una rectificación radical de la proyectada por Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1830). La imagen del filósofo alemán se basaba en la contraposición radical entre el norte y el sur de América, pues el entendía que, mientras la América del sur fue conquistada, la América del norte fue colonizada. Y esta diferenciación la vierte sobre el sentido global de la empresa española en América al escribir que "los españoles se apoderaron de Sudamérica para dominar y hacerse ricos, tanto por medio de los cargos políticos, como de las exacciones... La nobleza, la magnanimidad del carácter español no emigraron a América"³. Los europeos de la época pudieron, por tanto, contrastar esta imagen con las impresiones y experiencias de Alejandro von Humboldt, quien, como cuenta Don Luís, se encontró en Améri-

³ Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Buenos Aires, Revista de Occidente Argentina, 1946, tomo I, pág. 176. En esa misma línea se desenvolvería el pensamiento de Alexis de Tocqueville para quien no había naciones más desgraciadas sobre la tierra que las de América del Sur.

ca a las mil maravillas y llegó a acostumbrarse tanto al clima tropical y al idioma español que llegó a parecerle no haber vivido nunca en Europa. Merece ser leído a este respecto un testimonio de Alejandro por la claridad y rotundidad de su juicio: "los europeos del Este y del norte abrigamos contra los españoles singulares prejuicios. He vivido dos años en relación con todas las clases sociales, desde el capuchino hasta el Virrey, hablo el castellano casi tan bien como mi lengua materna, y gracias a este conocimiento exacto sostengo que la nación, a pesar del despotismo del Estado y de la Iglesia, avanza a pasos de gigante hacia su desarrollo, hacia la formación de un gran carácter"⁴.

Por lo que respecta a Guillermo von Humboldt, hermano mayor de Alejandro, podemos señalar igualmente que Don Luís deja asimismo testimonio de la lectura de su obra en varios de sus propios escritos. Y si bien es cierto, como hemos señalado al principio, que la dedicación de Don Luís a la obra de Guillermo no es tan amplia como la que le ocupó con la de Alejandro, se puede afirmar, sin embargo, que en Guillermo de Humboldt fue encontrando Don Luís una figura con la que podía establecer una conexión más profunda por lo que se refiere al núcleo de su propio pensamiento político y al de sus coordenadas metodológicas como historiador de las ideas. No obstante, Don Luís se interesó también por las observaciones de Guillermo sobre España, realizadas tras su largo viaje en la primavera de 1801, en el que desde el País Vasco bajó a Andalucía y regresó de nuevo por el Levante español. Don Luís pudo conocer los detalles del viaje a través de la lectura de sus diarios y cartas así como de la narración elaborada por Antonio Farinelli y titulada *Guillaume de Humboldt et l'Espagne* (1898, reedición 1936). Las impresiones que Don Luís recoge del ilustre viajero alemán se refieren sobre todo a su percepción del paisaje ibérico y su variedad: el adusto de Castilla, el risueño de la bahía de Cádiz, el variado y humano de Cataluña, o el abrupto de Sierra Morena, "donde el viajero alemán sintió reto-

⁴ Luís Díez del Corral, op. cit., pág. 525.

zar su menguado estro poético". A Don Luís le llama especialmente la observación de Humboldt sobre el carácter democrático de la sociedad española, pues Humboldt afirmaba encontrar entre los españoles más llaneza en el trato y mayor naturalidad que en el resto de Europa, considerando escasa la diferencia entre el pueblo y las clases elevadas de la sociedad en lo relativo al lenguaje, los usos y las costumbres.

En las otras obras de Guillermo von Humboldt de carácter histórico o teórico, Don Luís es atraído especialmente por los elementos que configuran el núcleo central del historicismo humboldtiano, elementos que giran básicamente en torno a la significación de las individualidades históricas. De las *Consideraciones sobre la Historia Universal (Betrachtungen über die Weltgeschichte)* le interesa la idea del declive de los individuos particulares o nacionales, pues señala Don Luís que el mejor período de los individuos históricos se da precisamente en la fluctuación que se produce entre la conciencia clara del apogeo y la percepción del declinar, pues precisamente después de esa experiencia queda en la individualidad algo originario, un elemento que promueve el incesante esfuerzo para configurar la existencia exterior conforme a su interna naturaleza. En la *Historia de la decadencia y ruina de los Estados libres griegos (Geschichte des Verfalls und Unterganges der Griechischen Freistaaten, 1807/08)* encuentra Don Luís destacada la idea de las individualidades históricas, que iban a ocupar un lugar tan central en todo el historicismo germánico. Y de nuevo aquí le llama la atención el fenómeno descrito por Humboldt de que la singularidad se descubre precisamente cuando esa individualidad, un Estado, por ejemplo, choca contra las rocas del infortunio.

Sus continuadas reflexiones sobre la historia y su método, y concretamente sobre la historia de las ideas políticas, llevan de nuevo a Don Luís a Guillermo von Humboldt. En el estudio preliminar a *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, de Friedrich Meinecke, Don Luís enlaza el quehacer historiográ-

fico de Meinecke con las aportaciones de Guillermo von Humboldt. La historia de las ideas que practica Meinecke, dice Don Luís, tiene largos antecedentes germánicos y menciona, con razón, a Guillermo von Humboldt como uno de los iniciadores del pensamiento histórico alemán moderno, reconociendo no obstante que el paso decisivo lo daría Leopold von Ranke al romper con el método racionalista de deducir las cosas a partir de ideas previamente aprehendidas y, fundiendo, en cambio, la realidad y la idea en la unidad de lo "vivo".

También en la obra más conocida de Don Luís, *El liberalismo doctrinario* (1945), encontramos una referencia directa a Guillermo von Humboldt. Se trata de un pasaje en el que el autor establece una sintética comparación entre el liberalismo francés y el alemán a comienzos del siglo XIX. Si el liberalismo francés es para Don Luís una respuesta a la dura experiencia del poder político de los años revolucionarios y posrevolucionarios, por lo que tratará de establecer sólidas barreras protectoras del individuo, el liberalismo germánico, sin embargo, no irrumpe tan enérgicamente en la vida pública. Y como ejemplo de este liberalismo Don Luís aporta el siguiente pasaje de la obra del joven Humboldt sobre *Los límites de la acción del Estado*, que contiene realmente los rasgos esenciales liberalismo humboldtiano: "La verdadera razón no puede desear para el hombre ningún otro estado que aquel en el que no solamente cada individuo goce de la más completa libertad para desarrollarse por sí mismo y en su propia individualidad sino en el que, además, la naturaleza física no reciba de mano del hombre más forma que la que quiera imprimirle libre y voluntariamente cada individuo, en la medida de sus necesidades e inclinaciones, restringida solamente por los límites de su fuerza y su derecho"⁵.

Y precisamente el interés de Don Luís por esta obra de 1792, de la que sólo había sido traducida una selección dentro

⁵ Humboldt, *Essai sur les limites de l'action de l'Etat*, Paris 1867, pág. 21.

de una antología de escritos políticos de Humboldt⁶, está en la base de mi relación discipular con él. El maestro intuía, acertadamente, que en Humboldt se podía encontrar una clara afirmación de las libertades del hombre frente al poder del Estado, pero con una modalidad diferente al de otros países europeos. Esta sería precisamente la tarea que él me sugirió para la elaboración de mi tesis doctoral en la universidad de Friburgo de Brisgovia, bajo la guía de su amigo el Profesor Wilhelm Hennis.

Durante mi estancia en Alemania, Don Luís se mostró interesado por la situación de la universidad alemana de los años setenta del siglo pasado y los cambios que se habían producido en comparación con la universidad que él había conocido en Berlín en los años 1934-1936. Pero sobre todo estaba deseoso de conocer mis avances en el trabajo sobre la obra de Guillermo de Humboldt. Y de esta función de Don Luís como director de mi trabajo doctoral me gustaría destacar dos aspectos de su actitud respecto al trabajo intelectual.

En primer lugar quisiera mencionar su honestidad intelectual al sugerirme un tema de estudio sobre el que me confesaba que no conocía todavía en profundidad, pero sobre el que tenía la convicción de su interés para la historia de las ideas políticas. Su propia curiosidad e intuición intelectuales iban a ser mis primeras guías. Recuerdo con sumo agrado nuestras conversaciones cuando yo volvía a Madrid desde Friburgo y le contaba los avances del trabajo. Íbamos viendo con claridad creciente cómo se puede considerar que Guillermo von Humboldt está en el inicio de una nueva época en el pensamiento, pues en él el individuo —el perfeccionamiento individual, los derechos como individuo— se convierte en el eje del análisis teórico de la realidad social y política. Y cómo, asimismo, Humboldt entendía la nación como un conjunto de individuos en un proceso de desarrollo

⁶ Guillermo de Humboldt, *Escritos políticos*. Con una introducción de Siegfried Kaehler. Versión en español de Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

del ideal de hombre. Y cómo el "espíritu nacional" no es una entidad sustancializada, ante la que la vida individual tuviera que perder su significación, sino más bien, al contrario, una comunidad de hombres libres que desarrollan sus capacidades humanas y en la que los individuos concretos pueden dar forma individual al ideal de hombre. Y cómo el Estado debía adaptarse a las necesidades de la nación, pudiendo incluso apoyar un sistema educativo dirigido a la autonomía del individuo y de la ciencia.

Junto a la investigación sobre la obra de Guillermo von Humboldt, realizada en la tesis doctoral, Don Luís albergaba también el deseo de que el libro del joven Humboldt sobre los límites de la acción del Estado se tradujera en su integridad al español, un deseo compartido expresamente por otros grandes profesores de su generación como D. José Antonio Maravall, D. Manuel García-Pelayo, o D. Antonio Truyol. Con ilusión y satisfacción pude editar este texto todavía en vida de Don Luís. Y él estaría hoy contento de saber que hace dos años se volvió a editar⁷.

El segundo aspecto de la actitud de Don Luís respecto al desarrollo del trabajo intelectual tiene que ver con su sugerencia de profundizar en el estudio y comprobar —y revisar si fuera necesario— la validez de tópicos o clichés establecidos en la historia de las ideas. Un ejemplo de esto es lo que me ocurrió en relación con algunas afirmaciones —muy difundidas, por otra parte— de *La historia del liberalismo europeo* (1944), de Guido de Ruggiero. Don Luís consideraba —y así lo tiene escrito— que este libro era un trabajo notable, "porque distingue cuidadosamente las distintas modalidades del liberalismo según los países, pero sin llegar a la honda penetración en los fundamentos históricos". Pues bien, Ruggiero escribe en la página 178 de la citada obra que Guillermo de Humboldt corrigió su "antiesta-

⁷ Guillermo de Humboldt, *Los límites de la acción del Estado*, Madrid, Tecnos, 1988 (1ª ed.). La tesis doctoral, por su parte, había sido publicada como libro en 1981: *El pensamiento político de Guillermo de Humboldt*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

tismo juvenil” cuando llegó al gobierno de Prusia, como ministro de asuntos constitucionales, en 1819. La sugerencia de profundizar en la obra y vida de Guillermo von Humboldt para contrarrestar este juicio me llevó a la conclusión de que la afirmación de Ruggiero debe ser muy matizada, pues, en realidad, Humboldt nunca renunció a la primacía de su concepción humanista de la nación “cultural” sobre el Estado. Y esta posición la siguió manteniendo también en su época de ministro de Prusia (1819).

En los debates sobre la aplicación en Prusia del artículo 13 de la constitución de la Confederación Germánica aprobada en el Congreso de Viena, que prescribía que cada Estado de la Confederación se dotara de una constitución *landständisch* (representativa), Guillermo von Humboldt había mantenido una posición intermedia entre los extremos, pues quería hacer compatible la representación de la nación con el mantenimiento del principio monárquico. En los proyectos constitucionales que redactó como ministro en 1819, Humboldt apostaba por el establecimiento de un parlamento como representación de la nación, que implicaba obviamente una limitación importante para el gobierno, pero que no debía ser interpretada como un ataque al principio monárquico. Desde su punto de vista lo que el parlamento iba a limitar era una voluntad incontrolada del gobierno, una voluntad que según él nunca debería tener el gobierno. Es más, sin la existencia de un parlamento nacional el Gobierno estaría expuesto al grave error de concentrar en sí mismo toda la acción gubernativa, sin permitirle a la nación participación alguna en esa tarea. Por ello consideraba que la participación de la nación en algunas tareas de gobierno serviría de apoyo al principio monárquico, con lo que la soberanía monárquica, tal como la entendía él, no debía temer ningún peligro por la existencia del parlamento. Al situar la característica esencial del parlamento en su cooperación con el gobierno —y no en una sistemática oposición a éste— Humboldt intentaba mantener una fuerte posición de la representación nacional en su relación con la política estatal.

En este sentido, si el joven Humboldt de 1792 anteponía la nación al Estado, el Humboldt maduro como gobernante prusiano no dejaba tampoco de potenciar el papel de la nación en su relación con el Estado, aunque no llegara a afirmar la soberanía de la nación ya que no consideraba posible la eliminación del principio monárquico. La nación, perfilada ahora como cuerpo de ciudadanos, debía tener una representación política que permitiera alcanzar tres objetivos fundamentales: en primer lugar, encargarse de aquellos asuntos de la nación como tal que van más allá de las meras cuestiones administrativas; en segundo lugar, impedir que el gobierno monárquico degenerara en despotismo; y, en tercer lugar, hacer posible la educación política de los ciudadanos al despertar en ellos el amor hacia sus propios asuntos, no poniéndolos todos en manos del gobierno monárquico. En definitiva, el Humboldt maduro pretendía que la nación fuera el fundamento del Estado, aunque no reivindicara la soberanía para ella. Defendía la participación institucional de la nación en algunas tareas de gobierno, pues sólo así podría seguir existiendo el Estado; sólo así podría éste encontrar apoyo en la fuerza moral de la nación, y sólo mediante un parlamento elegido y dotado de competencias decisorias, podría el gobierno monárquico contar con unos ciudadanos más seguros⁸.

Su proyecto constitucional —que no prosperó finalmente teniendo que abandonar el gobierno prusiano a finales de 1819— responde directamente, desde otro punto de vista, a su manera de entender la relación entre la historia y la razón a la hora de construir un orden político nuevo. Y en este punto sí podemos afirmar que Humboldt mantenía una posición muy similar a la mantenida por Don Luís, como ha sido mencionado ya en algunas intervenciones anteriores. Humboldt ya se había ocupado de esta cuestión de la relación entre razón e historia en sus primeros escritos de juventud. Antes de terminar su libro sobre *Los límites de la*

⁸ W. v. Humboldt, "Denkschrift über ständische Verfassung", en: *Wilhelm von Humboldts Gesammelte Schriften*, 17 vols. Berlín, 1903-1936, vol. XII, pág. 399.

acción del Estado en 1792, efectivamente, Humboldt había escrito un breve ensayo con el título de "Ideas sobre la constitución política, motivadas por la reciente Revolución francesa"⁹. En él se había preguntado "si se puede levantar un edificio estatal según los meros principios de la razón". Y su respuesta había sido negativa, lanzando una crítica a algunos de los acontecimientos fundamentales en la Francia revolucionaria de agosto de 1789. Humboldt criticaba como un error de la Asamblea Nacional en París pretender construir un sistema político totalmente nuevo basándose solamente en principios de la razón, «pues ningún régimen político establecido por la razón —suponiendo que ésta disponga de un poder ilimitado que le permita convertir sus proyectos en realidad— puede prosperar con arreglo a un plan en cierto modo predeterminado. Sólo puede triunfar el régimen político que surja de entre la poderosa y fortuita realidad y los dictados de la razón»¹⁰. Con las naciones y los Estados ocurre realmente, según él, lo mismo que ocurre con el hombre, que lo que haya de crecer en él debe surgir de él mismo, sin que se le pueda imponer desde fuera, pues «los regímenes políticos no pueden injertarse en los hombres como se injertan los vástagos en los árboles. Si el tiempo y la naturaleza no se encargan de preparar el terreno es como si se ata un manojo de flores con un hilo. El sol de mediodía las marchita»¹¹.

Por eso, los proyectos constitucionales del ministro Humboldt para Prusia aspiraban a combinar el respeto a la situación histórica —gobierno monárquico, consideración de los ciudadanos en su relación concreta con el territorio (habitantes del campo o habitantes de la ciudad)— y los principios de la razón —el individuo como portador de derechos, la nación como un conjunto de hombres individuales animados por su propio proceso

⁹ «Ideen über Staatsverfassung, durch die neue französische Constitution veranlasst» (1791), en *Gesammelte Schriften*, vol. I, págs. 77-85.

¹⁰ Op. Cit., pág. 78.

¹¹ Op. Cit., pág. 80.

de perfeccionamiento—. La individualidad histórica de las naciones, y de los hombres, no puede por tanto ser anulada por principios racionales de carácter general. Su posición tendía, por ello, a la armonización de los principios elaborados racionalmente con los procedentes de la situación concreta y diferenciada de cada nación.

La proximidad de Don Luís a esta concepción historiográfica y a las líneas básicas de este liberalismo parece clara, como hemos escuchado en la primera sesión de este homenaje. Y por ello Don Luís pudo encontrar en Guillermo von Humboldt un ilustre interlocutor en ambos ámbitos.

Sólo quisiera añadir, para terminar, que el reconocimiento otorgado por Don Luís a mi trabajo doctoral sobre Guillermo von Humboldt se convirtió en la piedra angular de mi vida académica. Por ello, el merecido homenaje que con emoción le brindamos ahora va para mí indisolublemente unido a mi profundo, radical, agradecimiento por su magisterio.

EL RAPTO DE EUROPA.
PERSPECTIVA DESPUÉS DE MEDIO SIGLO

Benigno Pendás

I

Tengo escrito en la *Tercera de ABC* (13 de julio de 2011) que el maestro Díez del Corral es el pensador español más elegante, en el terreno personal e intelectual, de la segunda mitad del siglo XX. Me honra por ello esta invitación para participar en el homenaje de amigos y discípulos al maestro común, con independencia de la trayectoria muy diferente —a veces, antagónica— que hemos seguido cada uno de nosotros. Fiel reflejo, por cierto, del espíritu genuinamente liberal de Don Luís... Estamos, en efecto, en el “año Díez del Corral”, y es lógico que la Docta Corporación que presidió en su día sea protagonista destacada del centenario. Me permito recordar también entre los acontecimientos más relevantes el legado de su biblioteca y archivo, producto de la generosidad familiar, a la Universidad CEU San Pablo. Todos ellos son motivos de legítima satisfacción. Al fin y al cabo, una sociedad sanamente constituida admira y reconoce a los mejores. Por eso, aquí y ahora, los españoles pagamos una parte de esa deuda que, con excesiva frecuencia, tenemos contraída con la excelencia.

En aras de la brevedad, me limito a mencionar únicamente algunos episodios de la relación personal entre Don Luís y un discípulo y admirador que recurrió varias veces a su consejo, que siempre le fue otorgado con mesura y con afecto. Por ejemplo, ante mi opción por la obra de Jeremy Bentham como objeto de la tesis doctoral, el maestro me remitió a un párrafo de *El liberalismo doctrinario* donde recuerda la influencia en España del fundador de la escuela utilitarista. Para nuestros liberales, en efecto, “recordarles las exigencias del principio utilitario contribuye a fomentar en ellos el sentido de la medida, la apreciación

de las circunstancias, la contabilidad del esfuerzo, la previsión de los resultados, el sentido burgués, en definitiva, de que tan parcamente se encontraban dotados..." Y añade, a pie de página: "Un estudio detenido de la burguesía española no puede desatender este importante capítulo ideológico". (Cito por la tercera edición, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1973, pág. 538 y nota 27). Don Luís fue miembro del tribunal que juzgó con la máxima benevolencia la citada tesis doctoral, "Jeremy Bentham. Política y Derecho en los orígenes del Estado constitucional", dirigida por el profesor Negro Pavón, que defendí en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense el 23 de octubre de 1987. Presidió la comisión, por cierto, otro ilustre miembro de esta Real Academia, nuestro recordado y admirado Don Antonio Truyol y Serra. En fin, otras veces consulté al maestro y obtuve generosa y prudente respuesta. Así, cuando decidí opositar al cuerpo de Letrados de las Cortes Generales, o, muchos años después, antes de asumir la Dirección General de Bellas Artes en el Ministerio de Educación y Cultura, acaso el puesto más atractivo (a su juicio; luego también al mío) de la Administración española.

He aquí un breve repaso por los libros principales del ilustre autor a quien rendimos homenaje. La traducción de *El archipiélago de Hölderlin* (1942) es el libro que más aprecio en toda mi biblioteca. Acaso no cabe mayor placer intelectual que su lectura pausada en el frondoso jardín de Tubinga al pie de la torre que habitó el poeta durante largas décadas, perdida ya la luz de la razón. *Mallorca* (también de 1942) es una joya literaria, fruto de su pasión por el Mediterráneo, que las autoridades locales deberían recuperar y difundir. *El liberalismo doctrinario* (1945) ha sido, es y será una referencia internacional, en diálogo fecundo entre el autor y sus pares, Royer-Collard, Guizot y otros varios, incluidos españoles como Donoso Cortés y Cánovas del Castillo. *El rapto de Europa* (1954) merece párrafo aparte, como es propio de un libro que conoce versiones en francés, inglés, alemán, italiano, holandés y japonés. Las recopilaciones *Ensayos sobre Arte y Sociedad* (1955) y *De Historia y Política* (1956) ofrecen

la medida de una cultura excepcional, que refleja el magisterio de Ortega, castillos hispánicos incluidos. Sin embargo, nunca fue nuestro autor un intelectual "en la plazuela". Muy al contrario, una suerte de aristocracia del espíritu impregna una obra que renuncia al debate en el ágora, antes y después de la Transición democrática. *La función del mito clásico en la literatura contemporánea* (1957) nos conduce por una ruta que abarca la historia entera de Occidente y cumple la tarea que Günter Grass, en su discurso para el premio Príncipe de Asturias en Oviedo, atribuye con acierto a la literatura: novela, poesía y teatro son, a su juicio, el "reverso" de la historia. *Del nuevo al viejo mundo* (1963): nunca olviden en su equipaje la mejor guía escrita en español para el viajero culto, desde Cartagena de Indias hasta Kioto. Resumen, para que la relación no sea interminable. *La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo* (1976) es una lectura en perspectiva española de los grandes de la teoría política, de Maquiavelo a Humboldt, pasando por Montesquieu, la *noblesse de robe* y su afición por el Lejano Oriente. La serie sobre Velázquez culmina con el bellissimo libro de 1979 sobre el mejor pintor de todos los tiempos y sobre la Monarquía decadente a cuyo servicio vivió y pintó. En fin, por supuesto, reaparece al final del camino el gran Alexis de Tocqueville, compañero inseparable de la madurez, culminando con la monografía de 1989, último obsequio del "prisionero" seducido por la "cárcel" del aristócrata normando. Afinidades electivas, sin duda...

II

El rapto de Europa sobresale entre tantos proyectos de interpretación histórica que nos dejó un siglo XX bien dispuesto (pero no siempre bien orientado) hacia un género que cultivaron con fortuna Arnold J. Toynbee o Raymond Aron, uno y otro corresponsales y amigos de Don Luís. Los clásicos perduran porque trascienden el espacio y el tiempo, esas categorías a priori de la sensibilidad kantiana cuyas barreras sólo unos cuantos gigantes son capaces de levantar. Díez del Corral diagnostica allí

la fiebre helenística que se apodera del vanidoso continente capaz de forjar la única historia universal. Lo explica en forma de "rapto", en el doble sentido, externo e interno, que simboliza con la hermosa imagen de la doncella a lomos del Zeus transfigurado en toro mediterráneo. Nos enseña que la política es el secreto de Europa y que vivir bajo el imperio de la ley es la forma genuina de la vida verdaderamente humana. Nos regaña (¡en aquella época!) por la relación pasional, ajena a las prácticas utilitarias, que los españoles mantenemos con los conflictos políticos y sus cauces civilizados de resolución. Describe con brillantez inigualable el despliegue histórico de Japón, máximo "robador" de Europa. Anuncia un futuro llamado China, lúcida profecía de un escritor que utiliza los "futuribles" al estilo de Bertrand de Jouvenel, respetado colega y también amigo. Una y otra vez, el lector reconoce al maestro que anuncia el signo de los tiempos y orienta a los espíritus inquietos que no consiguen hallar el camino ante la encrucijada.

Anuncia el epígrafe de esta ponencia una reflexión sobre *El rapto de Europa*, cuya primera edición publicó la editorial Revista de Occidente en 1954. El título y la portada, ya en la versión de Alianza en 1974, con un espléndido prólogo, causaron profundo impacto en un joven y desorientado estudiante de Derecho y Ciencias Políticas... Medio siglo largo ha transcurrido desde la publicación original. La relectura, unas cuantas veces ya, descubre nuevos y atractivos enfoques, matices y perspectivas, como es propio de los clásicos que dejen huella frente a esa "espuma de los días", como diría Boris Vian, propia de las ocurrencias efímeras que proliferan sin sentido en el mundo postmoderno.

El rapto de Europa lleva un ambicioso subtítulo, a modo de propósito y compromiso con el lector: *Una interpretación histórica de nuestro tiempo*. La puesta en escena es sencillamente espectacular, al modo de la obertura de una gran pieza musical. Allí comparece Hegel, nada menos, y nos presenta al sujeto histórico-político, Europa, dominadora y segura de sí misma, expresión suprema del Espíritu Absoluto al modo de un Reino de Dios

secularizado. Y continúa de este modo: "Europa se veía a sí misma, a través de la grandiosa concepción hegeliana, como una de esas imágenes del Todopoderoso con la esfera terráquea en la mano, vigorosa e infalible. La metáfora no es exagerada. El filósofo teutón había construido su filosofía de la historia universal en el sentido de una teodicea [...], consagrando de esta suerte, de manera inapelable, la preeminencia europea". (Cito siempre por la edición de Alianza, Madrid, 1974; en este caso, págs. 69 y 70). *Tempus fugit...* Y pensar que hoy día muchos conciben al viejo continente como "parque temático", destinado al uso y disfrute, en el mejor de los casos, de arqueólogos y anticuarios o, en el peor, de turistas apresurados en busca de un barniz seudocultural. Mientras tanto, el ciclo geopolítico prosigue su curso implacable: del Mediterráneo al Atlántico, es decir, de la Antigüedad clásica al mundo moderno; ahora, del Atlántico al Pacífico, con tendencia a desplazarse al Océano Índico y volver en su eterno retorno hacia Sumer, en los albores de la historia.

Acaso Don Luís habría escrito medio siglo después que la lechuza de Minerva ha perdido la brújula o tal vez ha confundido el rumbo en alguna encrucijada. Porque resulta que China (naturaleza sin historia, decía Hegel) encarna hoy el espíritu positivo comteano a través de una extraña amalgama de hedonismo teñido de nihilismo, una peligrosa forma de entender el mundo cuyas secuelas se dejarán sentir a lo largo de este confuso siglo XXI. ¿El origen de los males? De nuevo Díez del Corral apunta en la dirección correcta: "Europa no supo ni pudo detenerse", ampliando una y otra vez "la ventaja que llevaba a los otros pueblos en el orden del saber científico, de la organización eficaz, del rendimiento económico, del ingenio militar; se llegó a la democracia social en sus distintas formas, al gran capitalismo, a la supertécnica, a la amplia seguridad social, a la planificación racional, a la guerra de masas..." (pág. 83). Aquí está la clave, creo yo: la democracia mediática es la forma de gobierno de la sociedad de masas, con sus secuelas sociales y económicas, por no hablar de una cultura que tiende a la pura banalidad, eso sí generosamente elogiada y subvencionada.

¿Pesimista? Realista mas bien. Al llegar a la meta, nos encontramos con "la sorpresa increíble de que esa última fase de su progresiva evolución desembocaba en un corto atajo por donde tenían acceso los pueblos atrasados, que en contados años resumían largos períodos de invenciones y esfuerzos europeos" (pág. 84). Eso se llama ahora "globalización"; a veces, "mundialización", en versión edulcorada. Ni siquiera es comparable con el espíritu cosmopolita, producto de un arraigo genuino en la propia cultura nacional. ¿Llega la hecatombe? Sabio y prudente, Díez del Corral cede la palabra en este punto a su admirado Jakob Burkhart, cuando el ilustre historiador suizo comentaba la revolución del 48: "es posible que todavía nos sean concedidas unas pocas décadas medio soportables, una especie de época imperial romana..." (pág. 90). Es posible, en efecto...

¿Y las causas? El diagnóstico es muy acertado, sobre todo si aplicamos la teoría general a la realidad española. Entre ellas, los nacionalismos como expresión máxima del particularismo o la quiebra de los poderes intermedios, fiel reflejo de una sociedad civil domesticada y dependiente. Pero la gran aportación de Díez del Corral es, sin duda, el "rapto interno" de la razón europea. Una pérdida de sentido que se traduce en la superación de los conceptos propios de la racionalidad weberiana que expresan el equilibrio y el rigor de una civilización en su plenitud. Max Weber es, en efecto, protagonista de unas páginas muy significativas, que describen la armonía espiritual que el historiador de las ideas descubre entre fenómenos muy distintos en apariencia: códigos jurídicos; arcos apuntados y bóvedas de crucería; burocracias eficientes, servidas por funcionarios imparciales; la sociedad estamental y la vocación profesional; en fin, la economía, la cultura y el propio Estado como forma política en su despliegue a lo largo de la Edad Moderna. Todo ello fecundado con la vieja semilla bíblica, que permitió en Europa un proceso de secularización desconocido en otros ámbitos espaciales y temporales. He aquí, concluye nuestro autor, el elemento más "entrañable y sutil" de la vida histórica. Esto es: "sólo atravesado por el eje esencial, aunque esté degradado, del cristianismo puede compren-

derse la historia europea y su emplazamiento en lo universal, según se ha reconocido en los grandes intentos de construcción filosófica-histórica, dentro también del mundo contemporáneo, desde Hegel a Toynbee" (pág. 103). En fin, la secularización sólo ha sido posible en un espacio que reconoce la igualdad esencial de todos los seres humanos, hechos a imagen y semejanza del Creador. Una forma de ver el mundo que configura también una concepción lineal (y no cíclica) de la historia, germen de la idea moderna del progreso. Son evidencias que, sin embargo, algunos se empeñan en negar por razón de su ceguera ideológica.

Pero Europa, insisto, no es inocente, ni puede disfrazar su desgracia apelando a la maldad perversa de sus enemigos. Porque, en efecto, "el proceso de expropiación de su cultura se encuentra acompañado de otro interno, paralelo y coadyuvante, de alienación, incluso mental" (pág. 108). Así, Europa "creadora por excelencia, se ha fabricado también, directa o indirectamente, la mayor parte de sus desdichas" (pág. 109). Dicho con una espléndida imagen literaria: "en otras palabras, Europa se arrebatata al mismo tiempo que es arrebatada; se enajena de sí misma hasta llegar a extremos de patológica enajenación".

El viejo continente, víctima de su éxito, debe pagar, está pagando ya en pleno siglo XXI, esas graves culpas que reclaman una rigurosa penitencia. Creo que podemos denominar "fiebre helenística" al proceso que se adueña hoy día de las élites y las masas. Como muchas otras civilizaciones, la nuestra refleja en este tiempo histórico la fase universalista que ha sido el epílogo de otras épocas no tan lejanas. Tenemos también ahora una colección de epígonos menores, mezcla con frecuencia de epicúreos hedonistas, cínicos insustanciales y estoicos universalistas, que se refugian complacidos en la "globalización" y sus secuelas. Por cierto que Don Luís utiliza a los filósofos de la Stoa para describir ese "goce malsano" que Spengler o Toynbee, incluso Nietzsche, parecen sentir a la hora de contarnos una decadencia que culmina en "suicidio" y no en "asesinato": un suicidio lento y suave, saboreado con fruición, como era propio de los sabios estoi-

cos (pág. 116). Y eso que el maestro no llegó a conocer las secuelas de un sistema educativo incapaz de aportar a la sociedad de masas los elementos imprescindibles para sustentar una convivencia que reconozca las virtudes cívicas. Medio siglo después, el fenómeno se acelera: nuestros náufragos del “tiempo-eje”, según la célebre expresión de Karl Jaspers, están literalmente perdidos en el espacio y en el tiempo, de manera que no consiguen orientarse en las coordenadas de la geografía y de la historia. Por tanto, carecen del control sobre el espacio y el tiempo, las categorías *a priori* de la sensibilidad kantiana y sufren literalmente de vértigo. A veces ni siquiera lo saben, o tal vez lo saben pero no les importa...

A partir de unos sólidos cimientos, Díez del Corral construye un edificio conceptual que abarca la política y la cultura en sus más altas cumbres, dejando al margen otros ámbitos como lo social y lo económico, que nunca llegó a dominar con la misma profundidad. Sigamos ahora el rumbo marcado por el maestro en cada uno de los ámbitos objeto de su atención.

“Europa desde España” es un capítulo que merece especial atención. Hace medio siglo, los mejores entre los nuestros mantenían una polémica interminable sobre “casticismo” y “europeísmo”. Así, Unamuno y —cómo no— Ortega introducen el debate sobre ese “movimiento pendular de aislamiento y ecumenidad” (pág. 125) que preside nuestra larga y brillante historia. Con su natural mesura, Don Luís tiene muy claro cuál es el horizonte que permite atisbar un rayo de luz al final del túnel. Igual que su maestro, sitúa el “proyecto sugestivo” en una Europa deseada (y acaso magnificada) por muchas generaciones de españoles, incluso desde una Edad Media que en la península ibérica fue —por razón de las circunstancias— prematuramente “moderna”. Porque es muy cierto que, para España, ser europea ha sido una opción asumida libre y voluntariamente, con sentido agónico, a diferencia de nuestros vecinos más o menos próximos situados en el corazón del continente por razones estrictamente geográficas, que no admiten controversia científica o disputa ideológica.

Resulta muy significativa la reflexión de nuestro autor sobre la actitud de los españoles ante la vida pública, tan diferente del pragmatismo anglosajón o de la prudencia disfrazada de retórica que singulariza a otros pueblos. En efecto: "la política no llega a reducirse para el español como para el resto de los europeos a una esfera peculiar, secularizada, utilitaria de cuestiones, sino que sobre ella inciden las más diversas dimensiones de la vida: desde la religiosa hasta la festiva, desde las cuestiones municipales hasta las europeas y aun mundiales, aunque sólo sea por ausencia" (pág. 137). Eterna —y acertada— tesis de España como desmesura, que atribuye a la política una naturaleza más propia de los "dogmas, sacramentos y virtudes sobrenaturales". Una visión, creo, tal vez más complaciente de lo que merecemos por nuestra tendencia natural al partidismo sectario. Una forma de actuar superada —por fortuna— en la Transición democrática, pero que revive —por desgracia— en cuanto un mal gobernante y unos pocos pescadores en río revuelto pretenden remover las aguas que el patriotismo y el espíritu cívico lograron apaciguar bajo el manto de la Monarquía parlamentaria en la Constitución de 1978. Sea como fuere, España es —para Díez del Corral— el "compendio" de Europa, como refleja una vez más la historia de las formas estéticas. Así, confluyen muchas veces en un mismo edificio elementos románicos, góticos, mudéjares, platerescos, barrocos y neoclásicos... Por suerte para el maestro, no ha llegado a conocer algunos "fragmentos" postmodernos que se incorporan más tarde a esa yuxtaposición de manifestaciones artísticas como reflejo del modo de ser hispánico.

Otro capítulo de singular relieve: "Escenario y argumento ecuménicos". Díez del Corral acude a las enseñanzas intemporales de la Geografía Política, sin dejar de reconocer y criticar los excesos deterministas de sus cultivadores. Utiliza con buen sentido la doctrina de H. J. Mackinder sobre la "centralidad activa" del continente que debe su nombre a la princesa asiática raptada por el primero de los dioses olímpicos. En fin, plantea con intuición profética el gran debate de nuestro tiempo sobre las relaciones entre el Islam y Occidente. El punto de partida es una

cita maravillosa de *El collar de la paloma*, la bellísima obra del cordobés Ibn Hazim, traducida por el maestro García Gómez: "Yo soy un sol que brilla en el cielo del saber/mas mi defecto es que mi Oriente es el Occidente". He aquí un tratado de historia universal, de Europa y del mundo concentrada en el genio profundo del poeta. ¿Civilizaciones en conflicto? Hay otra opción más optimista que deriva del estudio sin prejuicios de la cultura medieval. Así, "los resultados concretos de tan extremo maridaje siciliano —o del hispano— entre cristianismo e Islam evidencian la viabilidad del mismo sobre el supuesto de la diversa función de cada uno de los contrayentes, que, con distinto grado de madurez, con trasfondos tan diversos, son capaces de completarse e integrarse, sin embargo, en una vocación en definitiva occidental, pues se ponía al servicio de una racionalidad constructiva y eficiente, tanto en el arte y la ciencia, como en la filosofía y la política..." (pág. 168).

Bajo el epígrafe "La expropiación de una ciudad campesina", el autor plantea una tesis de fondo que anticipa la realidad de la megalópolis contemporánea: la génesis del desarraigo deriva del doble fenómeno de "la enajenación del campo" y "la expropiación de la ciudad". Díez del Corral se refiere a "las destartalladas ciudades de la Europa industrial (que) mostrarán una afición viajera hacia los más extraños climas de que carecieron las más reducidas y plásticas ciudades de las épocas anteriores" (pág. 204). He aquí, en efecto, el fenómeno de la expansión planetaria de una técnica reducida a los mínimos de supervivencia, muy lejos de la clásica ciudad-estado, esa *polis* griega o esa *signoria* renacentista donde el ciudadano hace honor a su condición. Muchas veces los discípulos hemos escuchado al maestro glosando el célebre discurso de Pericles, recreado por Tucídides: el *polités* inspirado por la búsqueda de la *areté*, desprecia al *idiotés*, ese hombre ocioso y negligente, inútil y sin provecho, que sólo atiende a sus intereses particulares. El viajero reconoce el carácter profético de estas páginas cuando contempla, por ejemplo, el espectáculo deslumbrante de Shanghai, a medias entre la utopía tecnológica y la Edad de Piedra, cuando un junco

milenario transporta por las aguas del río Huangpu su cargamento ancestral de madera y se refleja en los cristales de un impresionante rascacielos que configura el *skyline* más llamativo del siglo XXI. Sin embargo, el pasado sigue ahí: "una ciudad que, al ser desarraigada de su suelo, a pesar de las transformaciones de la revolución industrial, muestra todavía en sus raíces partículas del humus nutricional de Europa, de su civilización urbano-campesina, sometida a un ingente proceso de disociación y expropiación" (pág. 208).

Último ejemplo. Shakespeare introduce el capítulo dedicado a "la enajenación del arte" a partir de una premisa indiscutible: la cultura europea es menos tentadora en materia artística para los pueblos extraeuropeos que en lo relativo a la ciencia y la economía, incluso a la política. De la mano de Erwin Panofsky, tal vez su principal referencia en la historia del arte, Díez del Corral recuerda la "vulgarización mecánica" que encierra una de las claves del raptó, en el doble sentido ya conocido. Renacentistas, ilustrados y románticos se dan la mano —en un capítulo especialmente atractivo— con las últimas novedades en fotografía o cinematografía, expresiones de ese "arte mecánico de reproducción" que traen a la memoria una vez más las mejores páginas de Ortega. Faltan adjetivos para calificar la brillantez del autor a la hora de describir las obras de arte en cualquiera de sus manifestaciones plásticas. En fin, una y otra vez aparece la misma queja: "enajenación en el sentido interno, por cuanto la actividad artística en Europa está caracterizada desde hace ya bastantes décadas por un parcialismo simplista, por un querer volar muy alto teniendo un ala casi atrofiada y debiendo batir el aire, por consiguiente, de manera frenética con la restante, que resultará hipertrófica" (pág. 279).

En fin, aquí concluye este despliegue de erudición cultural y sutileza interpretativa, que culmina en una Europa concebida como "aprendiz de brujo", con Prometeo y Fausto como guías mayores. La clave del raptó, en efecto, se sitúa en el trasplante de la técnica, ahora al alcance de otros muchos pueblos, incapaces

en cambio de asimilar una sustancia que sólo el legado de Atenas, Roma y Jerusalén es capaz de transmitir en toda su intensidad racional y emocional. Todo ello conduce a un hermoso epílogo, ahora en clave melancólica, donde nuestro Don Quijote se empareja con el Fausto "superprometeico" mediante un juego de espejos entre España y Europa que sume al lector en una incierta adivinanza...

III

Termino con un texto publicado también en la *Tercera de ABC* (10 de agosto de 2001), ahora reproducido en mi libro *Las paradojas de la libertad* (Tecnos, Madrid, 2010, pág. 71 y ss.). En la parte positiva, mis personajes favoritos: el poeta, el maestro, los héroes de Salamina... En la parte negativa, unos cuantos necios y presuntuosos que pretenden fabricar una o varias generaciones de ignorantes. A veces lo consiguen. Casi siempre, me temo... Reproduzco ahora el artículo en sus propios términos.

"Di, ¿dónde está Atenas?"

Por ejemplo, la enseñanza de las Humanidades... Garantizo al lector, en calidad de padre de hijos en edad escolar, la veracidad de los datos que siguen. Asignatura: "Conocimiento del medio". Curso: quinto de Primaria. Libro de texto de una editorial muy conocida y acreditada en el ámbito educativo. La última parte del programa, bajo el epígrafe postmoderno "Un mundo para compartir", ofrece a los jóvenes escolares unas nociones elementales de Historia. El tema segundo se refiere a la Edad de Piedra, con atención especial a los antiguos pobladores de la comunidad autónoma de turno; acto seguido, el tercero se ocupa de la civilización romana y, con carácter monográfico, de la presencia de Roma en la comunidad de referencia. ¿Y los griegos? Pregunta impropia: no hay lugar para ellos, porque, en su épico viaje tras las huellas de Heracles, nunca visitaron al parecer Titulcia o Talamanca del Jarama. Lo peor de todo, como

se adivina, es que hablamos de una autonomía gobernada con eficacia y sin pretensión alguna de exclusivismo racial o cultural. Ya no es verdad, como pensaba Coleridge, que los hombres nacemos platónicos o aristotélicos. Ahora nacemos y vivimos sencillamente en la ignorancia. ¿Para cuándo la reforma?

En acto de desagravio, acude el peregrino a Tubinga, en el corazón de Suabia; tierra de emperadores y de poetas, aunque ninguno comparable a nuestro anfitrión, el gran Federico Hölderlin (1770-1834), el elegido por Heidegger para descifrar —sin éxito— cuál es la esencia de la poesía. Impone respeto la vieja Universidad, en cuyas aulas aprendieron Hegel y Schelling. Alegra el ánimo la ruta encantadora que bordea el Neckar o la imagen del castillo con su hermoso pórtico renacentista. Pero el viajero recorre ansioso las etapas de su penitencia: hay que purgar el pecado de aquel absurdo libro de texto. Llega por fin al *Hölderlinturm* y contempla con reverencia la mansión que habitó durante la segunda mitad de la vida, cuando el espíritu huyó de su cuerpo, víctima de la locura que atrofia la inteligencia y seduce al corazón. Allí, en la buhardilla de la casa del carpintero Zimmer, al lado mismo del río y del frondoso jardín, en la torre que apenas alcanzan las enredaderas, vivió ¡treinta y seis años! el escritor genial, atrapado entre el éxtasis y la furia. “Lo que somos aquí puede un dios completarlo allá, con armonía y gracia y paz eternas”, es el último verso que concibió antes de la pérdida para siempre de su luz. El azar tiene, cómo no, extraños antojos.

El poeta de tierra adentro, criado en los grávidos paisajes de la Germania, se enamoró del mar griego (“Oh, dame de nuevo mi juventud”) y nos dejó el poema más hermoso sobre la Hélade y sus hazañas. No cambiaría por ningún libro del mundo mi ejemplar de *El archipiélago* de Hölderlin, en la edición publicada en 1942 con estudio preliminar y traducción del maestro Díez del Corral. Toda la obra del autor suabo, escribe Don Luís con elegancia exquisita, “se encuentra animada de su amor a Grecia... pero puede decirse que ese amor culmina en *El archipiélago*, maravillosa invocación y ensalzamiento de la vida helénica”, que no

aparece como mera referencia estética o cultural, sino como "algo vivo y entero", con su tierra y su mar y sus islas, todo aquello que, privado del dominio sobre su propio ser, nunca llegaría a conocer. He aquí un relato deslumbrante de la Atenas heroica que derrota a los persas en Salamina y vive luego su esplendor con Pericles, para caer en una decadencia irritante, porque la *polis* inimitable murió de un mal que podía haberse curado; a saber, la ambición política e imperial. Hölderlin ama sin medida la historia inmortal de los hijos de Homero, carente de prejuicios hacia las formas de gobierno ("¡oh, vosotras, alegría de Atenas!, ¡Vosotras, hazañas de Esparta!"), pero siempre con un sentido profundamente humano: "en la orilla de Salamina, esperando el fin, están las atenienses, las vírgenes y las madres, meciendo en sus brazos al hijito salvado".

Era la *polis* una suerte de comunidad en sentido muy diferente al Estado moderno: su fundamento es la *filia* o trato personal entre sus miembros y de ahí que, hasta el mundo tardío de Alejandro, las mejores mentes griegas no fueron capaces de concebir unidades políticas de grandes dimensiones. En la ciudad, el ser humano alcanza su plenitud de condición; fuera de ella, como dijera Aristóteles, sólo pueden vivir los seres inferiores (animales) o superiores (dioses). Una *politeia*, que el término "Constitución" traduce de forma imperfecta, otorga a cada *polis* un "alma" o principio singular: Atenas y su democracia o Esparta y su oligarquía son modelo de ciudad marítima y comercial la primera, terrestre y militar la segunda. Todos los griegos se sitúan en el bando de una o de otra a lo largo de la guerra del Peloponeso.

Volvamos a Hölderlin. *Sage, wo ist Athen?* "Di, ¿dónde está Atenas?", pregunta nuestro poeta, lleno de temor, al dios afligido por su ciudad preferida, aunque la cuestión parece haber sido concebida para vergüenza de los protagonistas de la anécdota escolar; "¿ha sido reducida totalmente a cenizas en las sagradas orillas...?" Por fortuna, "el enemigo del genio, el persa que manda en muchas tierras", cae vencido ante quienes son mejores, en

sentido rigurosamente político y moral. Siempre nos servirá de consuelo, a mi juicio, que "por mucho que se afanen, queda infructuoso, como las Furias, el esfuerzo de los míseros..." Nada hay comparable, escribe con brillantez Díez del Corral, a estas inflexiones del pensamiento poético, "recogidas con precisión y limpieza en el juego suave y medido de las ondulaciones silábicas", en estos poemas saturados de musicalidad...

Decía Jorge Santayana que la Historia consiste en la ilusión de los vivos de vivir de nuevo la vida de los muertos. No tenemos derecho a privar a nuestros hijos de esta maravillosa ilusión, que enriquece la experiencia y prepara el espíritu para las nimias servidumbres de cada día. Ya sabemos, leyendo el texto clásico al compás de *Nänie*, con la música insuperable de Brahms, que "incluso la belleza debe morir". Pero no es lícito impedir a las generaciones futuras el goce de los mejores frutos de la incierta condición humana, mientras pintamos sobre su inocente *tabula rasa* monstruos estúpidos, ridículos localismos o puras y simples tonterías. Nadie está libre de pecado: "¡qué costumbres tan malas reinan en la Hélade!", se quejaba, ya en época tardía, el personaje de Eurípides.

Pero hay que ser muy inconscientes para dilapidar el legado de las Humanidades y, en este sentido, es recomendable la lectura del libro estupendo de la académica francesa Jacqueline de Romilly, bajo el expresivo título de *¿Por qué Grecia?* Acaso Hölderlin sea capaz de hacernos reflexionar, en su invocación postrera a Poseidón, el dios del mar, que pone fin al poema inmortal: "...y si el tiempo impetuoso conmueve demasiado violentamente mi cabeza, y la miseria y el desvarío de los hombres estremecen mi alma mortal, ¡déjame recordar el silencio en tus profundidades!".

LUÍS DíEZ DEL CORRAL,
CAUTIVO DE TOCQUEVILLE

Eduardo Nolla

“Sólo son más o menos felices en este mundo los hombres auténticamente superiores o los imbéciles. Los primeros llevan a cabo las grandes cosas que idean, y los segundos no imaginan nada más allá de las pequeñas que realizan.” Carta de Tocqueville a Mary Mottley, el 23 de agosto de 1834. Colección Alexis de Tocqueville, Universidad de Yale, Clb.

Maquiavelo firmaba sus cartas *“Machiavelli storico, comico e tragico”*. Rousseau las rubricaba como “ciudadano de Ginebra”. Voltaire, *“Ecrilinf”*, abreviando la frase *écrasons l'infâme*, es decir, aplastemos al tirano.

Luís Díez del Corral podría haberlas firmado: C. D.T.: cautivo de Tocqueville.

* * *

Lo primero que supe de Don Luís fue que era un fanático.

Un día, Carlos Ollero, cuando le comenté que estaba preparando un trabajo sobre la *Democracia en América* de Tocqueville para el profesor Dalmacio Negro, me dijo: “Pues tiene usted que conocer a mi amigo Luís, que es un fanático de Tocqueville”.

No recuerdo la idea que me hice de él, pero cuando fui a verle por primera vez pensé que en el peor de los casos tendríamos en común a Tocqueville para poder hablar.

Nuestra conversación se prolongaría luego durante casi veinticinco años.

Sabemos que hay raptos y raptos, como hay cautividades y cautividades. La de Don Luís era una cautividad en la que el prisionero vivía embrujado por su guardián. Tan íntima y permanente relación lleva a veces al cautivo a confundir su vida, sus ideas y su imaginación con las del objeto del encantamiento.

Una cautividad que tiene mucho de ese rapto que priva del sentido, como lo describía el mismo Díez del Corral.

Tan imbuido estaba Don Luís del francés que cuando, al final de sus días le robaba la vida el ensimismamiento, mientras cenábamos su mano se detenía en el aire con el tenedor de gratin de espinacas e interrumpía la conversación diciendo, por ejemplo: "¿Se acuerda usted de esa carta de Tocqueville a Kergorlay en la que habla de la importancia de las formas?" Y la conversación giraba unos minutos hacia Tocqueville, Guizot, Royer-Collard, Chateaubriand, Mill, Beaumont... "Qué diablo de hombre," acababa, y Don Luís volvía a dejarnos solos para recogerse en su universo, donde sin duda proseguía la conversación.

Al despedirnos, Rosario me decía "¿Te has dado cuenta? Durante unos minutos, al hablar de Tocqueville, Luís ha vuelto a ser el de siempre. No tardes en volver."

* * *

Además de la amistad, a Carlos Ollero y a Don Luís les unía su pasión por el mar.

Las clases de Carlos Ollero no eran de teoría política ni de sistema políticos, eran clases de náutica política y de sistemas de navegación marítima políticos. Asistíamos a la botadura de constituciones, estudiábamos el naufragio de legislaciones o el abordaje al Estado de los partidos, y resistíamos al embate de las olas del poder político. Terminábamos las clases empapados, con algas en el pelo y salitre en los labios.

Las clases de don Luís eran también acuáticas, pero de otra forma. Eran más bien anfibias, o mejor dicho, jónicas. Se respiraba en ellas no el Atlántico gaditano sino el Mediterráneo clásico, y uno se movía continuamente del mar a las islas y de la tierra al mar.

Me atrevería a decir que el sello de todo buen pensador es su relación con el mar. Desde Platón, la búsqueda de la verdad ha sido la exploración del piélago en busca del poros, con la inevitable condena a la aporía.

Del mar sale y a él vuelve todo lo fluyente —escribía Díez del Corral—. Es el centro activo que envía las tormentas sobre los bosques cálidos del litoral, y hacia él corren gozosos los ríos, como al encuentro del padre.

Pero el Mediterráneo de Díez del Corral está siempre poblado de islas y es el contraste entre lo estable y lo mudable lo que le atrae continuamente, un contraste que en su esencia misma es también toquevilliano.

Y no se cansan los ojos de gozar seria, profundamente, en aquella tensión del mar y de la tierra, razón natural de este mundo mediterráneo.

Es en las islas donde se encuentra la felicidad, siempre cerca del océano.

Vivir en una isla como ésta [Mallorca] es aunar los mejores goces de la tierra con los más deliciosos de la vida de mar.

Pero este mar es también para Díez del Corral la cuna de lo social y político.

En ninguna parte siéntese tan intensa la comunidad con los demás hombres como en las orillas de este mar [el Mediterráneo]. Parece como si resurgiese el sentimiento de comunidad propio de la ciudad antigua.

También en el mar había encontrado Tocqueville una condición única de comunidad irrepetible en tierra.

En una carta escrita a su madre a bordo del Havre, camino de América, explicaba:

En el mar, si no quiere uno pelearse, hay que ser los mejores amigos del mundo; no hay término medio. No te puedes imaginar, querida Mamá, qué tipo de vida extraña llevamos en esta especie de gran diligencia que se llama un barco. La obligación de vivir los unos encima de los otros y de verse siempre de cerca establece una actitud de sociabilidad y una libertad de los que no se tienen idea en tierra firme. Aquí, cada uno actúa en medio de la multitud como si estuviera solo. Unos leen en voz alta, otros juegan, los hay que cantan, otros escriben, como yo en este momento, mientras que un vecino cena a mi lado. Cada uno bebe, come o llora según le parece. Nuestras cabinas son tan pequeñas que salimos de ellas para vestirnos, y salvo subirnos ostensiblemente los pantalones, no sé qué otra parte de nuestro aseo no se hace enfrente de Israel. En una palabra, vivimos en la plaza pública como los antiguos. Este es el auténtico país de la libertad; el mal está en que no puede ejercerse más que entre cuatro maderos.

No debe sorprender que de Tocqueville escribiera Don Luís:

El Tocqueville que recorre Norteamérica no se nos presenta como objetivo observador, como investigador erudito, sino como auténtico náufrago.

Náufrago fue también en gran parte Don Luís.

Superficialmente, Tocqueville y Díez del Corral coinciden en su amor por la libertad, su intento de refundar el liberalismo, o su preocupación por Rusia y China y el Oriente.

Pero hay parentescos mucho más profundos.

Hay, primero, una actitud vital. Los dos son viajeros.

Aprendimos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, con Luis González Seara, que existía la sociología dinámica y la sociología estática, pero hay también pensadores dinámicos y pensadores estáticos.

Díez del Corral y Tocqueville son pensadores viajeros. Nada agradaba más a Tocqueville que viajar y, si no podía, lo compensaba con su afición a los libros de viaje, que prefería con ilustraciones y mapas.

Don Luís era también viajero. Planificaba sus viajes, anotaba y guardaba cuidadosamente toda la información de cada uno de sus periplos, como se ve en el legado de sus manuscritos, ahora en la Universidad San Pablo-CEU gracias al espléndido gesto de su familia.

Y le gustaba montar en bicicleta.

El mal día era el día perdido o mal empleado, —decía Gustave de Beaumont de su amigo Tocqueville—. La menor pérdida de tiempo le importunaba y llevaba esa pasión a sus viajes hasta el extremo de que nunca llegaba a ningún lugar sin antes haberse asegurado el medio de abandonarlo, lo que hacía decir a uno de sus amigos que se marchaba siempre antes de haber llegado.

El riojano y el francés intentan comprender un mundo en perpetuo movimiento y cuya esencia permanece en misterio.

El hombre moderno casi ha perdido la capacidad de contemplar los fenómenos de la naturaleza en su originalidad. Para él no es el río agua real, que corre de la fuente al mar formando un todo, sino un abstracto concepto geográfico. El hombre primitivo, el griego, ven el río como... un ser, una realidad misteriosa, temible y al mismo tiempo atrayente. Para la mentalidad moderna estos fenómenos que acontecen en el río han perdido todo

centro real de referencia, y desdibújase perdidos en el vasto seno de un universo pulverizado e irrelevante. Se ha cegado la conciencia de lo numinoso, y el mundo ha perdido profundidad y misterio.

Por eso, ninguno de los dos creía que el mundo pudiera ser descrito en términos meramente cuantitativos.

[“El estudioso traza reglas generales en el silencio de su gabinete y cree haber captado la verdad, pero un hecho cuya causa primera se pierde a menudo en la oscuridad se presenta a su pensamiento y parece que aquélla se le escapa”.]

Quien investiga en los hechos la influencia real que ejercen las leyes sobre la suerte de la humanidad está expuesto a grandes errores, porque no hay nada más difícil de apreciar que un hecho.

Leemos en la obra del español:

Hoy día se postula una historiografía que maneja métodos cuantitativistas, estudia niveles de precios, crecimientos demográficos o estructuras de grupos sociales, tendiéndose a sumergir las grandes personalidades en fenómenos colectivos y las ideas o las creencias en los procesos de producción... Le hace falta al historiador no sólo leer datos estadísticos y manejar máquinas computadoras sino forzar la máquina de su propia imaginación.

Tocqueville había escrito sobre la estadística:

La mente se deja llevar fácilmente por los aires falsos de exactitud que ésta conserva hasta en sus extravíos y descansa sin preocupación sobre errores que revisten a sus ojos las formas matemáticas de la verdad.

Por eso, las obras de los dos tienen un rasgo común que las define. Ni en Tocqueville ni en Díez del Corral nos encontramos

con textos de estructuras rígidas y conclusiones perfectamente delimitadas y combinadas por el autor.

Escriben de otra manera, que Tocqueville refería de este modo:

Creo que los libros que han hecho pensar más a los hombres y que han tenido más influencia en sus opiniones y acciones son aquéllos en los que el autor no ha intentado decirles dogmáticamente lo que debían pensar, sino más bien aquéllos en los que ha situado sus mentes en el camino que lleva hacia las verdades y les ha hecho descubrirlas como si fuera por sí mismos.

La segunda parte de la Democracia será así una colección de distinto aspectos del mundo americano que van de la política al arte, la lengua, los historiadores o el despotismo, que el lector lee casi como pensamientos pascalianos.

Así es como se presenta, por ejemplo, el libro de Don Luís sobre el francés, que no es una reflexión al uso sobre el pensamiento de Tocqueville sino un conjunto de facetas de su pensamiento que el lector debe integrar por sí mismo. Es un método parecido al de *Mallorca* o *El Rapto de Europa*.

Y como los paralelismos entre cautivo y cancerbero no son pocos, no debe sorprender que Tocqueville hubiera hablado ya del *rapto de Europa*.

A pesar del océano que las divide, no puedo consentir en separar América de Europa. Considero el pueblo de los Estados Unidos como la parte del pueblo inglés encargada de explotar los bosques del Nuevo Mundo, mientras el resto de la nación, disfrutando de más tiempo libre y menos preocupado por las ocupaciones materiales de la vida, puede dedicarse al pensamiento y fomentar el espíritu humano en todos los sentidos.

Y en otro lugar:

Los emigrantes de Nueva Inglaterra llevaban consigo admirables elementos de orden y moralidad; iban a los desiertos acompañados de sus mujeres e hijos. Pero lo que les distinguía sobre todos los otros era el fin mismo de su empresa. No era la necesidad lo que les obligaba a abandonar su país. Dejaban en él una posición envidiable y medios de vida seguros. No cruzaban tampoco al Nuevo Mundo con la intención de mejorar su situación o de acrecentar sus riquezas. Renunciaban a las dulzuras de la patria por obedecer a una necesidad puramente intelectual; exponiéndose a los inevitables rigores del exilio querían hacer triunfar una idea.

Los americanos podían hacer realidad los sueños de los europeos.

Por eso, Tocqueville se negaba a llamar nueva a la sociedad americana. Había nacido ya adulta, con las ideas raptadas de Europa.

En América "el mundo entero parece [...] una materia maleable que el hombre tornea y trabaja a voluntad", como en la fragua de Vulcano que tanto gustaba emplear Luís Díez del Corral.

Pero dejando de lado estos paralelismos e influencias, hay algo en lo que Don Luís fue siempre muy superior a Tocqueville.

Don Luís fue maestro.

Esta palabra ya no tiene cabida en nuestro mundo universitario.

Las autoridades educativas del día de hoy, indicándonos que no existe tal término en los glosarios aprobados por la UNESCO, nos preguntarían inmediatamente cuáles son las habilidades y competencias de un maestro, cómo le vamos a evaluar, cuáles son los precedentes extranjeros, cómo vamos a explicarlo en nuestro programa, perdón, guía docente, perdón, contrato docente con nuestros alumnos clientes.

Porque hoy los saberes se aprenden a distancia, virtualmente, con autoevaluaciones, en internet, interrelacionándonos, proactivamente, en la nube, con multiplataformas, en directo, en diferido, en *chats*, en multiconferencia, en la web 3.0, en *Second Life*, con hipertextualidad, personalmente, etc.

¿Cómo explicar que lo más importante que enseña un maestro no es un saber sino un método, una forma de vivir? ¿Cómo convencer de que una universidad no debe ser una escuela de oficios sino, como decía Aristófanes burlonamente serio, un fronterion, un lugar para aprender a pensar?

En esta situación, algunos han acudido a buscar la solución en la obra de Jean-Baptiste Botul (1896-1947), el fundador del botulismo, cuyas obras están disponibles desde hace poco tiempo. No serán pocos quienes hayan oído o leído quizá *La vida sexual de Emanuel Kant*, o *Landrú, precursor del feminismo*. En su conocido libro sobre Kant, Botul explica cómo un grupo de filósofos se establece en Paraguay para fundar una colonia basada en la filosofía de Kant.

El libro se cita con frecuencia y puede adquirirse en *Amazon*. Las actividades de los botulistas y sus amigos pueden seguirse a través de Facebook. Poco importa que Botul no haya existido y sea una invención de un grupo de profesores, sus obras se citan al poyo de cualquier tesis. Bernard Henri-Lévi, que viajó hace unos años por los Estados Unidos siguiendo los pasos de Tocqueville, le cita y tiene en estima.

Nada quizá mejor que este hecho muestra las diferencias entre los mundos de los dos viajeros americanos, el de 1831 y el de 2004.

En esta época de hiper-referencias, sobre-producción e hipopensamiento es normal que ocurran estos accidentes.

Don Luís tenía razón, para entender el mundo hay que volver al origen, al mar, al Mediterráneo, a Grecia.

Ya lo dijo Hölderlin:

¿Florece Jonia?; ¿es ya tiempo?, pues siempre en primavera
cuando a los vivientes se les renueva el corazón y despierta en
el hombre el primer amor y el recuerdo de los tiempos dorados,
¡Vengo yo a ti, anciano, y te saludo en tu silencio!

Y así fue con Don Luís.

Como tenía que ser.

Como siempre debe ser.

RECUERDOS PERSONALES

Antonio Elorza

Ante todo, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por haber organizado este homenaje a don Luís Díez del Corral, y al que también fuera mi profesor don Salustiano del Campo por haber tenido la deferencia de contar conmigo. Este año 2011 en que se cumplen los dos centenarios, el suyo y el de su gran amigo José Antonio Maravall, hubiera debido ser la ocasión para profundizar en el significado del magisterio de ambos, que tan unidos estuvieron en vida. Por desgracia, y tal vez por razones personales que desconozco, no ha sido así, a pesar de las iniciativas que intenté sin éxito promover en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Estas dos jornadas adquieren de este modo un especial relieve.

Hay una imagen de Goya que corresponde muy bien a mi juicio a la labor desarrollada tanto por don Luís como por don José Antonio en la Universidad madrileña de la posguerra. Me refiero al dibujo titulado *"Lux ex tenebris"*, donde una joven envuelta en un halo luminoso, ofrece en su vuelo un libro, con toda probabilidad la Constitución de 1812, pero podría también tratarse de la ilustración que disipa la oscuridad aun imperante. En una Universidad donde aun se enseñaba que Ortega y Gasset no era un pensador español o la filosofía se ceñía a aprender las listas de silogismos, adentrarse en la senda que mantenían abierta los discípulos de Ortega, representaba un inesperado reencuentro con la razón y con la idea de libertad. Dentro de la Facultad entonces unitaria de Ciencias Políticas y Económicas, en primer curso, fiel entre los fieles de Ortega, don Paulino Garagorri ofrecía en la sección de Políticas una alternativa a la maraña escolástica que constituía el núcleo de la misma asignatura de Fundamentos de Filosofía en Económicas. Pero el verdadero cor-

te, comparable al que suponían en las materias económicas las enseñanzas de Estructura Económica a cargo de José Luís Sampedro, llegaba en segundo año con la asignatura de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, que impartía don Luís Díez del Corral. La distancia que las separaba, tanto de otras materias históricas del momento en la Complutense como de la literatura vigente en la sociedad franquista, hacía que en buena medida, al menos para mí, su curso, como el de don José Antonio Maravall en cuarto año, tuviese mucho de un itinerario de iniciación, cuyos primeros pasos suscitaban inseguridad y extrañeza. Recuerdo mi propia perplejidad cuando en la explicación de Maquiavelo los datos biográficos y del contexto se reducían al mínimo necesario para enmarcar el análisis de los conceptos claves del pensador, introduciendo en cambio datos de apariencia irrelevante, tales como su relación privilegiada con los clásicos de la antigüedad, que le llevaba a leerlos con vestimenta de romano.

Poco a poco te ibas acostumbrando a permanecer durante las larguísimas clases en un mundo diferente al de las restantes materias. Las explicaciones de don Luís eran sosegadas, incluso premiosas en ocasiones, pero a través de ellas ibas sintiendo, tanto el goce de la lectura que experimentaba el profesor, como el deseo de acercarte tu mismo a los clásicos. Las claves para su comprensión eran diversas: la reconstrucción sistemática de los grandes pensadores, Bodino, Hobbes, Montesquieu, tenía como contrapartida el descubrimiento, salpicado de observaciones incitantes, de escritores utópicos, el severo Thomas More y sobre todo el excéntrico Campanella, cuyas consideraciones de política inmediata llevaban a don Luís a introducir el tema de la monarquía hispánica. El impacto de la clase fue tal que esa misma tarde acudí al Istituto Italiano di Cultura, en el cercano palacio de Abrantes, para hacerme con la edición de los escritos de Campanella a cargo de Corrado Alvaro. Pero el gran momento del curso fue para mí la explicación de Rousseau, desarrollada sobre un itinerario que incluía referencias a la personalidad del autor, tal y como se expresaba en las *"Confesiones"* y en las *"Rêveries"*, así como al papel de la música y del sentimiento en *"Julia, o la nue-*

va *Eloísa*", ofreciendo así claves inhabituales para la comprensión del "*Contrato social*".

Como complemento de las clases magistrales, el curso comprendía unas clases prácticas, dicho sea de paso con lecturas tan poco atractivas para un estudiante diecisiete años como fragmentos de "*La Ciudad de Dios*". Recuerdo que al incorporarme a la cátedra como ayudante, ya en 1964, conseguí dar un salto al espíritu de la década incluyendo como texto de comentario el "*Manifesto comunista*", en una traducción mía, que don Luís aceptó sin problemas, con el comentario de que contenía un elogio de la labor histórica de la burguesía, y así siguió la cosa, con gran éxito de ventas en la tienda del SEU a diez pesetas, hasta el estado de excepción de 1969. Por el momento, en 1961, el punto de llegada en los comentarios era el Segundo Ensayo de Locke, y don Luís insistía en uno de sus temas preferidos, la relación entre pensadores, en aquel caso entre Locke y "el juicioso Filmer", a pesar de la orientación escolástica del segundo. La lectura se configuraba así como premisa de una comprensión del texto donde intervenían una red de conocimientos culturales y de otros autores. Había que huir de la paráfrasis y era obvio que la tarea no resultaba nada fácil. Empecé a sentir un cierto complejo de inferioridad. Creo que fue por entonces cuando don Luís mencionó a un pensador para mi desconocido, de nombre Alexis de Tocqueville.

La dureza de los exámenes de "Ideas" era proverbial. En una carrera facilona como Ciencias Políticas, donde incluso se aprobaba con facilidad la ininteligible introducción a la Sociología de don Salvador Lissarrague, "Ideas" con don Luís y "Pensamiento"—historia del pensamiento político español—, con Maravall, constituían los dos únicos obstáculos. En ambas asignaturas el examen final tenía dos fases, una escrita y otra oral para quienes aprobaban la primera. Según pude comprobar cuando pasé al otro lado del espejo, los exámenes escritos se distribuían entre adjunto y ayudantes, quienes una vez corregidos se reunían en casa de don Luís, en la calle Jorge Juan. Él los revisaba y una vez

establecidas las calificaciones, pedía las razones de algún que otro suspenso para responder razonadamente a las recomendaciones recibidas. La segunda fase consistía en una prueba oral ante un tribunal *ad hoc*, con don Luís secundado por algún ayudante o por el adjunto. A mi me tocó de ayudante al más atípico de la cátedra, un sujeto brillante y socarrón a quien le divertía bastante poco la tesis doctoral que le habían asignado sobre Clarín y cuya pasión era el teatro. Lo que atendiendo a la terminología acuñada por don Ramón Carande, calificaríamos de "un raro". Solo recuerdo que en un momento dado don Luís y el ayudante comentaron el gusto de los dictadores por alejar su residencia de las grandes ciudades, y rieron al citar el ejemplo de Franco (sin nombrarle) en El Pardo.

Al año siguiente don Luís me invitó a participar en el seminario que con José Antonio Maravall dirigía semanalmente en el Instituto de Estudios Políticos. En aquel tiempo, dentro de un ambiente de máxima cordialidad, ejercía una cierta preeminencia en aquellas reuniones donde ambos protagonizaban de modo inevitable unas discusiones bastante informales sobre cuestiones históricas, con escasas alusiones al presente. Los demás seguían atentamente sus alocuciones y de vez en cuando intervenían, poniendo a prueba el propio ingenio. A cada miembro del seminario le correspondía un tema, a modo de iniciación a la investigación y le eran encargadas recensiones de libros para la *Revista de Estudios Políticos*. Aquellos que como yo se incorporaban a partir del curso con don Luís, aun no habían cursado aun la materia de Maravall, situada en cuarto año y, por lo menos en lo que me concierne, dudábamos de que esa segunda parte de "*Ideas*" tuviera el interés de la primera. Maravall se encontraba en el punto de inflexión entre sus trabajos de carga erudita, sobre la España medieval o sobre los pensadores de tiempo de Carlos V, y el salto hacia delante que habían de suponer sus libros sobre la Celestina y sobre las Comunidades de Castilla. En cambio don Luís estaba en un momento de plenitud, con el éxito alcanzado por *El rapto de Europa* que para aquel tiempo suponía una llamara de liberalismo en la visión histórica producida en Espa-

ña. La lectura de sus ensayos sobre las referencias pictóricas en el cine italiano o sobre el cromatismo de las colinas de Saint-Émilion ofrecía sin duda mayor atractivo que los humanistas al servicio del Imperio carolino. Pronto la renovación temática y metodológica en la obra maravalliana restablecería el equilibrio.

El seminario, cuya petición de restablecimiento, siquiera simbólico, no fue por desgracia aceptada por el actual Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, se celebraba de manera itinerante en los salones del edificio de la plaza del Senado. En una ocasión, nos vimos obligados a cambiar de sala, abandonando a su suerte el famoso cuadro de la conversión de Recaredo: tenían una reunión extraordinaria los componentes del Consejo del Movimiento. "¡Vamos!, dijo de inmediato Maravall al mismo tiempo que se levantaba, ¡no sea que nos confundan!".

Por razones que desconozco, el seminario cesó cuando Manuel Fraga Iribarne asumió la dirección del Instituto de Estudios Políticos. A partir de ese momento, el grupo bicéfalo se escindió, si bien algunos compartieron la presencia en los respectivos seminarios, y en las ayudantías, cuando repitieron nota en la asignatura de Maravall. De este modo Juan Trías como adjunto y Facio quedaron del lado de Díez del Corral, incorporándose al seminario de la cátedra un jurista de notable erudición y que más tarde sería su sucesor en la cátedra, Dalmacio Negro. Otro raro. Con Maravall estaban Diego Mateo, como adjunto, y uno más en la colección de raros, Antonio Gimeno. Por orden de aparición en escena e inverso de edad, compartieron adscripción Antonio Elorza, José Álvarez Junco y Mari Carmen Iglesias, pronto inclinada hacia don Luís, sin renunciar a la devoción hacia Maravall. Más tarde llegó la sobresaliente aportación a la Cátedra, procedente de Venezuela, con Francisco Rubio Llorente y Pedro Bravo. Díez del Corral había mantenido una excelente relación con Manuel García Pelayo, cuyo estudio sobre las formas de organización política prehelénicas nos recomendó, amen. Fue para mí el inicio de una preocupación por temas que luego integraría al enseñar historia del poder.

Como es sabido, los años sesenta estuvieron marcados por una creciente politización. No recuerdo, sin embargo, que en el seminario de don Luís la situación política fuera objeto de comentario alguno, más allá de una referencia suya a las encíclicas de Juan XXIII, susceptibles de cambiar la imagen de la izquierda. En ésta se situaron los discípulos de primera hora, con variantes de adscripción e intensidad, excepto Dalmacio, y ello incidió sobre el contenido de las clases prácticas, pero no en el funcionamiento general de la Cátedra. Cuento esto por lo que luego vendrá. Por su mentalidad, asentada sobre una sólida posición económica, y sobre todo en unos antecedentes biográficos y familiares a los que nunca hacía referencia, don Luís se mantuvo siempre en una línea de liberalismo europeísta, sin inclinación alguna hacia las variantes de socialismo que cobraron auge durante la década.

De hecho en las sesiones de seminario el aprendizaje de los discípulos, por lo menos en mi caso, proseguía. Eran tiempos de reflexión en que don Luís giraba una y otra vez en torno al pensamiento de Alexis de Tocqueville, y particularmente a su relación con Pascal. Por su propia conformación intelectual, don Luís optaba por el ejercicio del *"esprit de finesse"* antes que por el *"esprit de géométrie"*, de acuerdo con la distinción pascaliana. No se trataba de una anatomía del pensamiento político, sino de adentrarse en sus matices, reconstruir sus implicaciones y trazar puentes con la obra de otros grandes pensadores. Podías imaginar que en el espléndido marco de su biblioteca, Díez del Corral se abstraía del mundo exterior y buscaba un diálogo con sus clásicos al modo que Maquiavelo lo hiciera con los suyos. Desde los tiempos de su obra de juventud, El liberalismo doctrinario, le habían atraído las corrientes de pensamiento que rehusaban el dualismo propio de los enfrentamientos ideológicos, característicos del tiempo de revoluciones inaugurado en 1789 y que seguían dominando la escena en la década de 1960. Y le atraían lógicamente aquellas figuras históricas que se habían negado a ceder al maniqueísmo, incluso al precio de las propias vidas. Por ejemplo, Malesherbes, que primero se había opuesto al absolutismo en defensa de los Parlamentos, para más tarde asu-

mir la defensa de Luís XVI ante el tribunal revolucionario, siendo por ello guillotinado. Pero sobre todo su polo de atracción era Tocqueville, capaz de elaborar un espléndido análisis de la democracia, sin ser demócrata y también sin renunciar a una pormenorizada descripción de los logros de la democracia americana, capaz asimismo de ahondar en las raíces de la centralización revolucionaria a partir del conocimiento del Antiguo Régimen. Como sabemos, Díez del Corral veía en una categoría social específica del Antiguo Régimen francés, la "*noblesse de robe*", la nobleza de toga, disociada tanto de la nobleza del privilegio como de las capas populares, la portadora desde el Antiguo Régimen a Tocqueville de ese distanciamiento racionalista que permitía la elaboración de análisis y de conceptos políticos por encima del entramado de intereses inmediatos, huyendo siempre de la simplificación.

Si las clases de don Luís seguían la pauta de una reflexión lúcida y sosegada, las sesiones de seminario respondían a la misma regla. Con el tiempo, la relación iba haciéndose más cordial. Recuerdo la época en que me eligió para colaborar con él en la selección de trabajos de un premio de historia, con un nivel muy alto, y que sería finalmente atribuido a Gonzalo Anes. Incluso hubo una anécdota divertida cuando el Circo de la URSS vino por vez primera a Madrid. Su última función coincidió con una sesión de corrección de exámenes escritos en su casa, a última hora de la tarde. Llegado a un punto, nos confesó que tenía unas ganas enormes de asistir a la misma. Así que salimos todos con destino al Palacio de los Deportes. Pero no había ya localidades. Era curioso ver a don Luís, con su alta estatura, tratando de ver algo desde la entrada. Me tocó hablar con los responsables de la función para explicarles quien era aquel señor que iba a quedarse muy frustrado sin ver el circo. Fueron amables, y le ofrecieron un buen sitio, mientras los colaboradores nos quedamos esperando en un bar de la calle Felipe II hasta que la función terminó. No sé si aun volvimos a su casa para terminar la corrección.

Entre tanto, las relaciones entre los colaboradores también se estrechaban. Por lo que me toca, en las noches de verano salí más de una vez a callejear con Dalmacio y con otro raro, éste ya raro entre los raros, Carlos Moya. Los dos hablaban durante horas de cuestiones teóricas que yo no entendía. Mientras siguió en la Cátedra, los trabajos teatrales de Ángel Facio, un maestro de Almodóvar en exceso conceptista, eran una ocasión para mirar a otros horizontes. Con José Álvarez Junco jugaba al fútbol los domingos y con Mary Carmen —más su marido Vidal, otro futbolista— la relación era variada, y terminó dando lugar a un libro conjunto sobre historia del pensamiento social español, titulado *"Burgueses y proletarios"*. Juan Trías era mayor que nosotros, y además el adjunto de la Cátedra. Nos llevábamos todos espléndidamente con él, aunque por edad y carácter no había el mismo grado de confianza. En broma le calificábamos cariñosamente de Pompidou, teniendo en cuenta que don Luís era un personaje al que cuadraba bien la comparación con De Gaulle. Llegados tarde, Rubio y Bravo no se integraron en lo que ahora se llamaría la red. Por supuesto, don Luís era consciente de las excelentes relaciones contraídas entre sus colaboradores. Más allá de eso, las cuestiones privadas no le concernían.

El encanto se rompió por la incidencia de una variable ajena a la voluntad de todos. El 68 no trajo consigo cambio alguno, pero sí una cierta agitación entre los estudiantes que soportaban mal el nivel de exigencia de la Cátedra. Fue ya en los primeros 70 cuando esa propensión al conflicto se vio activada por uno de los líderes radicales de la juventud de entonces, apodado Intxausti, a quien no se le ocurrió otra cosa que montar un juicio crítico en plan maoísta contra don Luís, que se abrió con una interrupción de su clase y la lectura por el sujeto de "La ideología alemana", a su entender verdadera ciencia de las ideas. Tal y como era de esperar, don Luís se negó a participar en la mascarada, y nos tocó a algunos de sus colaboradores —Trías, Rubio, no recuerdo a todos— afrontar la desagradable tarea de refutar las acusaciones, algunas demasiado bien elaboradas. Nunca olvidaré aquella aula escalonada de San Bernardo, con la clase a

reventar y un inesperado clima de hostilidad que se materializaba una intervención tras otra.

El episodio afectó notablemente a don Luís, y también debieron afectarle los rumores en torno a su autoría y desarrollo. De hecho yo no me enteré de la hazaña capitaneada por Intxausti y los suyos, en cuanto a su génesis y autoría, hasta pasado más de un cuarto de siglo, justo después de la muerte de don Luís. El trabajo intelectual de don Luís siguió, así como la estimación y el respeto hacia él —hablo por mi mismo—, pero en lo que concierne a la red creada en los 60 y a su propia actitud, el cambio entonces inexplicable resultó evidente, incluso en cuanto a la cordialidad de su trato. Él volvió al recinto dorado de sus reflexiones y de sus lecturas de los clásicos, y ahí está su obra para atestiguarlo. Pienso no obstante que en la historia debe tener asimismo su lugar la expresión de la tristeza.

RECUERDO DE DÍEZ DEL CORRAL

Víctor Márquez Reviriego

El martes 7 de abril de 1998 llamó a mi casa con urgencia Carmen Iglesias, directora del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, para decirme lo que ya temía. «Don Luís ha muerto». ¿Quién era este “Don Luís”? Fue conocido en el siglo como Luís Díez del Corral y Pedruzo, riojano de 1911, joven letrado del Consejo de Estado, catedrático de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, académico de Bellas Artes, de Historia y de esta Academia que ahora me honra al invitarme a tratar de él, y de la que fue presidente, y donde un extraordinario retrato de Álvaro Delgado recuerda la importante presencia de su ausencia.

Desde hacía cuarenta años, para mí y para sus alumnos, antes y después, era sencillamente “Don Luís”, en respetuosa reducción que no necesitaba de patronímicos ni más acompañamiento.

Aquel mismo martes, poco después, llamó Rogelio Rubio, amigo de siempre y profesor de Antropología en la UNED; y algo más tarde Eduardo Sotillos, periodista de Radio Nacional para pedirme unas palabras... Todos alumnos de Don Luís... Escribí sobre él mi artículo diario de *ABC*, que se publicó al día siguiente, y luego fui con Rogelio a la casa de la calle Jorge Juan. Nos abrió la puerta Dalmacio Negro, catedrático y antiguo alumno... En aquella hora, la casa ya estaba llena de gente. Y allí, en el vestíbulo sobre una mesa baja, estaban los cuatro voluminosos tomos de sus *Obras Completas*, recién editadas por el citado Centro, el antiguo Instituto de Estudios Políticos. Sentado al lado las hojeaba don Antonio Truyol, también antiguo profesor mío con el que mantenía relación frecuente, y que días más tarde me

contó que Don Luís, ante tantas páginas por vez primera reunidas y que aún alcanzó a ver, había dicho:

—¿Todo esto lo he escrito yo?

Sí, casi cuatro mil páginas; y más todavía, según puede comprobarse en la tesis doctoral del profesor González Márquez, mi sobrino, que hace acopio de escrituras sueltas y no incluidas, entre ellas un artículo sobre Aron que yo encargué a Don Luís para el semanario *Cambio 16*.

Salí de Jorge Juan con Salustiano del Campo, vecino mío, y quedamos en acudir juntos al entierro. Pero aquella misma tarde llamaron desde Huelva para decir que mi madre estaba muy grave: murió a la semana siguiente... Meses después, en otoño, tuve el honor de ser uno de los cinco presentadores de las *Obras Completas*. Treinta y nueve años más tarde de que asistiera a su primera clase, y casi por casualidad. Porque yo regresaba a Madrid, donde algún tiempo estudié matemáticas y biología en una academia preparatoria para el ingreso en la escuela especial de Ingenieros Agrónomos, sin saber a qué, tras un curso perdido en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad de Sevilla.

Siempre era invierno en el Madrid de entonces. Incluso en aquel octubre otoñal de 1958, cuando venía de la luz al gris, pues Madrid resultada agrisado al compararlo con la luminosidad bética... Lo primero que solíamos hacer los estudiantes al llegar a Madrid era comprar el diario *Ya*. No por acendrada inclinación al gremio pío, sino por su succulenta sección de anuncios por palabras, con tantísimas pensiones y habitaciones para alquilar.

Una vieja querencia me llevó a elegir una casa particular en las cercanías de la calle de San Bernardo. Era de una anciana viuda que todavía se refería a ella como la Calle Ancha, como si estuviéramos en los barojanos tiempos de "*La busca*". Su hijo, un esmirriado paseante en corte sin oficio ni beneficio, dedicado fundamentalmente a la peroración fazañosa sobre el pasado rela-

tivamente no lejano, me contaba de los días republicanos cuando acompañaba a Miguel Primo de Rivera, el hermano de José Antonio, en las prácticas de tiro que hacían en el enorme sótano de la casa de un marqués o conde o algo así por las cercanías de la Gran Vía, acaso entonces avenida de Pi y Margall y luego de José Antonio... Para ponderar el tamaño del pistolón, metralleta o lo qué fuese con que disparaba abría los brazos con toda la envergadura gloriosa de un águila imperial.

A poco de instalarme me acerqué a la antigua Universidad, al tónico y típico viejo caserón donde todavía estaba como única ocupante la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, la de más corta existencia y de más largo nombre en los estudios universitarios. Mi amigo Enrique Pedrero, compañero en nuestro bachillerato sevillano, estudiaba segundo de Políticas. Fuimos a la cafetería Colombia, en la acera de enfrente, y allí me dijo que con mis lecturas aquella carrera parecía pensada para mí. Volvimos luego a los anchos pasillos, grises, monacales y sucios —sobre todo sucios con el polvo acumulado desde la época del padre Nitard— y leímos el cuadro de asignaturas y profesores... Conocía por lecturas y oídas a varios de ellos: a Paulino Garagorri por su intervención en las casi legendarias conversaciones cinematográficas de Salamanca, a Uría por su amistad con los aún no llamados Laínes, a Díez del Corral por un bello libro sobre *Mallorca* de la editorial Juventud y algunos ensayos de historia, acaso uno de cine; a Garrido Falla por amigo de mi tío Sixto Agustín; a Luís de Sosa por sus charlas en televisión con un libro en las manos; al todavía no tan notorio Fraga, tal vez por aquella conferencia de Dalí en el María Guerrero; a don Valentín Andrés Álvarez por su adscripción al 27; a José Luís Sampedro por la novela "*Congreso en Estocolmo*"; a Castañeda por la Escuela de Industriales; a Velarde por sus artículos periodísticos... En fin, no todo me era extraño allí.

El nombre de las asignaturas lo encontré más largo que un día sin pan. Acostumbrado a títulos cortos y precisos (Biología, Trigonometría, Álgebra, Física...), aquellos nombres parecían obra

de un alemán no enclítico.: Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, Sistemas de Organización Política Contemporánea, Política Social Agraria e Industrial, Historia de las Instituciones Político Administrativas de España, Derecho Público Eclesiástico y Relaciones de la Iglesia y el Estado, Teoría General del Derecho Administrativo y principios de Ciencias de la Administración, Derecho Político Español y Doctrina del Movimiento Nacional...

El caso es que a la mañana siguiente estaba matriculado por libre en los dos primeros cursos, y guiado por la ya veterana mano de Pedrero y la reconocida auctoritas del gran Justo —bedel de los bedeles— hice mi composición de lugar sobre incompatibilidades y horarios, asignaturas llaves y dificultades para enfrentarme al curso, a los dos en uno. Dejé la asignatura de Don Luís, ya sincopada como Ideas, para el curso siguiente.

La puerta principal del antiguo noviciado permanecía cerrada desde los sucesos de 1956, cuando varios estudiantes rompieron alguna de las cinco flechas del escudo de Falange colocado en el vestíbulo (en alguna carpeta perdida tengo censado el nombre de casi una docena de estudiantes que afirmaban haber sido ellos los autores de la contestataria fractura: ¡en la real realidad fueron solamente tres!). Entrábamos por una puerta lateral, esquina de la calle de los Reyes, recoríamos el largo pasillo con dos recodos en ángulo recto, y a la derecha del último tramo estaba el aula habitual de segundo curso, con la decimonónica tarima para el profesor y bancos corridos y escalonados para los alumnos.

Como, en detrimento de Filosofía y Letras, Políticas había pasado a ser la carrera de moda entre las no muy numerosas chicas que entonces estudiaban, nuestra Facultad tenía en sus primeros cursos una alta representación femenina. También vale aquí lo de "alta" en el sentido de clase social, pues cuando algún profesor pasaba lista, ésta parecía seguir las cotizaciones de bolsa o el Gotha económico. Recuerdo entre otras a una morena y una rubia. Ésta una Entrecanales y a la morena Beatriz Aguirre,

hija de don José María Aguirre Gonzalo, el prohombre de Banesto. Se comentó luego por los pasillos que, en el examen oral de Ideas, Don Luís le había dicho algo así como "Beatriz, hija, háblame de Maquiavelo". No lo sé, yo no estaba; pero si non e vero e bene trovato, porque la esposa del profesor era Rosario Garnica Mansi, hija ella del casi legendario don Pablo Garnica y Echevarría, otro prohombre de Banesto antecesor de Aguirre. Tan prócer de aquel Banco (entonces los bancos se escribían con mayúscula) que en la sede central de la entidad financiera, cabe calle Alcalá junto a Sol, a la entrada había un busto de bronce con esta sola indicación "Don Pablo". Otra reducción simbólica.

A veces se compaginaban los estudios de Políticas con Derecho, o viceversa; habría alrededor de una docena de asignaturas comunes, aunque en Derecho con nombres más cortos. Ese era el caso, por ejemplo, de alumnos como Jorge de Esteban, Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, el hijo de Rodrigo Uría o Carmen Prieto Castro, espectacular hija del decano de Derecho y supongo que todavía no esposa del ya casi ubicuo Ramón Tamames. Carmen tenía un vuelo de faldas airoso y sugerente; en ocasiones llegaba de las últimas a clase, ya casi empezada, y se sentaba en los escaños de arriba. Subía por el pasillo central, y aquella atractiva ascensión provocaba un giro de las cabezas a la derecha o a la izquierda según la correspondiente situación del componente masculino del alumnado, como en un fugaz partido de tenis.

Allí en aquel pasillo estaba la clase de Don Luís, martes, jueves y viernes de 1 a 2.

El profesor parecía un gentleman, un como lord: no ofensivo y ajustado bigote, mirada lejana y serena, trajes grises entre severos y distinguidos, en ocasiones sombrero de ala rígida... A mí me recordaba las fotos de mister Eden, aquel elegantísimo premier británico. También era un decir de los pasillos que al término de la clase aparecía en ellos su chofer con los palos de golf para ir al Club de Campo. Supongo que así era, aunque yo no sabría decir si eran palos de golf o raquetas de tenis. Seguramente

el golf le cuadraba más a un Don Luís que ya frisaba los cincuenta años, lo cual a nosotros tan jóvenes nos parecía mucho.

Daba las clases como si hablara en una tertulia (quede muy claro que no de las actuales y gritonas en la televisión tomatera, sino como en un club londinense). Siempre sentado, a diferencia del pronto suicida Arboleya que lo hacía de pie y dictando con retórica vehemencia intelectual sus lecciones de Sociología. En la suasoria sedente de Don Luís nunca había vehemencia. Como casi las había, por ejemplo, en las expeditivas y madrugadoras clases de Fraga, con saberes de mariscal y modales de sargento, o en las explicaciones ante la pizarra de Fuentes Quintana, enérgicas, convincentes y de una claridad absoluta... Por supuesto que igualmente claras resultaban las de Don Luís, pero de otra manera. No era raro que dijera "el bueno de Hegel", como si el severo filósofo fuera un contertulio más de nuestro club que aquel día no había podido venir. O, soltaba de pronto, "pero ¿dónde metemos a Marx?", como si no se tratara de la historia de las ideas sino de un no esperado compañero de viaje al que habíamos de acomodar a última hora. Tenía Don Luís una rara mezcla de distancia y cordialidad. Quiero decir que casi imponía dirigirse a él, pero cuando se le hablaba era cercano, con una afabilidad casi tímida, tan alejada de su aspecto un tanto mayestático... Un día, por algún lío de horarios, las chicas no asistieron a clase. Podemos imaginar que, ante un caso así, podría haber habido un profesor que reaccionara de manera tronante. Nuestro hombre se limitó a comentar: «Entonces podemos contar chistes verdes». Y a continuación pasó a explicar el concepto de soberanía en Bodino, que no resultaba hondamente pornográfico.

De más está decir que era un liberal, y no sólo por su inigualada tesis sobre el liberalismo doctrinario.

Lo era, pongamos por caso ejemplar, en su equipo de profesores ayudantes. En mi tiempo, éstos eran tres: Luis González Seara, Juan Trías Vejarano y Ángel Facio... Estaba también Salustiano del Campo, mas éste era caso aparte, porque sin ser todavía cate-

drático ya casi lo veíamos como tal; mayor en edad, saber y gobierno que la juvenil trinidad. A Seara, Facio y Trías no los imaginábamos entonces dando una clase por muy doctos y doctores que fuesen. Salustiano según recuerdo, y además veo en los cuadernos con los apuntes de clase, sí que lo hizo más de una vez. Leo el encabezamiento del martes 10-XI- 1959: "Salustiano del Campo". Nos explicó nada menos que a Platón, aquella semana. Al martes siguiente, 17-XI-1959, ya estaba Díez del Corral; de vuelta de un viaje tal vez a Japón, y así empezaba: «Las ideas no se entienden nunca tomándolas una a una, sino viéndolas dentro de un contexto donde se encajan»... A esto me referiré después, porque me parece muy significativo en el pensamiento de Díez del Corral, tan extenso y tan variado en el campo de su saber... Pero antes quisiera señalar como veía yo a sus tres ayudantes: Seara, ya cercano a Fraga, era el posibilismo pretransitivo; Trías, la izquierda marxista ortodoxa; y Ángel Facio la izquierda que muy tempranamente presagiaba ya el mayo del 68, un Cohn Bendit *avant la lettre*. Facio era hombre de teatro y poeta, uno de los diez poetas de la Facultad reunidos en una antología de la delegación del SEU. En el prólogo escribía don Valentín Andrés, el querido decano: «Cuando me dijeron que en la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales había diez poetas, me quedé, como Decano de la misma, como el capitán de un barco a quien le dicen que llevaba a bordo veinte polizones». Afirmación de retórica y afectuosa ironía, pues don Valentín, aunque ya no ejerciente como tal, era también poeta y a su peculiar manera miembro de la Generación del 27... Había en la Facultad un Aula de Poesía, con recitales en una sala diminuta y de sombrío aspecto del que acaso se llamaba Pabellón Valdecilla. Allí leyó cuentos suyos el todavía poco conocido Lauro Olmo y poemas a Ángela Figuera Aymerich con su impresionante voz rota. Y Facio un poema titulado "Existencialismo" con un verso que hablaba de la nada sin nada, algo así como una sartriana versión celtibérica de la nada que se nadifica.

En la existencia de las clases era todo con todo. Quiero decir que el profesor nos hacía asomar a un amplísimo horizonte cul-

tural. Añado que eso era habitual en aquella querida Facultad, de la que uno podría decir lo mismo que cualquier folklórica o "miarma" de su público. O sea, "a la que tanto quiero y a la que tanto debo". Cuando veo la justificada devoción memoriosa de Julián Marías por su Facultad de Filosofía y Letras en los años republicanos, pienso que no es menor la mía por la mía de aquellos cursos entre 1958 y 1962. Ese débito, general a todo o casi todo, resultaba mayor con Don Luís tanto por su propia y variada cultura como por la misma índole de la asignatura, ciertamente abarcadora de buena parte del saber humano. Un índice onomástico de los aparecidos en sus clases ocuparía páginas y páginas. Y no lo compondrían solamente personajes relacionados con lo político. No. En el elenco de convocados a la ilustración de sus charlas se traslucía el profesor humanista. Allí oí hablar por vez primera de Aron o de Panofsky, pongamos por caso de futuras lecturas. Y de tantos más, algunos desconocidos y otros ya familiares de lecturas pasadas. El universo era grande. Ya el propio profesor nos había dicho en una clase, 17-XI-59, que "la política está potencialmente presente en todos los sectores de la vida, aunque sea como ausencia". Y si unimos a esto lo antes recogido del encaje de las ideas en su contexto, nos daremos cuenta de porqué se comentaba tanto en los pasillos que lo más importante para los exámenes de Don Luís era "saber relacionar".

Es importante señalar esto de "lo más importante": en eso está una de las claves del pensamiento de Díez del Corral: relacionaba todo con todo. Y eso lo sabemos muy bien los asistentes a sus clases. En una de ellas dijo: «Las relaciones siempre están bien, aunque puedan ser erróneas».

Y aquí tenemos otra clave, no ya personal de Díez del Corral sino general a toda investigación científica donde se trata de poner en relación con algo a los datos obtenidos de un análisis. Y ahí siempre existe la posibilidad del error. A mi admirado Faustino Cerdón le escuche una vez decir que la historia de la ciencia era una acumulación de errores, hasta que tras alguno de

ellos surgía la luz. En ella los éxitos y aciertos son gloriosas islas surgidas de todo un océano de intentos fallidos.

Muchos años después de mi paso por la Facultad, asistí a una conferencia del neurólogo francés Henry Laborit, y en ella afirmó: «El concepto de relación es la base de todo». No se refería a la historia de las ideas, sino al complejo y fastuoso mecanismo que las producía: el cerebro. Y no anda lejos de eso la teoría del “darwinismo neuronal” del norteamericano Gerald Edelman... También nosotros, modestamente claro está, llevados por el magisterio de Don Luís tratábamos de poner a nuestras neuronas en constante urdimiento de sinapsis para relacionar unos pensadores con otros... Recuerdo que en el examen escrito sobre David Hume —un pensador tan querido del profesor— yo monté una sinapsis más imaginativa que lógica y aquello más que relación parecía un salto mortal, pues con esto de la incertidumbre vine a matrimoniar a Hume nada menos que con el principio de indeterminación de Heisenberg, lo cual promovió una encontrada división en los profesores ayudantes examinadores resuelta salomónica y benévolamente por el catedrático... Al fin y al cabo, yo seguía sus enseñanzas... Más de una vez nos insistía en que los manuales de historia de las ideas dejaban fuera a las tres cuartas partes del mundo, porque estaban ausentes Rusia, India, China... Y remataba: «Si queremos ver las raíces históricas de Nehru, Mao, etc. habremos de ir a la historia de su cultura y pasado... ¿Y cómo encajamos eso en nuestra historia de las ideas políticas?»... Sí que lo encajaba él con eso que Gracián llamaba «agudeza de la docta erudición». Y me apresuro a señalar que, en contra de como se hace en la cada vez más frecuente propensión a la chabacanería, aquí la palabra erudición no es peyorativa sino dignísima. Me acuso de que yo mismo —acaso por temor a lo que el genial Gauss llamó “gritería de los beocios”— prefiero hablar de saber y no de erudición. La zafiedad no ha llegado, al menos todavía, al menos-cabo de la primera palabra, o sea, al saber. Pero, en fin, aquí hablábamos de dignísimas cosas.

Y ahí tenemos otra clave de Díez del Corral. Hace poco, con motivo del centenario que ahora conmemoramos, el antes citado profesor González Márquez publicó un artículo sobre nuestro hombre, y lo tituló "la dignidad del pensar". De ahí copio. «Si la pasión velazqueña acompañó a Díez del Corral durante toda su vida, Tocqueville fue su prisión intelectual desde los tiempos de juventud cuando escribía sobre los doctrinarios franceses y se acogía al dictum tocquevilliano según el cual en el pensamiento está nuestra dignidad como hombres». Algo en línea de los juncos o cañas pascalianos: *«Toute la dignité de l'homme est en la pensée»*.

A propósito de los referidos manuales, digamos que en clase el recomendado era el de George H. Sabine, editado en castellano por el Fondo de Cultura Económica con traducción de Vicente Herrero, pero no vendido en España y por eso entonces inencontrable. En la biblioteca del Ateneo había un único ejemplar que nos disputábamos los alumnos de Derecho y de Políticas. Cuando todavía las bibliotecas españolas (incluida la nuestra de la calle Noviciado) tenían tardíos y exiguos horarios, el querido Ateneo por feliz oposición abría ininterrumpidamente de ocho de la mañana a una y media de la noche, creo recordar. Yo era madrugador y solía pedir el "Sabine" (dicho "Sabain") muy temprano. Todavía Javier Pradera no había traducido para Tecnos el más generoso manual de Jean Touchard... Del otro decía Don Luís: <<Si tomamos el Sabine, nos hallamos con una serie de pensadores... pero ¿en qué relación se hallan unos con otros?>>. Tarea suya era construir las pasarelas de comunicación entre unos y otros. Era un pontífice de la relación.

UN EJEMPLO PRÁCTICO

En marzo de 1960 murió Marañón. Se supo la noticia, me parece, poco antes de la clase de Ideas. Don Luís cambió la explicación de aquel día y dedicó la hora entera al doctor. No para hablar de las glándulas endocrinas o del diagnóstico etiológico,

sino de Marañón como humanista y en especial como historiador de personajes singulares, el Conde-Duque, Tiberio, Antonio Pérez, Enrique IV... Y por supuesto el Greco y Toledo, tan cercanas a Don Luís la ciudad imperial y la pintura. Sin duda, el Greco no tan familiar como Velázquez.

Aquí tenemos un ejemplar servicio a la actualidad. No en el sentido rabioso de la palabra, ese de la rabiosa actualidad que muerde. No, y sí en su más hondo y trascendente sentido. Que es el alejado del torpe presentismo hoy tan frecuente, que la mutila de su radicación en el pasado y de su proyección en el futuro... Como por los imprevisibles azares de la vida (y entre ellos está la muerte) tuve que dedicar toda ella al ejercicio del que se llamó pícaro oficio, el periodismo, puedo afirmar y afirmo que la suplantación de la actualidad por el presentismo ha ocasionado la casi total desaparición y muerte en España de los semanarios de información general y está hiriendo, espero que no mortalmente, a los diarios... Me peta señalar esto porque esa distinción entre actualidad y presentismo no era ajena al clima intelectual reinante en las clases de Ideas. Para mi colete queda el dilucidar si esto me ayudó o me perjudicó en el ejercicio de una profesión tan proclive a lo rabioso. Pero quede muy claro que esto no es un reproche y en todo caso jamás iría dirigido a la fuente del saber, sino a un tiempo donde la cultura ha pasado a formar parte del espectáculo. Yo señalo mi gratitud de alumno, y en eso creo responder a la verdadera significación de la enseñanza, merecedora de gratitud por parte del que la recibe. La enseñanza fecunda, y lo era con nuestro Don Luís, tiene un doble sentido. Por parte del profesor es un acto de generosidad, una donación que en los casos de auténtico magisterio incluye también el ejemplo personal, el talante. Por parte del alumno está esa gratitud y el ejemplo de ese recuerdo para la vida futura. La gratitud es hija de la memoria, como también lo es el rencor, aquí fuera de lugar. Si aplicamos los términos del mercado está muy claro que las clases no se dan, es decir, no se regalan. Se cobran, muy mal y tacañamente remuneradas por cierto... Pero el lenguaje va más allá, y sus palabras son en ocasiones como la vara del zaho-

rí que parece temblar de emoción con el descubrimiento del agua o la realidad oculta. Por eso el lenguaje habla de "dar una clase", no de "vender una clase". Porque toda venta incluye un precio a cambio de la mercancía o servicio, y en el fondo de la enseñanza lo que se recibe no puede valorarse, apreciarse, en el acto sino a lo largo del tiempo. Y resultaría imposible fijar un precio por eso precisamente, porque en unos la semilla cae en buena tierra y fructifica y en otros se pierde... Así, al menos, lo veo yo. Y de ahí mi aprecio por nuestra Facultad y la mayoría de sus profesores, a los que en precios de mercado no habría tenido dinero para pagar lo de ellos recibido.

Por motivos diversos con algunos de estos catedráticos tuve relación luego. Con Carlos Ollero, vecino de la revista *Triunfo* donde tantos años trabajé, un trato casi diario con tertulias en las cafeterías de la zona. Ollero era muy de barra de bar, y cuando a Gómez Marín le encargué la reseña del libro que editaron en su homenaje habló en ella del "socratismo ágrafo" de don Carlos... A Garrido Falla volví a encontrarle en su puesto de letrado de Cortes, aquellos promisorios años de la Transición, cuando yo hacía crónicas parlamentarias. También a Fraga, letrado también, aunque entonces ejerciente de constante parlamentario opositor. Juan Velarde, por su parte, me animó a una tesis doctoral nunca acabada sobre los ingleses en Riotinto. Rodrigo Uría era frecuentador de la librería Turner, y padre del amigo Rodrigo. A Truyol lo traté bastante, no en sus tiempos de la calle San Vicente Ferrer, cuando los sábados por la noche iba al Comercial a leer a sus clásicos y friolero como era no se quitaba ni abrigo ni bufanda, sólo el sombrero por el aquel de la cortesía...

Y entre otros a Don Luís. Estaba en el tribunal cuando hice el examen de Licenciatura, al que no pude presentarme en su día por la inesperada muerte de mi padre. Tuve que dedicarme al periodismo, donde no era difícil entrar pero donde es casi imposible salir. Antonio Elorza, colaborador habitual de *Triunfo* y ya profesor en la Facultad, me había apuntado al examen (fue en

marzo de 1973, al día siguiente de la muerte de Picasso). Con Díez del Corral estaban en el tribunal Ollero, Garrido, creo que Truyol, y yo les resultaba más familiar que la mayoría de los examinandos. Porque en pocos años la Facultad había cambiado mucho. Las clases, ya en la Ciudad Universitaria, no eran reuniones de una, dos o tres docenas de alumnos, sino multitudinarias congregaciones, todo un cardumen de estudiantes... Poco antes de jubilarse, una tarde que paseábamos por el andén central de la Castellana, me dijo Don Luís:

—No esté usted pesaroso por no estar en la Universidad. No puede imaginar cómo está aquello.

Y tanto. Supe de aquel tristísimo episodio del juicio crítico o cómo diablos se llamara, pero de eso jamás quise preguntarle nada. Imagino su dolor ante aquella vergüenza ajena, tan opuesta a su ironía cortés y a su afabilidad tímida, en un tiempo en el que ya buscaba tranquilidad para la escritura de su obra... Una tarde, ya casi de noche, fui a llevarle a su casa de Jorge Juan fotocopias de un artículo de Cernuda sobre Hölderlin. Estábamos en la biblioteca esquina a Jorge Juan y a Claudio Coello. Tenía una falcata ibérica sobre un plúteo. Con ineducada curiosidad, yo ojeaba todo y sobre la mesa vi un carnet del Ateneo. Don Luís reparó en ello, y me dijo:

—Otra vez tengo que volver allí porque Chueca me ha pedido que esté en una mesa electoral. No entiendo como Fernando y Joaquín se meten en estos jaleos, ¡A nuestra edad!

Se refería a una elección en la que Chueca y Ruiz-Giménez competían por la presidencia. Quizás ganó Chueca. No sé, yo no era ya socio.

Alejado Don Luís de tantas cosas, tengo el orgullo de que a las pocas que le solicité acudió amigablemente. Por ejemplo, el artículo ya citado sobre Aron (*Cambio 16*, nº 739, 27-I-1986). O, antes, una larga entrevista que le hice en la UNED, dentro de

unos cursos sobre escritores españoles y siendo vicerrector de extensión cultural o algo así Emilio Lledó. Y todavía antes, en el verano constituyente de 1977. En un pleno Fraga, que a veces utilizaba técnicas de trinca en las réplicas a otros diputados, negó a Peces-Barba algo que éste atribuía a Maquiavelo. "Las citas que se hagan hay que compulsarlas", le afeaba. Trataban de *El Príncipe*... Fui rápidamente a la hermosa biblioteca para ver el texto verdadero, y un ujier me dijo que Martínez Emperador acababa de llevarse los seis o siete ejemplares que había allí. Martínez Emperador era diputado de Alianza Popular y en tiempos del régimen llamado anterior fue gobernador civil. Fraga, líder del partido, había comisionado al antiguo poncio para que hiciera desaparecer las pruebas... Entonces telefoneé a Don Luís para que me aclarara la verdadera realidad de aquella discusión, sobre si el florentino había escrito nación o patria. Por fortuna, aunque ya estábamos en julio, el profesor no se había marchado de verano a Noja, donde tanto iba. Como a Toledo, en el cigarral creo que restaurado bajo la dirección de Chueca en 1972.

En una carta manuscrita a Don Ramón Carande —con cuya amistad y la de su hijo mi semitocayo Bernardo Víctor tanto me honré— terminaba nuestro hombre, tras el "un fuerte y muy agradecido abrazo de su buen amigo", de esta manera: «He terminado de escribir estas páginas mirando a Toledo, ya nocturno, desde la ventana del cigarral, al fin concluido. La vista es muy hermosa, histórico-geográfica. Ahora caigo en la cuenta que he venido a instalarme en un cuadro que está muy de acuerdo con lo que páginas atrás le decía. Espero que pronto puedan venir aquí. Suyo afectísimo...». La carta es interesantísima y muy reveladora de la persona y personalidad de Díez del Corral, que habla en ella de haberla escrito en "tono de confesión"... Manuscrita según señalé y con membrete del consejo de Estado, letrado mayor, particular... Más de una vez, en alguna tarde, acompañé a Don Luís desde su casa al Consejo, del que en otra carta a Carande dice: «Del Consejo han salido banqueros, políticos —los más vanidosos y los más tontos—, abogados en ejercicio y no pocos catedráticos con auténtica vocación intelectual».

Lo último vale como autobiografía de este intelectual poliédrico y complejo, del gran humanista a cuyo entierro no puede asistir. Pocos días antes su mujer, Rosario, me contó de la gravedad irremediable desde la habitación 6622 de la clínica madrileña de la Concepción.

En esta Academia que tan suya fue, como de otras, él, que parecía haber nacido académico, y sin duda lo habría sido de la platónica de haber vivido en aquella Grecia que tanto amaba y de la que tanto sabía, pues aquí. Decía, quisiera terminar con un recuerdo ajeno, yo que con tantos personales les he fatigado.

Es una historia de amor, platónico también, y romántico, y de la *Belle Epoque*, y además de Zarauz... Pero, no. Mejor que lo cuente algún día alguien de esta casa, Demóstenes que fue de la Transición y autor de cuentos de misterio y terror. En esta historia de amor no hay terror, sí misterio.

Muchísimas gracias por su atención y perdonen ustedes este desahogo tan memorioso y personal.

UN GRAN INTELLECTUAL
Y UN MAESTRO UNIVERSITARIO

Carmen Iglesias Cano

Muchas gracias a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por invitarme a participar en este homenaje a D. Luís en conmemoración del centenario de su nacimiento. Si en el acto oral público celebrado el 17 de octubre pasado en esta Academia, tuve el placer de hablar sobre el tema de la Monarquía Hispánica en la obra de nuestro homenajeado (tema que forma parte de una investigación y trabajo más amplios sobre la monarquía, que estoy realizando), para esta publicación me parecen más adecuadas unas páginas de recuerdo personal de mi gran y querido maestro. El mismo día de su centenario, 5 de julio de 2011, publiqué en la prensa un artículo recordatorio de su vida y obra, casi continuación de otro publicado tres semanas antes por el centenario también de otro maestro y buen amigo suyo, D. José Antonio Maravall. De su amistad y sus vidas paralelas, a las que D. Luís se refirió en algún momento con ternura e ironía como "la pareja Castor y Polux universitaria", me he ocupado en un extenso trabajo que se publicará próximamente por la Real Academia de la Historia, a la que los dos pertenecieron, como a tantas otras instituciones culturales y académicas de su riquísima y generosa vida intelectual y emocional. Por esta R.A. de Morales y Políticas, de la que fue presidente durante algunos años, Díez del Corral tuvo siempre un profundo apego y reconocimiento y su magnífico retrato de Álvaro Delgado que allí se conserva fue considerado, por él mismo y por los que le conocimos y quisimos, como una de las mejores semblanzas que retratan física y espiritualmente a D. Luís. Es por tanto un honor por el que reitero mi agradecimiento colaborar en esta ilustre institución.

Forzosamente me repetiré al hablar sobre D. Luís. Desde muy tempranamente llevo escribiendo sobre la obra, la escritura, los trabajos y la persona de mi maestro. La primera vez me lla-

mó él mismo, siendo yo todavía profesora no numeraria en su cátedra, para encargarme la preparación de una "antología" que organizaba la Editora Nacional de entonces (primeros años de la democracia a finales de los setenta) a algunos de los intelectuales relevantes del momento; consideré siempre un honor su confianza en mí. Finalmente, al cabo del tiempo —con los textos, la introducción y las fotografías ordenadas y entregadas—, se dismanteló la Editora Nacional por decisión gubernamental de la nueva política cultural socialista. Así que la antología, con un extenso estudio preliminar que había hecho en su momento —y que tenía el único mérito de reproducir ampliamente las propias palabras de Díez del Corral que habíamos grabado en tardes de conversaciones en su despacho, sentado él siempre en aquel pequeño sillón color verde, rodeado por libros y papeles que invadían mesas, sillas, sofá y todo el suelo alrededor—, salió en otra editorial (aunque sin las preciosas fotografías de recorrido de una vida). Luego, a lo largo de los años —desde que estaba con nosotros, cuando se jubiló, antes y después de su fallecimiento— he escrito tantas veces y tantas páginas sobre aspectos de su ingente obra, sobre su biografía intelectual y vital, que es muy difícil poder expresar de manera nueva unos sentimientos probados en el tiempo. Pero de la extensa panoplia de homenajes (por su 75 cumpleaños, dos volúmenes en los que colaboraron buena parte de la inteligencia internacional y nacional de excelencia), laudatios (el Premio Internacional Menéndez Pelayo y tantos otros), oraciones fúnebres (especialmente la realizada en representación de la Real Academia de la Historia), estudios académicos de trabajos o libros concretos, artículos en prensa; de todo ello, lo que quiero recordar especialmente en estas páginas, y quizás de lo que me siento más cerca de don Luís, por el profundo interés y la ilusión que en ello tenía, es por la decisión de realizar la preparación y edición de sus *Obras Completas*, durante mi etapa de directora del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (1996-2004). Un trabajo que se pudo culminar en dos años apenas porque contó además con la dedicación entusiasta de mis colaboradores más cercanos en el Centro y en la cátedra, así como con el apoyo, estímulo y colaboración de la propia

familia y en especial de don Luís. Puedo seguir recordando con emoción sus llamadas telefónicas bajo cualquier pretexto —o sin él— con su voz quebrada y cariñosa, para expresarme su temor de “no llegar a poder verlas acabadas”. Sí las vio y pudo disfrutarlas, sin prácticamente separarse de ellas el último mes de su vida. Su emoción contenida aquel 3 de marzo de 1998 cuando vio ante él, en su casa, los cuatro volúmenes de sus *Obras*, fue inolvidable. Ese día, con Rosario su mujer —compañera siempre fuerte y fiel en los avatares de la vida— e Isabel su hija, almorzamos los cuatro con las *Obras* encima de la mesa y, aunque luego hubo otras celebraciones, el júbilo primero le acompañó hasta el último momento de su vida. Las llevó con él a la clínica y velaron su despedida final, permaneciendo ahora como testimonio de un legado extraordinario.

Un legado de más de cuatro mil páginas impresas (“¿tanto he escrito yo?”, musitó alguna vez), con más de treinta y cinco mil nombres citados, según consta en los índices, y unos contenidos en los que se entrelazan la profundidad de su pensamiento, la solidez de sus investigaciones y estudios, y la elegancia de su escritura. La buena escritura, que es la que siempre queda, la que permanece. Para el sentido del rigor intelectual y de la responsabilidad de las palabras que sentía don Luís, su obra es doblemente titánica. El rasgo de perfeccionismo en su estilo y escritura, como bien conocíamos los que hemos estado siempre cerca, le hacía estar de acuerdo con el dicho de Alfonso Reyes de que “en realidad publicamos nuestros borradores para no pasarnos la vida corrigiéndolos”. Y en otro lugar, he recogido su recuerdo del riguroso consejo de Antonio Marichalar de “romper al menos las diez primeras cuartillas y seguir escribiendo”, algo que siempre tuvo presente y nos transmitió. Su lenguaje sencillo, bello y riguroso al tiempo es producto de ese batallar continuo por la expresión adecuada para mostrar una compleja realidad, de su sensibilidad por la polisemia de las palabras, de su lucha constante contra la posible opacidad del lenguaje. Por ello, asombra esa cantidad y especialmente su calidad. Él siempre pensaba que su pensamiento, su inmensa curiosidad intelectual —ya don Ramón Carande le

definió como “aprendiz insaciable, nota peculiar de los buenos maestros en el campo de la investigación”— le había llevado a veces a una “dispersión” de temas y objetivos que solía lamentar, por contraste con amigos suyos centrados exclusivamente en una especialidad. Y sin embargo, esa aparente “dispersión” es uno de los rasgos que hace excepcional su obra: ya hable de la monarquía, de Europa, del mundo clásico, del cine, de la luz en la arquitectura, del arte del retrato, de la escultura antigua, de los castillos hispanos, del liberalismo doctrinario, de sus viajes por la ruta de Humboldt en América, o de sus viajes a Oriente (en mi opinión, no se puede ir a América o a Asia sin llevar los capítulos correspondientes que escribiera Díez del Corral sobre cada ciudad o espacio que visitó, en los que la historia, el arte, la literatura, la religión, la reflexión filosófica, la simple descripción de los lugares, enriquece nuestra mirada y nuestra vivencia, del mismo modo que alguien muy ilustre comentaba que jamás iba a Alemania sin llevar en la maleta el “Hölderlin” de Díez del Corral); sobre cualquier cosa que escriba, siempre aprenderemos y nos enriqueceremos. Siempre encontraremos un punto de vista, una perspectiva profunda y original.

En la presentación de esas *Obras Completas*, aludía yo al sentido que inevitablemente da ese título general (“obras completas”) a lo escrito como algo ya definitivo y fijado para siempre, como un tiempo inmóvil, pero ello no ocurre así en estos escritos llenos de dinamicidad y vida propia, en los que se transmite esa “curiosidad insaciable” y una aguda inteligencia. Goethe sentenciaba que “un hombre es la lista de las cosas hechas”, pero yo estimaba que ni la persona que fue don Luís ni las cuatro mil páginas de su obra escrita agotaban esa definición. Y no sólo porque *las cosas hechas* abarcan algo más que las estrictamente materiales y medibles —aparte de que la sentencia goethiana posee un sentido más profundo pues se refiere a una herencia moral e intelectual—, sino también porque la riqueza concreta del pensamiento de Díez del Corral “posee una dimensión dinámica en sí, una elegancia de conceptos y escritura que hace de su lectura un caleidoscopio siempre vivo en sus matices e inter-

pretaciones (...) Pertenece a una raza de pensadores que iluminan toda una tradición occidental en donde forma y contenido son inseparables en cuanto el rigor, la exactitud y la matización del fondo está siempre estructurada en un estilo propio que da solidez y belleza a todo cuanto se expresa". No se me ocurre mejor forma de repetirlo ahora. En la oración fúnebre que le dediqué en la Real Academia de la Historia, publicada en su correspondiente *Boletín*, puede verse un análisis más amplio de la aportación decisiva que supuso la obra de Díez del Corral a la historia y al pensamiento en general. Pues en parte su discreción personal, su sabio recelo a figurar por algo que no fuera su propio quehacer intelectual, su bondad inteligente, su brillantez y su independencia de criterio —al tiempo que le mantuvieron interiormente por encima de las acritudes y pequeñas miserias de algunos gremios universitarios que, como a todo ser humano, le tocó vivir—, contribuyó en cierto sentido a que fuera más conocido y admirado fuera que dentro. Internacionalmente sigue siendo uno de los grandes pensadores europeos de la segunda mitad del XX y, para muchos españoles sin embargo sigue siendo un descubrimiento sorprendente y esplendoroso cuando se adentran en sus páginas y se embeben en la sinceridad y rigor de su obra intelectual. Sus libros fueron traducidos, según iban apareciendo, prácticamente a todas las lenguas cultas: francés, inglés, alemán, japonés, holandés. No solo *"El rapto de Europa"* se convirtió en un texto canónico, sino que los juicios sobre su obra de sus grandes colegas europeos —desde Toynbee a Raymond Aron, de Stuart Hugues a Denis de Rougemont, de Copleston a Siegfried o Raymond Carr— son unánimes en su admiración y elogio intelectual. Igual ocurre con los ensayos o artículos que sobre él escribieron los historiadores y pensadores españoles coetáneos de la máxima excelencia: Maravall desde luego, pero también Salvador de Madariaga, Domínguez Ortiz, Laín Entralgo, Fernández Almagro, Antonio Tovar, Ramón Carande y muchos otros que harían la relación interminable.

Don Ramón Carande completaba su juicio sobre ese "aprendiz insaciable" que era el distintivo de los buenos maestros en el

campo de la investigación, como antes cité, señalando que “los maestros marcan su sello en el trabajo de sus discípulos; les enseñan a discurrir, a explicarse y a investigar” (1973. Contestación discurso ingreso en R.A.H.) En un país como España en que, durante años y en determinados círculos, se ha hecho gala de “autodidactismo”, pretencioso las más de las veces y frecuentemente ignorante, donde cuesta reconocer y agradecer lo que se debe a los otros (quizá por aquello que decía la novelista P.D. James en unas excelentes memorias sobre las personas egocéntricas que no admiten deber algo a alguien y, en el fondo, traducen en esa carencia egocéntrica la inseguridad de uno mismo respecto a los demás, aunque se expresen a través de la vanidad o prepotencia); en un país en el que seguimos oyendo a mítómanos de todo tipo que creen ser protagonistas de un “momento cero”, o en el que intentan imponernos a veces un “adanismo” destructor de todo lo anterior, conviene recordar esa cadena interminable entre maestros y discípulos. Que asegura un cierto equilibrio entre continuidades y rupturas, entre tradición e innovación, que es sustancial para la vida humana. Continuidad necesaria “en la vida en general, en la histórica, de un modo aún más visible en la cultural —como escribió Julián Marías repetidamente— que es precisamente el imperativo de continuar, lo contrario del “continuismo”; por tanto —proseguía Marías— *la perpetua innovación*. Las rupturas son estériles en el mejor de los casos, y casi siempre significan retrocesos. Sería fácil comprobarlo con un recorrido de la historia”.

En Díez del Corral su sabiduría y esa curiosidad insaciable se compaginó siempre con el afecto sincero y lúcido a las personas. Como querían los clásicos que don Luís tanto amó y tan bien conoció, la verdadera inteligencia va unida a la bondad. Él fue para generaciones de estudiantes y discípulos uno de esos maestros que ya Ortega diferenciaba de los simples profesores. Alguien que transmitía el entusiasmo por el conocimiento, la emoción de la apertura al mundo (“Vete por el mundo y maravíllate”, fue un lema de Raimundo Lulio que recogía en su primer libro sobre *Mallorca*), la necesidad del esfuerzo y del riesgo y

rigor intelectual y personal. El estar todo entero en lo que uno hace, en el cuidado de las cosas bien hechas. Un ejemplo y enseñanza moral profundos que no intentaba imponerse sobre nadie, ni menos ordenar o inmiscuirse en la vida de nadie, pero que mostraba —en palabras de Camus sobre un maestro de esta integridad moral— “todo lo que uno puede amar en este mundo”. Pienso que a don Luís le hubiera gustado ser recordado de esta manera; como escuché en el refugio liberal de aquella Asociación de Mujeres Universitarias de Miguel Ángel 8, todavía en la época de la dictadura, cuando una de aquellas inteligentes mujeres institucionistas decía de una profesora en su jubilación que le gustaría ser recordada por sus alumnos “como una persona que les ha ayudado, pero que nunca les quiso ordenar la vida; la vida, cada uno se le debe hacer por sí mismo”. Como ya escribí en alguna otra ocasión, siempre en tantos años con don Luís, su elegancia de trato, su respeto a las opciones de cada uno, su liberalismo profundo, fue el ejemplo de una actitud moral tolerante y piadosa con los otros, pero no blanda ni ilimitada. Cálido y exigente a la vez. La enseñanza weberiana de la probidad intelectual en las aulas como la única disposición que debe guiar al enseñante fue la base profunda del magisterio de Díez del Corral, quien, junto con otros profesores y maestros de aquel momento, supieron crear una comunidad científica y moral decisiva para no perderse en un ambiente dictatorial y maniqueo (algo difícil de lograr en unos medios universitarios, en los que ha sido palpable muchas veces la divergencia entre los que se hace y lo que se dice o incluso se escribe, más todavía al generalizarse a partir de los años noventa los reinos de taifas y los pequeños totalitarismos destructores). Fueron el eslabón que nos unieron a los ausentes y por los que supimos y leímos a ilustres exilados, maestros en historia, filosofía, sociología, pensadores y escritores que acabaron siendo parte decisiva de nuestra educación intelectual y sentimental. Lejos de demagogias o pretendidos liderazgos intelectuales o ideológicos, estos maestros nos enseñaron con su ejemplaridad, y con mucha paciencia por su parte, los contornos de una realidad compleja, la existencia y necesidad de que el mundo tenga sus configuraciones y sus límites. Enseñando lo

que para Max Weber sólo podía hacer un auténtico maestro: la aceptación por los alumnos de los hechos incómodos, la aceptación del esfuerzo y de la frustración, en ocasiones; la aceptación de la opacidad de la realidad; la aceptación de que no existen fórmulas definitivas ni salvadoras, la constatación de esa "irracionalidad ética" del mundo que decía Weber, ante la que la libertad del hombre seguía oponiéndose en el sentido clásico griego de demostrar que se era "mas fuerte que el destino" —el destino de la fugacidad, de la mortalidad—, el "como si" kantiano, negadores de todo determinismo pero también de toda simplificación. Don Luís no podía evitar una cierta irritación y disconformidad con los maniqueísmos históricos —o de cualquier otro tipo— y con los lugares comunes y, desde luego, suscribiría la enseñanza de Cervantes de que el único fanatismo es esas clasificaciones tópicas, faltas de penetración y de inteligencia", porque "los lugares comunes están siempre en el origen de toda intransigencia".

Desde el curso de 1964-65 en el que asistí por primera vez a las clases de don Luís, en aquel aula en anfiteatro del caserón de San Bernardo, cerca del mediodía, donde, como ya he relatado otras veces, impartía sus clases sin prisa, haciéndonos disfrutar de la luminosidad del aula y de la de su palabra, mi vida universitaria y académica quedó estrechamente vinculada a su persona y a su saber y a la disciplina que él fundó en España: la Historia de las Ideas y de las Formas Políticas. Desde ayudante a encargada de curso, durante varios años, a adjunta por oposición durante un corto tiempo y finalmente como catedrática, también por oposición en aquellos exámenes de seis ejercicios (donde me cupo el honor de ganar la cátedra por unanimidad en la primera vuelta, en aquellos solemnes y públicos actos en los que cada uno de los cinco miembros del tribunal se levantaban para dar su voto en alta voz, después de una larga deliberación entre ellos y de justificar por escrito su elección; poco que ver, como se puede deducir, con los procedimientos actuales), en 1984. Elegida en 1989 como miembro de número la Real Academia de la Historia, tuve el honor de ser recibida en la Academia a través de las palabras solemnes y entrañables de don Luís. Ha sido, pues, su ense-

ñanza y su ejemplo un decisivo "elemento de destino", que une afectiva e intelectualmente la vida universitaria y académica con lo personal. Igualmente vinculada por su magisterio y su generosa amistad con mi otro gran maestro José Antonio Maravall Casesnoves, pertenezco a una privilegiada franja generacional formada en el excelente departamento de Historia que estos dos grandes historiadores del pensamiento, junto con don Luís García de Valdeavellano, el magnífico historiador de las instituciones, formaron en aquella primera Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Pasar "Ideas" con Díez del Corral, en segundo de carrera, y "Pensamiento" con Maravall, en cuarto, significaba para los estudiantes de aquella época una suerte de rito de pasaje que se traspasaba con la sensación de gratificación que todo esfuerzo de conocimiento y estímulo proporciona. Sobre todo ello, he escrito también en otras ocasiones, pero no quiero dejar de recordar en estas páginas la forma en que don Luís Díez del Corral impartía esas clases a las que he hecho referencia. Como recordarán todos los que pasaron por aquellas aulas, don Luís no explicaba jamás un "programa"; estudiar las más de setenta lecciones del mismo —que abarcaban desde los presocráticos hasta el pensamiento de entreguerras del siglo XX— era cuestión individual de los alumnos a través de una extensa bibliografía basada en los propios textos de los autores occidentales, y del estudio del famoso manual de Sabine. Pero don Luís en esas clases —y especialmente en sus seminarios— nos enseñaba a pensar y a profundizar en la reflexión; elegía un tema monográfico y alrededor de él elaboraba en voz alta, rodeado de libros y de fichas y notas sobre la mesa, que muchas veces apenas consultaba, pero que daban testimonio de una preparación que imaginábamos siempre gozosa, puesto que era capaz de producir "el contagio" del que hablaban los clásicos: el del pensamiento. Siempre hubo absoluta libertad para comentar y estudiar cualquier autor, fuera del signo que fuera y —ya se tratara de Platón, Aristóteles, los pensadores helenísticos o romanos, o Maquiavelo, Bodino, Lutero, Hobbes, Locke, Montesquieu, Tocqueville, Hegel o Marx—, su pensamiento y su contexto histórico formaban un bloque indisoluble en el que las referencias artísticas, filosóficas, religiosas, incluso las

costumbres ("mores" diríamos hoy), eran fundamentales. El conocimiento riguroso, la marca liberal y la tolerancia conformaban el ambiente de aquellas clases y seminarios inolvidables.

Creo que debemos agradecer a Díez del Corral no solo lo mucho que nos ha enseñado y ayudado, sino muy particularmente la forma y el método con que lo hizo. "El agradecimiento es la memoria del corazón", decía una dama del XVIII. Es la alegría del recuerdo por lo que sucedió, según Comte-Sponville. Pero pocos como Albert Camus han expresado mejor ese sentimiento cuando escribe en su última novela que "hay seres que justifican el mundo, que ayudan a vivir con su presencia", refiriéndose a un antiguo maestro al que visita muchos años después: "Usted —le dice— se acercó a mí y sin mostrarlo me abrió las puertas de todo lo que yo amo en este mundo" y a la objeción de su interlocutor de que nada se puede hacer si no hay previamente unas cualidades en el discípulo, éste responde que todo el mundo, incluso los más dotados, necesitan una iniciación y termina: "La persona que la vida pone un día en tu camino, ésa ha de ser por siempre amada y respetada, aunque no sea responsable": las puertas las pasamos solos. Y termino con una preciosa cita que don Luís amaba particularmente y que figura en su libro sobre Tocqueville, cuando sabe del fallecimiento de Royer-Collard: "Nunca olvidaré lo que hizo por mí al comienzo de mi carrera..., ni el interés generoso y cálido que puso en darme a conocer, ni la viva y constante amistad con que siempre me sostuvo en el camino frecuentemente penoso de la vida. Me atrevo a decir que he correspondido a ese interés con el afecto más respetuoso y a la vez más entrañable, y es hoy un consuelo para mí pensar que, entre todas las personas que supo atraerse, pocas le habrán correspondido con un sentimiento más profundo y más inalterable que yo. Pienso que él me ha hecho la justicia de creerme". Por sus enseñanzas, por sus libros, por su afecto, por su sabiduría y por todo lo que significó, don Luís estará siempre entre nosotros. Muchas gracias.

JOAQUÍN ABELLÁN

Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, en Filosofía y Letras y en Derecho, Doctor en Ciencias Políticas y Sociología (1978), y Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido Profesor Invitado en la Universidad Humboldt de Berlín durante varios semestres. Se ha ocupado de la historia del liberalismo europeo, especialmente del alemán, y actualmente su investigación está centrada en obra de Max Weber y en la historia de los conceptos políticos.

SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO

Catedrático Emérito de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es también Miembro de la Comisión Permanente del Instituto Nacional de Estadística y del Consejo Económico y Social de la Autonomía de Madrid.

ANTONIO ELORZA

Sucedió en 1982 a José Antonio Maravall como catedrático de Historia del Pensamiento Político y Social en España. Hasta entonces había colaborado asimismo en la Cátedra de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, cuyo titular era el profesor Díez del Corral. Discípulo de ambos, su tesis doctoral versó sobre la ideología liberal en la Ilustración española, temática a la que siguió dedicándose hasta su reciente libro *Luz de tinieblas. Nación, independencia y libertad en 1808* (CEPC, 2011). El ensayo *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset* (1984) obtuvo el Premio Anagrama. La dispersión de sus temas de interés como investigador no hubiese agradado a don Luis: nacionalismo vasco, anarquismo, comunismo, nacionalismo vasco, Islam. Es colaborador del diario *El País*.

LUIS GONZÁLEZ SEARA

Doctor en CC. PP. y SS y catedrático emérito de Sociología de la UCM. Ha sido ministro de Universidades e Investigación y secretario de Estado en los gobiernos de Adolfo Suárez; senador constituyente por Orense y diputado del Congreso por Pontevedra; comisario general de Europolia'85 España; fundador y presidente de *Cambio 16*, *Diario 16* y *El Independiente*; decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, presidente del Club Siglo XXI. Académico de la Academia Europea de las Artes y las Ciencias y académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor de varios libros y numerosos artículos y ensayos. Premio Nacional de Ensayo 1996 y Premio de periodismo El Correo 2008.

MIGUEL HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN

Doctor en Derecho y Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense y Licenciado en Filosofía por la Universidad de Lovaina. Amplió estudios en Oxford y París y realizó investigación en Luxemburgo y Ginebra.

Letrado del Consejo de Estado desde 1966, es Consejero Permanente de Estado desde el 2009. Intervino en política entre 1976 y 1993, contribuyendo activamente al proceso de transición política y la elaboración de la Constitución y la vida parlamentaria.

CARMEN IGLESIAS CANO

Catedrática de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Universidad Rey Juan Carlos, habiéndolo sido antes de la Complutense. Es numeraria de las Reales Academias Española y de la Historia.

VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO

Licenciado en Ciencias Políticas (Universidad de Madrid, 1962). Periodista (EOP, 1966). Ha trabajado en numerosos medios de prensa, radio y televisión. Fue redactor jefe del semanario *Triunfo* y director adjunto de la revista *Cambio 16*. Desde 1962 ha publicado unos cinco

mil trabajos. Autor de quince libros; entre ellos cuatro de crónicas parlamentarias, objeto de una tesis doctoral de próxima lectura en la Universidad de Sevilla. Entre otros premios tiene el Nacional de Periodismo, 1983; el González-Ruano, 1996; y el Espejo de España de Ensayo, 1990. Es Medalla de Andalucía 1990 y Medalla de Huelva 2003. Doctor Honoris Causa por la Universidad de Huelva, 2008. Actualmente publica en el mensual *Leer* unas "Auténticas Entrevistas Falsas", con personajes históricos. Cuarenta de ellas aparecerán pronto en libro; y en la Universidad de Sevilla una "Historia personal de Sevilla" con recuerdos de adolescencia.

DALMACIO NEGRO PAVÓN

Miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Catedrático de Historia de las Ideas y Formas Políticas, luego de Ciencia Política en la Universidad Complutense y actualmente Profesor Emérito de la Universidad San Pablo-CEU. Autor de diez libros, colaborador en cincuenta y seis, prologuista de diecisiete, traductor, editor e introductor de veintitrés y autor también de más de ciento sesenta estudios en revistas españolas y extranjeras.

EDUARDO NOLLA

Profesor de Teoría Política en la Universidad San Pablo-CEU de Madrid. De 1981 a 1992, fue primero becario Fulbright postdoctoral y después, profesor en la Universidad de Yale. Realizó sus tesinas de Ciencias Políticas y de Sociología bajo la dirección de Luís Díez del Corral, así como su tesis doctoral de Ciencias Políticas, sobre la figura de Alexis de Tocqueville. Su edición crítica en español de *La democracia en América* se la dedicó a Luís Díez el Corral, "cautivo de Tocqueville".

BENIGNO PENDÁS

Director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Consejero de Estado Nato. Catedrático de Ciencia Política de la Universidad CEU San Pablo. Letrado de las Cortes Generales. Ex Director General de Bellas Artes y Director en Ciencias Políticas y Abogados.